



BIBLIOTECA NACIONAL
DE CHILE

Sección Chilena

Volúmenes de la obra.....

39-9
39-9

Ubicación 12-B 39-9

BIBLIOTECA NACIONAL



838140

REVISTA CHILENA

DIRECTOR:
ENRIQUE MATTA VIAL

TOMO IX

SANTIAGO DE CHILE
1919

POLÍTICA INTERNACIONAL SUDAMERICANA

CHILE-ARGENTINA-BOLIVIA

I

Chile tiene algunos miles de millas de costas. Su territorio principal y sus islas, al lado del más grande de los mares, le dan una situación singular.

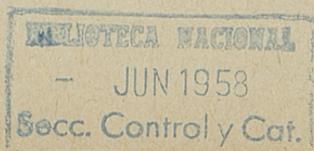
En su región del norte, posee los yacimientos de la sustancia mineral que sirve para abonar los terrenos de producción agrícola que contribuyen al mantenimiento del hombre; y también para la destrucción y muerte de los hombres por medio de su empleo en la fabricación de explosivos aplicables a la guerra.

Tiene el monopolio natural de esa sustancia.

En su región del sur, tiene el estrecho de Magallanes y su rica zona ganadera, de importancia geográfica e industrial.

Su ubicación en el último extremo de la tierra habitable, en el sur del hemisferio austral, es un factor natural de inevitable dificultad para las comunicaciones convenientes que las naciones necesitan en todos los tiempos y para todos los fines sociales.

Sus fronteras naturales y sus límites fijados en convenciones internacionales, tienen una situación definitiva e inamovible en



el oriente, en el occidente y en el sur; y está pendiente sólo una cuestión relativa a la frontera en el norte.

Los productos chilenos del norte, el salitre, el cobre, el bórax y otras valiosas sustancias minerales, van a Europa y a los Estados Unidos. Los productos del centro y del sur, en su inmensa mayoría, se consumen en el interior del país; y la parte de los mismos que puede exportarse está formada por productos iguales o muy parecidos a los del país vecino, al lado del oriente.

En la época de duración de la gran guerra, Chile no intervino en el siniestro conflicto y fué neutral.

Su situación geográfica singular; su posesión de lo que es base de explosivos destructores; su costa extensa y de muy difícil defensa en un mar que es el mismo que baña las costas de los países del Asia y de la Oceanía; y, sobre todo, la falta o carencia de motivos suficientes en el orden jurídico, o sea de causales materiales y morales para salir del estado normal de los vínculos entre las naciones, formaron el conjunto de razones para dar respuesta negativa a toda invitación, o insinuación oficial u oficiosa, que pudiera referirse a una alteración de la más estricta neutralidad.

Así lo comprendieron y apreciaron los gobiernos británico y norteamericano; y seguramente otros.

II

La República Argentina es más grande y más rica, en el orden material.

Situada también en el hemisferio austral, tiene sobre Chile la ventaja de estar al lado del Atlántico. El mar de sus costas es el mismo de las costas de quince naciones y de muchas colonias con comunicaciones recíprocas fáciles y constantes.

En su territorio inmenso existen las regiones de ricos productos tropicales de Tucumán, Jujuy, Salta y zonas vecinas a Bolivia y Paraguay; las grandes provincias del trigo y del ganado, en el centro y en el sur, fértiles en alto grado, llenas de actividad económica, con un enorme desarrollo de las industrias

acesorias que complementan las principales, provincias que son bella y grata esperanza para el alimento futuro de la humanidad.

Los ferrocarriles, de construcción y explotación fáciles, y los ríos navegables, contribuyen activa y eficazmente al desarrollo de la riqueza pública y privada.

La inmigración constante y provechosa es un elemento seguro para la mejor explotación de todas las industrias del país.

La Argentina también fué neutral durante la reciente guerra. Los hombres públicos que, en Londres, en Paris, en Versalles, en Washington y en Weimar, han debido pensar no sólo en las naciones que fueron beligerantes, sino en las que no lo fueron, para ciertas estipulaciones de efectos muy amplios, han considerado de igual manera a los dos países de organización regular y de alta cultura del sur del continente americano que no tomaron parte en la espantosa contienda.

III

Bolivia es un país de inmensa riqueza natural, no explotada en su mayor parte.

Conocida es la zona minera vecina al territorio de Chile que antes dió al mercado mundial grandes cantidades de plata y que actualmente da estaño, cobre y bismuto.

Algo se conoce ya de la región tropical de vegetación exuberante que produce o puede producir azúcar, cacao, goma, algodón, arroz y pastos abundantes para los ganados.

En las regiones vecinas al Paraguay y a la Argentina el territorio boliviano tiene bosques de valiosos árboles y de extensión superficial considerable.

Si Bolivia no tiene actualmente el monopolio del estaño, está, sin embargo, cercana la época en que será el país que lo produzca en mayor cantidad. Sabida es la detención del incremento de la producción de ese metal en los estrechos del Asia y de la Oceanía; y los yacimientos descubiertos en el interior del África, en la Nigeria, son de difícil explotación.

Bolivia tiene muy pocos habitantes para un territorio muy

grande; y entre esos habitantes predominan, como es sabido, los indios de la raza aborigen. Los descendientes de españoles forman menos de la cuarta o quinta parte de la población total.

Las ciudades principales y los centros directivos de Bolivia, en los órdenes social y económico, necesitan vincularse, en sus comunicaciones postales, telegráficas y ferroviarias, en primer lugar a Chile, porque dos líneas férreas bien construídas y muy bien mantenidas unen puertos de Chile en el mar Pacífico con el territorio boliviano; y en segundo lugar a la Argentina, porque el sur y el sureste de Bolivia ya reciben los beneficios de líneas férreas que unen la frontera argentino-boliviana con los puertos del Río de la Plata.

Bolivia no fué neutral en el último conflicto guerrero; pero, en el hecho, su adhesión a uno de los grupos de naciones beligerantes no se manifestó en forma de participación material en la contienda ni en una acción práctica de carácter bélico.

IV.

¿Quién podrá creer que hay causales de antagonismo, de competencia industrial o de oposición de intereses políticos o económicos entre los tres países?

Nadie puede negar que hay poderosas razones para que se mantenga una acción diplomática y comercial permanente para vincular más que amistosa, fraternalmente, las tres naciones.

Lo que a Chile falta, existe en Argentina.

Los productos tropicales o de zonas calientes, como el azúcar y otros, existen en las provincias argentinas del norte.

Si se construyen ferrocarriles trasandinos que hagan servicios regulares nuestras comunicaciones con los puertos argentinos del Río de la Plata y del Atlántico serán fáciles y altamente beneficiosas.

Lo que en Argentina falta, existe en Chile.

Nuestro salitre encontrará grandes campos de consumo en el territorio argentino, en el futuro.

Nuestra región de Arauco, rica en yacimientos de carbón, llegará en el desarrollo natural y lógico de las exploraciones y

de la explotación industrial, hasta producir el valioso combustible no sólo para las necesidades internas de la Nación sino para exportar al país vecino y hermano que no tiene esa sustancia en cantidades convenientes.

Todas las regiones agrícolas y ganaderas de las provincias y territorios nacionales argentinos que están al lado del límite internacional, o sea al lado de las cordillera de los Andes, harán en el tiempo futuro su comercio principal por puertos chilenos en el Pacífico.

La razón y la lógica hacen creer que, con los progresos incasantes e inevitable de las ciencias y de las industrias, una región productiva se vinculará siempre a los medios de comunicación más cortos para facilitar un comercio internacional provechoso; y es natural esperar que Antofagasta sea la salida de muchos productos de Tucumán, Salta y Jujuy; que Valparaíso lo sea de los de Mendoza y San Juan; y que Talcahuano y Valdivia lo sean de los del Neuquén.

Bolivia también produce lo que en Chile no existe.

Cuando se desarrolle la explotación del café, del azúcar, de la goma y de otras sustancias valiosas en el Beni, en Santa Cruz y en otras regiones bolivianas, la manifestación de riqueza natural de ese país será asombrosa.

El estaño y el bismuto son metales muy valiosos cuya aplicación industrial en Europa crece continuamente. Los hombres de grandes negocios de metales miran ya con preferencia hacia Bolivia cuyas minas son de inmenso porvenir.

Las regiones de Santa Cruz, Tarija y del Chaco (boliviano) harán su comercio por Argentina. Esto es lo natural.

Las regiones mineras, las que producen estaño, bismuto, plata y cobre, es decir las de Potosí, Oruro y La Paz, harán su comercio, como lo hacen y han hecho siempre, por Chile.

Estas importan y seguirán importando mercaderías y productos de Chile; y las importaciones de aquellas serán argentinas.

V

Terminó, al parecer, la época de la diplomacia del secreto y de la política de reservas.

Las naciones, después de la gran guerra, buscarán por medio de relaciones económicas los factores convenientes de vinculación que sean base de acercamiento de unas a otras; y exigirán a los hombres que las dirijan y representen franqueza, claridad y sinceridad en todas las declaraciones verbales o escritas.

Dos naciones vecinas y limítrofes serán tanto más amigas o aliadas, en la buena y en la mala fortuna, cuanto más sólidos o estables sean los factores de sus relaciones comerciales y de la correspondencia que exista entre sus hombres dirigentes en el orden político y en la actividad económica.

Para obtener la solidez y la estabilidad de esos factores, lo más necesario, lo previo, es el conocimiento general, en un país, de lo que es, en realidad, el otro país.

El brevísimo resumen que he podido expresar en este artículo de lo que, a mi juicio y en sus aspectos más generales, son los tres países, con grandes territorios y poca población, del extremo austral de la América del Sur, puede servir para producir en mis conciudadanos el interés por el estudio de las cuestiones políticas y económicas, de orden internacional, que afectan a Chile, Argentina y Bolivia.

Es pretensión ridícula la de los que esperan que los países pobres, de población insuficiente y de situación geográfica desfavorable, muy alejados de los grandes centros de la civilización y de los recursos propios de los lugares de densa y antigua población, sean considerados de igual manera que aquellos países más favorecidos por circunstancias históricas, geográficas y económicas.

A Chile le corresponde engrandecerse, lenta y seguramente, en una vida de inalterable paz interna y exterior, de trabajo constante, de sobriedad y prudencia en la economía pública y

privada, de civismo, de honradez y de vinculación amistosa a sus vecinos, Argentina y Bolivia.

Gracias a Dios, no nos falta qué ofrecer a esos vecinos en cambio de lo que éstos, a su vez, pueden darnos.

No hay entre los tres países contradicción de intereses.

Todo tiende a unirlos en una feliz combinación de recíprocas conveniencias.

Sin que sufran menoscabo las buenas relaciones de Chile, Argentina y Bolivia con las otras naciones amigas, la acción eficaz de intensificación de los vínculos peculiares entre estos tres países pueden ser de valor inestimable para la paz y el progreso del Continente sudamericano.

ROMUALDO SILVA CORTÉS.

LOS ORÍGENES DE LA FAMILIA

EN LA SOCIOLOGÍA DE DON VALENTÍN LETELIER

Debo a la gentileza del director de esta Revista la oportunidad de poder analizar con algún detenimiento ciertas teorías propuestas por el señor Valentín Letelier en su considerable estudio sobre la *Génesis del Derecho*. Ya en algunas crónicas literarias insertas en *La Nación* he procurado indicar en rasgos generales los méritos y deficiencias de este monumental trabajo. Pero no será inútil, me parece, ahondando el examen, demostrar con hechos inconcusos que la tesis del autor no está legítimamente establecida, que pugna con el testimonio de la historia. Sin salir del terreno puramente histórico, propóngome, pues, analizar en dos o tres compendiosos artículos los hechos que sustentan las teorías del señor Letelier, determinar su valor y establecer cuál es su eficacia demostrativa. Empezaré por su tesis sobre la familia: ¿cómo se la explica el autor?

Según él (págs. 3 y 10), «esta institución que florece en los pueblos civilizados, no existe ni social ni jurídicamente en los más atrasados». Lo que se hallaría en el origen de casi todos los pueblos primitivos y aún perdura en ciertas ínfimas tribus es un estado de plena promiscuidad sexual. A éste habríale sucedido el matrimonio colectivo, limitación del primitivo desenfreno. Un avance más de la cultura habría traído la poligamia; y la institución habría tocado la cumbre de su desarrollo

en la monogamia. De tales premisas infiérese que en los pueblos primitivos no existe lo que llamamos familia, por lo indemostrable que, bajo ese régimen, resulta la paternidad. Sólo pudo nacer la familia cuando uno o varios hombres formaron su hogar después de apropiarse más o menos exclusivamente de una o varias mujeres. Aquel estado de cosas, ausencia de padres, hijos y mujeres netamente determinados, hubo de repercutir, por fuerza, en las varias instituciones que de la familia dependen y siguen sus vicisitudes: la filiación, el parentesco y la potestad marital, la herencia, los contratos y, antes que todo, el derecho de propiedad. Según el autor, estos organismos sociales se habrían generado paralelamente a la institución familiar, ya que la forma de la familia predica la del cuerpo social entero, como una sola ruedecilla determina todo el rodaje de un reloj.

No sé si me equivoque, pero creo que tal evolución de la familia no se conforma con la historia ni con las necesidades biológicas de los seres humanos en su primer crecimiento. A mi juicio, ni es la promiscuidad de los sexos fenómeno universal o poco menos, ni es la monogamia la etapa última de la familia. Voy a procurar establecer este último hecho, con lo cual implícitamente quedará rebatido el primer aserto del señor Letelier y por lo mismo contradicha su tesis.

Antes de entrar al detalle de los hechos, permítaseme, sin embargo, llamar la atención sobre los términos *primitivo* y *atrasado* que emplea el autor y que tan ocasionados son a yerros y equívocos. ¿Es atrasado todo pueblo primitivo? ¿será exacta la proposición inversa? Y haciendo aplicaciones precisas ¿eran atrasados los cartagineses o los súbditos de Moctezuma que entre sus ritos contaban los sacrificios humanos? ¿les dan tales costumbres calidad de primitivos? Cuestiones capitales, de fondo, que convenía esclarecer antes de sentar como premisas aquellos conceptos vagos y anfibiológicos. Lo que está a la vista es que esas ideas de preeminencia y atraso, por excelencia relativas, no son susceptibles de clasificaciones fijas, no entran en categorías precisas. Un mismo pueblo puede estar atrasado en un punto y desarrollado en otra esfera de sociabi-

lidad. Y esas condiciones pueden existir en una tribu de la prehistoria como en la horda oceánica de hoy día. No hay, pues, que fiarse de aquellos epítetos que son de mera y relativa apreciación. Esto anticipado, veamos ya lo que la historia enseña acerca de la evolución de la familia.

El propio señor Letelier reconoce (p. 24), como no podía menos de hacerlo, la existencia de las monogamia en algunas pobladas *primitivas*, como él las llama, y que nosotros denominaremos *inferiores*. Este hecho tan fundamental lo corrobora toda una autoridad como Eduardo Meyer (*Histoire de l'antiquité*, vol. I p. 22-23) donde declara que «en otros pueblos, todavía, la monogamia se ofrece a nosotros desde el comienzo». Pero el señor Letelier hubiera debido nombrar algunos siquiera de esos pueblos monógamos, tal como se llena páginas y páginas con los de tribus que practican la promiscuidad. Y hubiera tenido su interés el dato, porque los lectores habrían visto que al lado de los bárbaros y salvajes polígamos o entregados al amor libre, los pueblos de mayor importancia por el número de habitantes y eficiencia histórica, por su duración y cultura, los que conocemos desde sus primeros pasos, tuvieron la monogamia consagrada por la costumbre y por la ley. La tesis del señor Letelier no le permitía, quizás, insistir en este aspecto del problema. Salvando tal deficiencia, nosotros estudiaremos algunos de esos pueblos. Y no pierda de vista el lector que éstos, si son verdaderamente primitivos, son los que cuentan en la evolución de nuestra especie, los protagonistas de la historia humana.

En la India Védica, donde floreció veinte o más siglos antes de nuestra era una gran civilización, «al lado de la familia ya vigorosamente organizada y constituyendo su unidad las funciones naturales de cada uno de sus miembros, se muestra otra unidad muy poderosa, la de la raza». (J. L. Burnouf—*Religiones y Literatura de la India*: Madrid, p. 23). ¿Y cuál era esa constitución doméstica? El mismo autor nos lo indica (p. 150 sqq.). «La familia natural se compone esencial y únicamente del marido y la mujer, que luego son padre y madre del hijo y de la hija, que son entre sí hermano y hermana... El marido no tiene sobre su mujer el poder del amo sobre su servidor o esclavo;

la esposa es autónoma en la medida compatible con los derechos del jefe que por el matrimonio ha recibido». Todavía el eximio indianista explica (p. 166) que la terminología de los parentescos procede de una época anterior aún a los mismos Vedas. Y sintetizando su juicio respecto de estos asuntos, así termina, (p. 169): «Tanto de las antiguas tradiciones occidentales como también, y sobre todo, de la lectura del Veda, se desprende con toda evidencia que la primordial constitución de la familia ariá reposa sobre la monogamia; los arios védicos no se casaban más que con una mujer... Más tarde, cuando la sociedad brahmánica se estableció regularmente en la India... la ley... declara la monogamia como el verdadero deber y la buena costumbre fundada en la tradición». Otro insigne erudito. Edélostand Du Meril, en su magistral *Etude historique et littéraire sur le Rig-Veda* (Revue Contemporaine, 1853, p. 330) es aún más explícito: Ninguna huella de poligamia ni de concubinato se encuentra en ninguna parte; y en algún pasaje se lee: con la fe que una esposa tiene en su marido». Corolario de lo anterior es que en toda época la ley hindú haya penado el adulterio. Una observación más a este respecto: el estado de sociabilidad que fundándose en el Veda pintan los autores nombrados es anterior en muchísimos siglos a la legislación confusa y contradictoria, a esa obra de burdo sincretismo que se llama «Código de Manú» y que el señor Letelier aplica a los primeros pueblos de la India.

Pasemos a otra gran legislación, la que Zarathustra dictó para la antigua Bactriana y que de ahí se difundió por Persia, Asiria e India. Está contenida en el «Avesta», remonta a varias centurias antes de Cristo, y durante casi tres milenios ha regido la conciencia de millones de hombres. He aquí lo que de sus preceptos matrimoniales escribe uno de sus mas conspicuos traductores y exégetas, (C. de Harlez: *Avesta, livre sacré du zoroastrisme*; Paris 1881; p CLXXI): «El Avesta impone al padre la obligación de casar a su hija y lo representa como acto meritorio... El Avesta se alza con energía contra la licencia en todas sus formas... La poligamia no parece haber sido admi-

tida en él; sin embargo, ella parece autorizada cuando una primera unión ha quedado sin frutos».

Dije que esta legislación había desbordado sobre Asiria. Ahí encontró en vigor el célebre «Código de Nammurabi», anterior en 23 siglos a nuestra era y reproducción él mismo de leyes aún anteriores que también se han descubierto. ¿Y qué prescribía acerca del matrimonio esta vetustísima legislación? Los más cultos y casi modernos preceptos: (un autor francés ha escrito un libro para comparar esas disposiciones con las del Código Napoleón). En Asiria el estado de la mujer era casi análogo al del hombre, rodeada de todo género de garantías su persona y hacienda. Familia estrictamente constituída: una sola mujer, y cuando ésta no tenía hijos, facultad en el marido para contraer nuevas nupcias, pero manteniendo a la primera mujer en todos sus fueros y privilegios. Los hijos estaban sujetos de un modo estrecho a los padres, y su carácter de legitimarios reconocido y reglamentado en forma. El adulterio de la esposa era castigado. También aquí, pues, en el origen, la monogamia.

En el más lejano oriente vive desde cinco mil años atrás el pueblo chino. Si hay país en que la familia haya constituído un culto, en la plena acepción del vocablo, es ese; el chino, que no tiene dioses, venera los manes de sus antepasados. Como lo expresa un reciente autor (*Diccionario de Espasa*, tomo 17, p. 405): «la vida social y política de China tiene su base en la familia con mucho mayor fuerza que en los países europeos. El deber supremo es el de un hijo para con su padre, y el amor filial según la enseñanza de Confucio forma el fundamento verdadero de la sociedad... La poligamia es tolerada y las mujeres secundarias están subordinadas a la primera. Lo mismo afirma el conde D'Escayrac de Lauture (*Mémoires sur la Chine*; Paris 1865; última memoria, pág. 27): «La poligamia es tolerada en China por la ley, y más o menos por la costumbre. Sin embargo, nunca hay más de una mujer legítima... La masa de la nación es monógama porque el número de las mujeres no puede exceder en mucho al de los hombres». Dado el tenaz conservantismo de la sociedad china, vistos los múltiples testimonios que así lo confirman, puede inferirse que esta monogamia de derecho existe des-

de los primeros tiempos de la historia. Así lo indica R. Dareste (*Nouvelles Etudes de l'histoire du Droit*, Paris, 1902, p. 291). «Sin examinar si la China ha conocido en época prehistórica la promiscuidad, el matriarcado y el matrimonio por raptó, cuestiones insolubles y por lo demás ociosas desde el punto de vista que nos ocupa, podemos constatar que esas bárbaras prácticas, si existieron alguna vez, no han dejado huella alguna. El matrimonio se contrae hoy, como desde la más remota antigüedad, por la compra de la mujer... Salvo una excepción que veremos más lejos, no puede el chino tener más que una mujer legítima; pero si su fortuna se lo permite, puede tomar mujeres de segundo orden, y los hijos de éstas son tenidos como hijos de la mujer legítima». La tentativa del marido de dar a alguna de estas mujeres secundarias el rango de la primera, es delito penado severamente, (*Código Criminal de la China*; traducción de Lord Staunton; división III, sección CIII). La ley china castiga cruelmente el adulterio de la mujer.

Aun las incultas tribus del interior de China y Tibet conservan esta rígida constitución de la familia monógama. Recientemente, (1906-1909), el coronel D'Olonne, comisionado por el Gobierno francés, emprendió una fructífera excursión científica y diplomática al Tibet pasando por los territorios centrales de la China. Tuvo ahí oportunidad de observar a «les Derniers Barbares», (título de su libro, publicado en París en 1911). Entre otras, nombra y describe a la numerosísima tribu de los Lolos, viril y guerrera. Respecto de nuestro tema dice, (p. 84): «la mujer lolo, si no es la igual del hombre, a lo menos ocupa en la familia un lugar importante. El lolo no puede casarse más que con una mujer... y en el matrimonio impera la comunidad de bienes».

Pasando ya al Africa antigua, una grandiosa cultura nos sale al encuentro, la más antigua del mundo, civilización de alta moral y seriedad que ha imperado por cien centurias a orillas del Nilo. También la tierra de los Faraones, desde los albores de la historia nos muestra en práctica la monogamia como institución de derecho, sin perjuicio de que en algunos casos se halle también el concubinato con esclavas, aun cuando sin des-

medro de la mujer legítima. Los más antiguos monumentos escritos de aquel país encomian la familia y el papel de *la esposa*. El adulterio es ahí delito penado con la muerte». La familia egipcia está constituida sobre las bases más generosas; *la mujer*, lejos de ser una esclava, es la compañera del hombre; jurídicamente su igual, en posesión de los mismos derechos, tratada de la misma manera, ella desempeña el rol de verdadera dueña de casa... Esta situación remonta a las más antiguas dinastías... El marido y *la mujer* rivalizan en cariño por sus descendientes», (L. Lallemand—*Historie de la Charité*, París 1902; vol. I p. 34). Una autoridad en estas materias, (el señor Letelier lo cita a cada paso), dice: «pero los egipcios, teóricamente polígamos, eran, salvo los príncipes, prácticamente monógamos». (Eugenio Revillout—*Précis de Droit Egyptien*, p. 487—1). El mismo autor agrega poco después (p. 503) que el régimen de comunidad de bienes entre los cónyuges fué el normal.

Examinemos ya la institución matrimonial en Europa. Empezaremos por Grecia. Ahí desde la más alta antigüedad imperó la monogamia, (Heródoto II 92), y desde aquella época se castigaba el adulterio femenino. El culto a los antepasados, tan genialmente descrito por Fustel de Coulanges, justificaba ese régimen doméstico. Ya en la Odisea, unos nueve siglos A. C., pinta Ulises en poéticos rasgos la ventura de ese hogar con una esposa y una madre. La tendencia a la monogamia era tal que uno de los más antiguos legisladores griegos, Carondas, en una ley para Turio, su patria, condenaba al padre que diese madrastra a sus hijos. En otro rincón del mundo helénico, en Gortyna, su código, que ha poco se encontró y que data del siglo VII A. C., implícitamente comprueba ahí la normalidad de la monogamia. Lo cual no impide que con el correr de los años y el desenfreno de costumbres que trajo la civilización helénica, no se dieran casos de bigamia o que el concubinato no sentara en Grecia sus reales. Pero esto fué accidental, sin carácter jurídico reconocido por las leyes; así, los hijos de concubinas no tuvieron derecho alguno frente a los legítimos.

También fué en Etruria la monogamia el régimen matrimonial establecido. Ahí las mujeres tenían una privilegiada situa-

ción. Hablando de ello, escribe una autoridad: (G. Donniss=*Cities and Cemeteries of Etruria*; London; tomo I p. 40). «En su condición social, ellos, (los etruscos) estaban en avance sobre los griegos, particularmente en un punto que es importantísimo exponente de cultura... En Etruria *la mujer* era honrada y respetada; ocupaba su asiento en la mesa al lado del marido, lo que jamás se le permitía hacer en Atenas... sus hijos llevaban su nombre lo mismo que el de su padre». Miles de inscripciones funerarias descubiertas no hace medio siglo, confirmaron este carácter de la familia etrusca. Ellas, como dice un autor, (Casati de Casatio=*Eléments du Droit Etrusque*. París 1895; p. X), «establecen la constitución de la familia. Esa constitución denota un alto grado de civilización por el lugar que asigna a la madre de familia, lugar superior al que ha tenido en la sociedad romana, al que aun hoy día tiene».

Nada tendría de improbable que esta legislación sería y moral hubiera influido fuertemente en las costumbres y conceptos de la primitiva Roma. Ahí sí que aparece desde la primera hora y en toda su rigidez la monogamia estrictamente reglamentada, con la misma base religiosa, litúrgica del matrimonio griego. Pasaron siglos antes de que se produjera el primer caso de divorcio en la capital del mundo antiguo. Duras penas sancionaban la infidelidad de la esposa. Por cierto que aquí no existen huellas de promiscuidad o poligamia.

Tan estrictamente monógamos como los romanos de los primeros siglos, y en toda ocasión más continentales fueron los germanos que con tal maravilloso colorido y energía describe Tácito: «Sin embargo, los matrimonios son castos...: casi los únicos entre los bárbaros, ellos se contentan con una sola mujer, salvo un escaso número que toma varias no por libertinaje, sino porque la nobleza de ellas hace codiciar su alianza» (*Germania*, cap. XVIII). De los galos escribe uno de sus más recientes historiadores: «el matrimonio en Galia no tenía nada de esta promiscuidad. Pero la poligamia era admitida sin ser de regla. Es verosímil que fuese el lujo de los jefes» (G. Bloch, en la *Histoire de France* de Lavissee; vol. I, p. 62).

Sin detenernos más en el Viejo Mundo, pasemos a las Améri-

cas. Se nos previene que uno de los méritos de este libro es la constante aplicación de la etnografía americana al examen de estos problemas. Pero si, en efecto, se nos habla en él de algunas tribus de Méjico y Sudamérica, poco o nada se dice de los demás indígenas norteamericanos, siendo que ellos nos ofrecen caudal inmenso de observaciones, rigurosa y metódicamente clasificado. Como excelente trabajo de síntesis voy a utilizar el libro de M. Frederick Webb Hodge, *Handbook of American Indians north of Mexico* (Washington, 1907-1910; 2 vols. 8.^o), publicado en colaboración con distinguidos etnólogos y bajo los auspicios del Instituto Smithsonian. Traen estos gruesos volúmenes, en sus 4,400 columnas de texto, la última palabra sobre la sociografía indígena de Norte América. Basta recorrerlos a la ligera para comprobar dos circunstancias: 1.^o que sólo en tres o cuatro casos aparece constatada entre esos indios la promiscuidad, siendo, naturalmente, más difundida entre ellos la poligamia; y 2.^o que en todas las épocas la monogamia ocupa ancho campo entre los indígenas. Sirvan de muestra estos ejemplos que tomo en el curso de una rapidísima ojeada: son monógamos los esquimos (vol. I, p. 808), los hopis (id. id., p. 564), los powhatan (vol. II, p. 301), los pueblos (id. id., p. 323), los quapaw (id. id., p. 335). Entre los abnakis era la poligamia poco practicada (vol. I, p. 4); entre los Tlingit, Tsimshias, Salishas y Bellacoola predomina la monogamia (vol. I); entre los indios de California «la poligamia es rara». La poligamia estaba prohibida a los iroqueses (vol. I, p. 809); entre los mabicanos sólo existía la poligamia para los jefes (id. id., p. 787); no era escasa entre los hurones (vol. I, p. 586) ni entre los pawnees (vol. II, p. 215) ni entre los thilanottine (id. id., p. 743). Como consecuencia de este régimen matrimonial, «el adulterio era castigado. El modo de castigo variaba en cada tribu, dejándose su elección a la parte ofendida. Entre los Apaches la costumbre corriente era desfigurar a la mujer culpable rebanándole la nariz. El cuidado de la propia familia era mirado como deber social y generalmente observado» (id. vol. I, p. 443). Por su parte, sintetizando las observaciones sobre el asunto, el autor del artículo *matrimonio* en el mismo libro escribe (p. 809, vol. I):

«la monogamia resulta, pues, ser la forma predominante de matrimonio en todo el continente. El factor económico es por doquiera potente, pero la compra actual no es usual».

Nos resta por visitar la Oceanía. También ahí un más detenido y completo estudio ha revelado que, en general, la monogamia y poligamia prevalecen casi en absoluto sobre la promiscuidad que, de hecho y a la luz de las últimas investigaciones, se ha reducido enormemente como fenómeno social. Muchos erróneos asertos de viajeros, muchos precipitados y deficientes relatos de etnógrafos han sido rectificadas en los últimos años. Aquellos hechos, vistos con más madurez, científicamente coordinados, han recibido nueva explicación, la verdadera y definitiva. Ella disipa muchas de las historietas y fábulas que hace medio siglo inspiraban a H. Spencer y su escuela estas teorías. Por no difundirme demasiado citando los numerosos ejemplos de tales rectificaciones, remito a los lectores al buen artículo que acerca de la cuestión trae el Diccionario Espasa (tomo 33, p. 1,036 sqq.).

¿Qué consecuencias fluyen de esta reseña que fácilmente pudo ampliarse al doble? ¿Qué revela esta monogamia que hallamos en la cuna de los pueblos más importantes del orbe antiguo y aun en los salvajes de nuestros días?: la inexistencia de una promiscuidad y comunismo de las mujeres universal en los comienzos de la historia y entre las familias inferiores del género humano, lo incorrecto de la generalización en que aquellos regímenes matrimoniales se fundan. Como estricta consecuencia de ello, esta historia de la familia, el parentesco y las sucesiones, de la propiedad y los contratos pierde su carácter positivo y experimental. Los comentarios de este libro se aplican a un orden social que sólo ha imperado sobre ínfima porción de nuestra especie y que, por tanto, carece de la universalidad y amplitud que pudiera constituirlo en fundamento de la sociabilidad y la historia. De la revista que antecede resulta que la verdad del asunto, la realidad de los hechos está en el polo opuesto de este aserto que leo en la pág. 24: «dadas las prácticas y costumbres conyugales que predominan en el mundo salvaje, no está en la esfera de lo posible el que la familia se constituya

allí ni social ni jurídicamente». A menos que preframos atenernos a la prudente y mesurada conclusión de Eduardo Meyer, (*Histoire de l'Antiquité*, I. p. 26). «Así se presenta a nosotros una abigarrada masa de instituciones a menudo diametralmente opuestas unas a otras. Es pura arbitrariedad y petición de principio el considerar a una de éstas como que hubiera reinado universalmente en los orígenes y a todas las demás como ulteriores transformaciones, tal como lo han intentado, sea para ésta, sea para aquélla, los etnólogos historiadores de la civilización».

Ante la historia íntegra e imparcialmente estudiada la promiscuidad y poligamia no tienen, pues, el carácter primitivo y generador del derecho que aquí se les supone; ni por sí solas explican los orígenes y evolución de la familia. Para atribuirles tal calidad hay que desconocer muchos detalles, entender otros erróneamente o aducir textos desviados de su genuina inteligencia. Algo de ello encuentro en estas páginas, y así lo acreditarán dos o tres ejemplos.

Así en la página 29, tratándose de la prostitución sagrada que se practicó en Asiria, Fenicia y Grecia, se nos asegura que ella era vestigio del anterior comunismo sexual. Creo que tal explicación es inexacta y altera la índole de aquella ceremonia exclusiva, absolutamente religiosa. Nada, pero nada tiene que ver con ella la institución familiar; trátase de un rito ajeno por entero al orden de ideas en que se coloca nuestro autor. Es fenómeno de la misma categoría que la emasculación sagrada que en los mismos países y festividades solía practicarse. De ello sobran pruebas. La periodicidad anual de las fiestas en que se rendía ese homenaje a la Gran Diosa de la fecundidad; el hecho de que el rito se cumpliera por heriódulas asiladas a perpetuidad en los templos y que no habían de casarse más tarde; el que esa prostitución la repitieran las mujeres *varias* veces, (Strabon, libro X, cap. final); la circunstancia de que la cohabitación se efectuara en el recinto del templo y, sobre todo, la de que el acto se ejecutara con un extranjero, (no un *forastero* como dice el señor Letelier), y el hecho capital y decisivo recordado por Heródoto (I, 199) de que la conjunción se hiciera

«para contentar a la Diosa»: evidencian que no se trata aquí de solemnidades laicas, civiles sino de operaciones que los mitólogos explican a maravilla. Todavía corrobora este aserto el hecho de que ni en Grecia ni en el Código babilónico de Hammurabi se exigiera aquella prostitución previa como requisito para la celebración del matrimonio. Buscar, pues, otra que una explicación mística a esa costumbre es desconocer todo un orden de fenómenos sociales; es olvidar que aquella ceremonia era una conmemoración puramente ritual, cuyo sentido religioso nítidamente exponen historiadores de la religión como H. Hepdig, (*Atthys, seine Mythem und sein Kult*; Gieszen, 1903), L. R. Farnell, (*The Cults of the Greek States*, vol. III p. 300 sq.) y F. Lenormant. Este último, a propósito del rito entre los fenicios así escribe: (*Histoire ancienne de l'Orient*—9.^e edit. vol. VI p. 596). «Al rededor de este sistema religioso, agrupábase en el culto exterior y público el cortejo de monstruosas licencias, orgías, prostituciones sagradas que ya hemos notado en Babilonia y que acompaña a todos los cultos naturalistas de la antigüedad». Más lejos (p. 578) agrega: «De ahí viene el nombre *Kesidin* o *Kelbin*, «perros», que llevaban los heriódulos, es decir, los hombres y las mujeres anexos a un templo y que ahí ejercían oficios a menudo inconfesables. Otras veces esta consagración era sólo temporal: se sacrificaba la virginidad a la Diosa y se le pagaba por medio de una estada más o menos larga en su templo». Otro eminente asiriólogo, A. H. Sayce, (*The ancient empires of the East*, London 1883, p. 115) corrobora estos conceptos: «Esta costumbre... era practicada en nombre de la religión, colocándose así la mujer bajo la protección de Ishtar, la Diosa del amor». Todavía a este respecto conviene tener presente cierta observación de un especialista, que reduce bastante la extensión e importancia del rito en lo que toca a las mujeres. «Heródoto, dice, ha narrado a este respecto curiosas historias, pretendiendo que toda mujer debía, una vez en su vida, ofrecerse en el templo de la Diosa... Los textos asirios nada contienen que confirme este dato, ostensiblemente exagerado... El carácter de mujeres consagradas a Ishtar es, sin embargo, muy neto... El título de consagrada se

ha vuelto sinónimo de mujer de mala vida, y hasta de hechicera», (M. J. Lagrange, *Les religions sémitiques*; París 1905; p. 241). ¿Cabe todavía sostener, en presencia de estos hechos y opiniones, que la práctica en referencia era el precio de rescate del originario comunismo sexual?

En la página 50, hallo otro aserto gravemente erróneo. Dícese así: «En Atenas, donde no podía el hombre tener más de una mujer legítima, las leyes le permitían tomar una mujer de repuesto». Una nota de la página 66 agrega: «Parece ser que en Atenas el concubinato era unión conyugal tan legítima como el matrimonio solemne». En apoyo de estas afirmaciones se invoca el testimonio de Ludovic Beauchet, (*Histoire de droit privé athénien*, p. 82-86). Esta referencia es para maravillar, porque precisamente en las dichas páginas Beauchet expone, rebata con amplitud, con prolija hermenéutica de los textos y de cierta ley de Dracón, la tesis del señor Letelier. Es una refutación perentoria. Y por tal la ha tomado A. Dareste, (*Journal des Savants*, año 1897), cuando al analizar el libro de Beauchet escribe, (p. 341): «Tampoco admite que los griegos hayan conocido el concubinato, considerado como un matrimonio inferior y generador de derechos civiles. También aquí su demostración nos parece completa». Corrobora esta opinión una autoridad inapelable en estas materias, E. Caillemer, maestro en la ciencia del derecho ático. Dice él, (*Daranberg et Saglio Dictionnaire des antiquités grecques &c.*, París 1887; vol. II, p. 1435). «Pero de estos textos y monumentos no resulta necesariamente que el concubinato haya sido expresamente autorizado por la ley; no resulta de ellos que los hijos de la mujer y los de la *pallake* (concubina) hayan sido equiparados por el legislador... Rehusamos, pues, atribuir al concubinato los efectos de matrimonio legítimo, pero creemos que producía, sin embargo, las consecuencias jurídicas enunciadas arriba». (Los efectos jurídicos a que alude el autor son el derecho en el que vive con una concubina para matar al amante con quien la sorprende en relaciones flagrantes). Continúa M. Caillemer: «En resumen, persistimos en creer, con los antiguos historiadores

del derecho ático: 1.º que jamás los hijos nacidos del concubinato eran asimilados a los nacidos de un matrimonio legítimo». Contra lo avanzado por el señor Letelier, no hubo, pues, en Atenas, otro matrimonio con valor legal que el solemne.

RICARDO DÁVILA SILVA.

RECUERDOS SANTIAGUINOS

¡Oh mis recuerdos santiaguinos!
Noches del sábado de antaño,
en las que fueron partiquinos
los tontos graves que hay hogaño!

Tiempos de honrados libertinos,
de mucha bulla y poco daño;
nada de humores saturninos,
de displicencia ni regaño.

Chicas alegres y bonitas,
tías de pega, como ahora,
versos, paseos, rondas, citas.

Luego, una gira redentora
entre las buenas señoritas,
para elegir «a la señora».

JULIO VICUÑA CIFUENTES.

EL DEBER Y LA POSIBILIDAD DE REJUVENECER NUESTRO ORGANISMO

I. *Solidez de la mecánica humana.*—La humanidad frecuentemente se asemeja a esos devotos que, anhelosos de conquistar el cielo, trabajan su vida entera para ganarse el infierno. Todos amamos la salud y la vida, deseamos la primera sólida y robusta, muy prolongada la última. Y, no obstante trabajamos sistemáticamente en abreviar nuestra existencia, en hacerla insoportable a causa de las numerosas enfermedades que, las más de las veces, contraemos por nuestra propia culpa.

Juan Finot, en su *Filosofía de la longevidad*, observa discretamente que nuestro organismo es un motor incomparable desde el punto de vista de su solidez, de su flexibilidad y de su manera de funcionar. En el vastísimo dominio de nuestras invenciones, nos es imposible encontrar una que pueda compararse al mecanismo humano. A todos los supera en adaptabilidad y en resistencia. La locomotora más potente, maltratada en la forma que usamos con nuestro cuerpo, resistiría apenas algunas semanas, quizás unos cuantos días. Se haría trizas, si se le sometiera a una presión muy superior a su poder de resistencia. Y, sin embargo, a nuestro cuerpo, en apariencias tan débil, lo sometemos a diario a pruebas que son un reto para el buen sentido más elemental. Se diría que, para desafiar el peligro, imponemos a nuestro organismo las condiciones diametralmente opuestas a sus verdaderos intereses, a sus necesidades reales.

Ninguna lógica, ninguna utilización de las conquistas de la fisiología y de la higiene dirigen las funciones más delicadas de nuestro organismo. Él se mueve, sin dirección ni método, al azar de los prejuicios y de la rutina.

Nos hemos preocupado de la suerte de todo lo que nos rodea. Cultivamos las plantas y criamos los animales con arreglo a métodos rigurosamente científicos. Hemos conseguido modificar sus caracteres, perfeccionar sus cualidades, hasta crear especies nuevas. Y en lo tocante a la puericultura, apenas, si tímidamente, comenzamos a dar los primeros pasos...!

Y los principios de la puericultura, que deberían ser la guía de toda la humanidad civilizada, se aplican tan solo en algunos grandes centros, gracias a la iniciativa y a la perseverancia de unos pocos espíritus avanzados. ¡Así, sobre la vasta extensión del globo, los pobres pequeñuelos se debilitan y perecen, con el azar como único guía de su evolución, en tanto que el establo y el gallinero absorben toda la solicitud del rey de la creación!

Y más tarde, cuando, gracias a una selección victoriosa, llegan los niños a la adolescencia ¿como utilizamos ese maravilloso organismo tan apto para todos los perfeccionamientos físicos e intelectuales? Nuestras habitaciones, nuestras escuelas, nuestras ciudades están construídas sin tomar para nada en cuenta sus necesidades. A pesar de todas las adquisiciones de las ciencias, el adolescente evoluciona física e intelectualmente abandonado al capricho de una rutina nefasta, de un monumento de prejuicios seculares.

¡No sabemos comer, ni beber, ni respirar y, lo que parecerá a algunos paradójal, no sabemos siquiera andar!

¿Qué decir de funciones orgánicas delicadas, como el reposo, el sueño, y sobre todo el trabajo físico e intelectual? ¿Ni qué de las funciones de reproducción que el hombre ha conseguido desnaturalizar en su esencia? Y, no obstante estos incomprensibles abandonos, no obstante esta ignorancia o indiferencia por las leyes de la higiene, no obstante estos innumerables desafíos al buen sentido y a la razón, la planta humana crece con una voluntad inquebrantable de vivir y de perfeccionarse!

Entrabado, intoxicado, agobiado, en ocasiones aplastado por

la enfermedad, nuestro organismo lucha, se defiende con vigor, se ingenia astutamente por adaptarse a todos los medios y a todas las circunstancias. Y en ocasiones, a pesar de esta continua y extenuante defensa, llega a vivir 70 y aun 80 años! ¿Qué mecanismo de invención humana podría tener semejante poder de resistencia?

Fácilmente, dada la robustez de nuestro organismo, podríamos llegar al siglo; pero no alcanzamos siquiera la mitad a causa de nuestra negligencia y de nuestra ignorancia de la ciencia de la vida.

II. *Hacemos todo lo posible por vivir ligero.*—Todo el mundo puede encontrar a su alrededor ejemplos numerosos para manifestar que hacemos recorrer a nuestro organismo etapas que habríamos podido economizarle o hacerle recorrer con extrema lentitud si una ciencia racional de la vida hubiera regido nuestra evolución. No prestamos atención alguna a la aparición insidiosa de nuestras debilidades, de nuestras miserias fisiológicas, que transformándose rápidamente en patológicas, se adueñan del organismo, lo desequilibran y destruyen.

Ved, sino, ese niño, levantado demasiado temprano y enviado a la escuela después de un desayuno precipitado e insuficiente, totalmente inapto para un organismo en actividad de crecimiento. Los procedimientos todos de su educación—así física como intelectual—parecen calculados para entorpecer su libre desarrollo, para darle hábitos antihigiénicos, para envejecer rápidamente su organismo. Permanecerá horas y horas en salas de clase llenas de polvo y desprovistas de la ventilación que debería asegurarle la oxigenación que necesita. Ningún ejercicio racional educará sus músculos ávidos de trabajo, sedientos de espacio y de luz. No hablemos siquiera de sus cursos de gimnasia hechos una o dos veces por semana, en salas polvorientas, parodia ridícula de lo que debería ser la educación física racional y cotidiana. En el colegio, inclinado sobre su pupitre, con el pecho comprimido y sus espaldas encorvadas, y en su casa, echado sobre su escritorio, haciendo sus tareas o aprendiendo sus lecciones, sometido al mismo régimen irracional que sus padres, sin haber aprendido a respirar ni a

masticar.—¿Creéis siquiera posible que en tales condiciones logre alcanzar el espléndido desarrollo, la juventud integral que ponga su organismo al abrigo de las enfermedades? Joven, niño aun, será ya un viejecito y los errores de higiene de que ha sido víctima lo perseguirán durante su vida entera.

Mucho, también, habría que decir sobre el trabajo intelectual a que se le somete. Ni el esfuerzo exigido, ni el tiempo malgastado, guardan proporción alguna con los materiales que ha asimilado. Pero vamos más lejos. Convengamos en que, gracias a una fortuna extraordinaria, a una constitución de cal y canto, ha logrado, a pesar de todos los peligros, salir indemne de la infancia. Concedámosle, no obstante la falta de ejercicio, un buen equilibrio fisiológico y dotémosle de un cerebro admirable. Mientras más poderosos sean sus capacidades cerebrales, más intenso será el esfuerzo que de él se exija. Absorberá toda la vitalidad del individuo, dejando las otras funciones en la sombra y en la inacción, completamente descuidadas, olvidadas casi.

Pero ellas se vengarán, porque los hermosos desarrollos, cuando no están sostenidos por un equilibrio general, se extinguen rápidamente. Una vejez o una muerte prematuras aniquilarán esta bella inteligencia, que habría podido triplicar la duración de su existencia si la cultura de su organismo hubiera sido racional.

¡Cuántos genios no han muerto prematuramente porque sus magníficos cerebros estaban encerrados en cuerpos envejecidos y gastados antes de tiempo! Y por ello, ¡de cuántos trabajos y descubrimientos no se ha visto privada la humanidad! La muerte de un Pasteur a los 73 años de edad es una catástrofe para la humanidad, a la cual semejante cerebro habría podido consagrar todavía 20 a 30 años de bienhechora actividad.

Ved una joven que pronto será esposa y madre. Nada la prepara para sus roles futuros. Pasa los años de su juventud en una ignorancia absoluta de sus deberes y los prejuicios tiránicos de la moda van preparando en ella desastres para la próxima evolución de su organismo. Empinada sobre altos tacones, que desvían toda su estática visceral, aprisionada por

una coraza que impide el desarrollo de sus órganos torácicos y abdominales y debilita sus músculos intercostales, sometida a las más absurdas fantasías de una moda irracional, privada de la cultura física que su organismo requiere, la joven llega al matrimonio frágil y miserable, mal desarrollada, debilitada físicamente e ignorante intelectualmente de su rol y de sus deberes.

La gestación, el parto, la lactancia la encontrarán con un organismo incapaz de soportar los esfuerzos que ellos imponen y saldrá de la prueba maltrecha, envejecida, presa de todos los males, que hacen de la mujer la eterna víctima.

Se podrían multiplicar los ejemplos hasta lo infinito para demostrar como el obrero en su fábrica insalubre y en su habitación estrecha, el vicioso por sus excesos, el hombre de negocios por sus preocupaciones, todos por un desconocimiento absoluto de las leyes de la higiene en todos los actos de su existencia, trabajan activamente en la destrucción de su equilibrio orgánico, en apresurar la venida de la vejez y de la muerte.

Lo hacemos todo por envejecer pronto al dejar que se deteriore nuestra mecánica y que nuestras vísceras soporten un trabajo superior a sus fuerzas, al colocarnos en las peores condiciones para el libre desarrollo de nuestro organismo, ingeniándonos en descubrir e inventar toda especie de venenos que usamos abundantemente, menospreciando las advertencias que el organismo nos da para descubrirnos su fatiga.

Trabajamos esforzadamente en nuestra destrucción y somos los obreros de nuestra propia tumba.

III. *Nos enfermamos por nuestra culpa y nos cuidamos mal.*—En el mundo inmenso del sufrimiento y la enfermedad escoged al azar y veréis que el origen del mal orgánico son siempre la ignorancia, las faltas contra la higiene incansablemente repetidas durante años con extremada negligencia. El organismo, vigilante y valeroso, lucha ásperamente durante largo tiempo, nos hace advertencias reiteradas, siempre incomprendidas y menospreciadas, y concluye por sucumbir. La enfermedad se radica en él.

La caída nos sorprende, casi nos sentimos tentados a reprochar al organismo, en quien habíamos depositado una confianza ciega, de habernos bruscamente traicionado. Luego vienen las componendas. Creyéndonos fuertes y robustos creemos que la enfermedad es un accidente pasajero, algo así como un golpe o una herida. Pasará sola. Y así, cuando alguna de las grandes funciones de nuestro organismo desfallece o se desvía, continuamos haciendo tranquilamente nuestra vida habitual. Esperamos que las perturbaciones funcionales sean bastante graves para poner en peligro la vida, que el dolor o la impotencia funcional sean bastante poderosas para convertirnos en niños inútiles e inquietos, para decidirnos a pedir la atención del médico, del hombre de quien nos hemos burlado más en los buenos tiempos. Pedimos auxilio, no en los primeros momentos, cuando aparecen las primeras llamas, sino cuando el incendio ha tomado cuerpo, cuando abarca toda la casa, cuando—aún extinguido—habrá de dejar huellas indelebles.

Salimos de la prueba—si lo conseguimos— agotados por la lucha, con el organismo dañado y envejecido. ¿Y qué exigimos del médico cuando nos decidimos a pedir su asistencia? Nada menos que el elixir de la vida, que nos dé el remedio milagroso que transforme—por obra de magia— órganos destruídos por largos años de funcionamiento anómalo en órganos nuevos. Y eso sin demora. No tenemos tiempo ni paciencia que consagrar a esa restauración, sin la cual, sin embargo, nuestra vida no será sino una rápida decadencia. Preferimos al que nos promete obrar más pronto y con menos molestia, cuando no recurrimos, con fe mística, a alguno de esos específicos que recomiendan la cuarta página de los diarios como remedios infalibles para sanear y reconstruir en un dos por tres los órganos más destruídos y maltrechos.

No acertamos a comprender que cada explosión patológica no es más que el resultado visible de una serie compleja de fenómenos que se han producido en el organismo durante meses y años; que en cada organismo esos fenómenos dan lugar a manifestaciones especiales, que revisten un carácter personal y hacen de cada caso un problema nuevo; que es necesario para

encontrar la terapéutica aplicable remontarse a un pasado más o menos lejano, buscar en él todos los datos del problema y hacer en seguida, lenta y progresivamente, la reeducación de las funciones enfermas, tomando en cuenta toda una serie de acciones y reacciones personales.

Es preciso, pues, dispensar el esfuerzo reparador a la extensión y a la antigüedad de las lesiones, a su repercusión, al aspecto particular que ellas toman en cada individuo, lo que nos obliga en ocasiones a usar medios totalmente diferentes para combatir enfermedades en apariencias idénticas.

Es indispensable, asimismo, no contentarse con extinguir el fenómeno patológico. Hay que suprimir las causas que lo han producido. Reparar, no sólo la superficie, sino también el fondo.

Si enfermedades como la enteritis o la dispepsia tardan largos años en producirse, es imposible curarlas en unas cuantas semanas. Hay regímenes y medicamentos que hacen desaparecer el fenómeno patológico visible. Se cree estar ya sano, sin estarlo. La explosión patológica queda extinguida; pero el fuego permanece vivo bajo las cenizas, pronto a reaparecer, tarde o temprano, porque se vuelve a la antigua existencia sin cuidarse de reeducar las funciones digestivas y todas las demás que, por depender de ellas, con ellas han sufrido.

Causas múltiples, que trabajan durante años y provocan lesiones en el tubo gastrointestinal, en el hígado, en los riñones y en la circulación, producen la explosión patológica que llamamos gota.

Ese fenómeno, grito de angustia de un organismo entorpecido, que siente que se le escapa la vida, se cura fácilmente en unos cuantos días. Algún remedio, un poco de régimen, unos pocos días de reposo, nos bastan para recuperar nuestra vida normal y para aguardar estoicamente el próximo ataque. Creemos que la enfermedad es esa pequeña inflamación articular benigna que de tiempo en tiempo nos molesta, sin cuidarnos del agotamiento progresivo y rápido del organismo, de la aproximación de la vejez y la muerte, que, con mediano conocimiento de las leyes de la higiene, habríamos fácilmente podido evitar.

Podría decirse lo mismo de todas las grandes dolencias orgá-

nicas: diabetes, neuratenias, esas fatigas de causas múltiples, primeros síntomas de las grandes enfermedades, anemias, flacuras u obesidades excesivas, tratadas rápida y ligeramente por medio de regímenes, de tónicos, que en el fondo son azotes dados al caballo fatigado para obtener un último esfuerzo, pero que hacen sucumbir a la pobre bestia.

Por millares se pasean por nuestras ciudades esos organismos de apariencias robustas, pero, en realidad, condenados a una rápida vejez y a una muerte próxima, que evitarían fácilmente con un esfuerzo consciente y razonado. Arterio escleróticos que no toman en cuenta las advertencias del organismo, sedentarios pletóricos y viciosos empedernidos cuya aparente robustez causa admiración, dispépticos, gotosos, reumáticos, diabéticos, hijos de padres alcohólicos, tuberculosos, sífilíticos, todos proceden de la misma manera, cometen las mismas faltas, se abandonan de igual modo...

IV. *Posibilidad de rejuvenecimiento.*—Se impone una conclusión muy simple: si nuestro organismo, a pesar de todas las trabas que se le oponen, funciona hasta los 70, los 80 y en ocasiones hasta los 100 años ¿qué no haría, de qué magnífico desarrollo no sería capaz, si supiéramos usarlo normalmente, con una comprensión rápida y profunda de sus capacidades efectivas? Y en tales condiciones ¿no es verdad que, en vez del límite vital que erradamente creemos natural, el hombre podría vivir por lo menos el doble de lo que hoy vive?

Constatemos, además, que ni la biología, ni la fisiología oponen barreras infranqueables a una prolongación de nuestra vida más allá de los límites que creemos normales y que la medicina no se opone a que esa vida evolucione exenta de los vicios que hoy la caracterizan.

Debemos, de consiguiente, lógicamente creer en la posibilidad de aumentar la vida del hombre o, lo que tanto da, de rejuvenecerlo.

Uno no es viejo porque ha alcanzado los 70 a los 80 años de edad, sino porque tiene viejos los tejidos, duras las arterias, fatigadas las vísceras y como consecuencia de todo esto, abatido el ánimo.

Y esos órganos y ese ánimo están débiles e incapaces de luchar, no porque el calendario implacable les señale la cifra fatídica de sus años, sino porque nosotros mismos, más implacables aún, hemos desperdiciado nuestros tesoros de energía.

Se ha dicho con exactitud que tenemos la edad de nuestras arterias. Podría añadirse que ellas tienen la edad que nosotros queremos que tengan. Para mantenerlas jóvenes nos basta una mejor comprensión de nuestra vida, la aplicación razonable de las leyes de la higiene, la voluntad siempre dispuesta a buscar la mejoría de nuestro ser físico e intelectual. En una palabra, para dar a nuestro organismo la posibilidad de una perfecta evolución, sólo se requiere conducirlo con arreglo a las leyes de la ciencia de la vida, leyes que pocos conocen y nadie practica. Al primer capítulo de esta ciencia, la puericultura, ya aplicada y obedecida por la humanidad razonable, es preciso añadir otro, la antropocultura, que la conducirá, por etapas largas y felices, hacia una vejez serena y una muerte insensible. La ignorancia de esas leyes nos hace precipitar nuestro organismo hacia una decrepitud y una muerte prematuras, hacia todas las desviaciones funcionales o sean las enfermedades, hacia todas las perturbaciones psíquicas que hacen de todos nosotros otras tantas abúlicos y desencantados.

Gracias a su aplicación juiciosa podemos prever en el porvenir la desaparición de todos los vicios y enfermedades que convierten nuestra vida terrena en un valle de sufrimientos y de lágrimas. Podremos detener o retardar los fenómenos de la vejez, prolongar la vida.

Pero para crear esta ciencia de la vida es preciso que primeramente demolamos ese jardín inmenso de lugares comunes que constituyen nuestras actuales concepciones biológicas, esa pesada herencia de errores del pasado transmitida de generación en generación y nunca por nadie examinada. Es preciso que no continuemos viviendo en conformidad a ritos inmutables, transmitidos por la rutina y la costumbre, que sometamos esas que acostumbramos a llamar *verdades* al examen cuidadoso, a la verificación severa del método experimental. Y la gran re-

nicas: diabetes, neuratenias, esas fatigas de causas múltiples, primeros síntomas de las grandes enfermedades, anemias, flacuras u obesidades excesivas, tratadas rápida y ligeramente por medio de regímenes, de tónicos, que en el fondo son azotes dados al caballo fatigado para obtener un último esfuerzo, pero que hacen sucumbir a la pobre bestia.

Por millares se pasean por nuestras ciudades esos organismos de apariencias robustas, pero, en realidad, condenados a una rápida vejez y a una muerte próxima, que evitarían fácilmente con un esfuerzo consciente y razonado. Arterio escleróticos que no toman en cuenta las advertencias del organismo, sedentarios pletóricos y viciosos empedernidos cuya aparente robustez causa admiración, dispépticos, gotosos, reumáticos, diabéticos, hijos de padres alcohólicos, tuberculosos, sífilíticos, todos proceden de la misma manera, cometen las mismas faltas, se abandonan de igual modo...

IV. *Posibilidad de rejuvenecimiento*.—Se impone una conclusión muy simple: si nuestro organismo, a pesar de todas las trabas que se le oponen, funciona hasta los 70, los 80 y en ocasiones hasta los 100 años ¿qué no haría, de qué magnífico desarrollo no sería capaz, si supiéramos usarlo normalmente, con una comprensión rápida y profunda de sus capacidades efectivas? Y en tales condiciones ¿no es verdad que, en vez del límite vital que erradamente creemos natural, el hombre podría vivir por lo menos el doble de lo que hoy vive?

Constatemos, además, que ni la biología, ni la fisiología oponen barreras infranqueables a una prolongación de nuestra vida más allá de los límites que creemos normales y que la medicina no se opone a que esa vida evolucione exenta de los vicios que hoy la caracterizan.

Debemos, de consiguiente, lógicamente creer en la posibilidad de aumentar la vida del hombre o, lo que tanto da, de rejuvenecerlo.

Uno no es viejo porque ha alcanzado los 70 a los 80 años de edad, sino porque tiene viejos los tejidos, duras las arterias, fatigadas las vísceras y como consecuencia de todo esto, abatido el ánimo.

Y esos órganos y ese ánimo están débiles e incapaces de luchar, no porque el calendario implacable les señale la cifra fatídica de sus años, sino porque nosotros mismos, más implacables aún, hemos desperdiciado nuestros tesoros de energía.

Se ha dicho con exactitud que tenemos la edad de nuestras arterias. Podría añadirse que ellas tienen la edad que nosotros queremos que tengan. Para mantenerlas jóvenes nos basta una mejor comprensión de nuestra vida, la aplicación razonable de las leyes de la higiene, la voluntad siempre dispuesta a buscar la mejoría de nuestro ser físico e intelectual. En una palabra, para dar a nuestro organismo la posibilidad de una perfecta evolución, sólo se requiere conducirlo con arreglo a las leyes de la ciencia de la vida, leyes que pocos conocen y nadie practica. Al primer capítulo de esta ciencia, la puericultura, ya aplicada y obedecida por la humanidad razonable, es preciso añadir otro, la antropocultura, que la conducirá, por etapas largas y felices, hacia una vejez serena y una muerte insensible. La ignorancia de esas leyes nos hace precipitar nuestro organismo hacia una decrepitud y una muerte prematuras, hacia todas las desviaciones funcionales o sean las enfermedades, hacia todas las perturbaciones psíquicas que hacen de todos nosotros otras tantas abúlicos y desencantados.

Gracias a su aplicación juiciosa podemos prever en el porvenir la desaparición de todos los vicios y enfermedades que convierten nuestra vida terrena en un valle de sufrimientos y de lágrimas. Podremos detener o retardar los fenómenos de la vejez, prolongar la vida.

Pero para crear esta ciencia de la vida es preciso que primeramente demolamos ese jardín inmenso de lugares comunes que constituyen nuestras actuales concepciones biológicas, esa pesada herencia de errores del pasado transmitida de generación en generación y nunca por nadie examinada. Es preciso que no continuemos viviendo en conformidad a ritos inmutables, transmitidos por la rutina y la costumbre, que sometamos esas que acostumbramos a llamar *verdades* al examen cuidadoso, a la verificación severa del método experimental. Y la gran re-

compensa de ese esfuerzo será, lo afirmamos con absoluta certidumbre, un verdadero rejuvenecimiento de nuestro organismo.

Es preciso que tengamos amplia confianza en la posibilidad de ese rejuvenecimiento y en la de la prolongación de la vida, no por medio de elíxires milagrosos, sino, sencillamente, aprendiendo a vivir de una manera normal, a obedecer los instintos saludables del organismo, o curarnos racionalmente en caso de enfermedad.

La civilización, alejándonos más y más del instinto, nos ha arrebatado las armas de defensa, ha abolido en nosotros la percepción de esas advertencias, de esas órdenes imperiosas salidas de las profundidades del instinto de conservación, a las cuales obedecen todos los animales. Nos dará, sin duda alguna, con el progreso de las ciencias de la vida, armas equivalentes, si no superiores, basadas en un conocimiento perfecto de la fisiología humana. Pero, hoy por hoy, vivimos en un período de transición, en que, perdido el instinto de la vida, no hemos adquirido aún el de la ciencia. Solo la casualidad conduce nuestra barca por el océano peligroso de la existencia.

Todo esto es humillante para el rey de la creación. Debemos preguntarnos si podemos dar a nuestra barca un piloto advertido, si podemos detener la marcha fatal de nuestro organismo hacia su ruina definitiva, o sea la muerte, o hacia el decaimiento de su vitalidad, o sea la enfermedad. Debemos preguntarnos si podemos restaurar las dolencias orgánicas como la gota, la diabetes, el arterio-esclerosis, la obesidad, el reumatismo, las entero-dispepsias, esos desequilibrios oscuros y complicados que llamamos neurastenias y todas las demás miserias que nos hacen viejos en una época en que deberíamos estar en pleno desarrollo físico e intelectual.

La duda al respecto no es siquiera posible. Los progresos de la medicina racional, nuestra experiencia en materia de higiene, la riqueza y el poder de nuestras armas terapéuticas físicas, químicas, biológicas, psíquicas y dietéticas nos permiten asegurar que se puede rejuvenecer todo organismo, sea que esté simplemente envejecido por el *surmenage* irracional de

todas sus funciones o enfermo por el desequilibrio o la destrucción de alguna de ellas.

Y entiendo por rejuvenecimiento una verdadera resurrección del organismo: restauración de los tejidos que han perdido su tonicidad, equilibración de las funciones débiles, reeducación de esas mismas funciones y de sus centros nerviosos, hacer, en una palabra, el organismo casi de nuevo y darle ese aspecto de euforia, de desarrollo vital, característico de la juventud.

Y una vez obtenido ese rejuvenecimiento, podemos conservarlo largo tiempo siempre que llevemos una vida racional y sana, exenta de las faltas que nos produjeron nuestro rápido envejecimiento.

Nuestros medios para obrar sobre un organismo usado son suficientes en número y en poder, y siempre que sepamos utilizarlos juiciosamente, con un eclecticismo discreto y un conocimiento de conjunto que nos permita manipularlos armoniosamente, llegaremos con su auxilio a resultados rayanos al milagro.

DR. JUAN FRUMUSAN.

(Concluirá)

EPISTOLARIO

(CARTAS DE DON DOMINGO SANTA MARÍA Y DE DON MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI)

Santiago, Julio 3 de 1880.

Mi querido Lastarria (1):

He recibido dos cartas de Ud. cuando habrá Ud. recibido también, probablemente, las últimas mías. Largas, como han sido, le habrán dado a conocer a Ud. nuestra situación. En la última le explico los motivos que dieron lugar a la disolución del Ministerio.

Ahora estoy en casa, enfermo, pagando el penosísimo trabajo de catorce meses.

Estoy de acuerdo con Ud. en cuanto me dice en su última carta. Tal era mi propósito cuando era Gobierno.

Nuestras relaciones con Bolivia están mucho más avanzadas de lo que Ud. se imagina. Al salir del Ministerio dejé muchos hilos, capaces de formar un buen tejido; y según la correspondencia que he recibido en estos días, el tejido se hará. Está convencida Bolivia de que no tiene elementos con que proseguir una guerra, que no le dará otro fruto que su completa rui-

(1) REVISTA CHILENA, N.º XXIV.

na, mientras que, al habla con nosotros, podrá alcanzar ventajas que darán desarrollo a su industria. El verdadero interés público se sobrepondrá, al fin, a los grito insensatos de las pasiones populares. El desastre sufrido por Bolivia es completo, y poco ha faltado para que los bolivianos y peruanos se disparen en la plaza de Tacna.

Nosotros debemos procurar llegar a la paz para presenciar y esperar desembarazados los sucesos de Buenos Aires. No hay documento público alguno en que no se explote el odio contra Chile. No se quedo atrás el cómico de la legua, Avellaneda (1), aun en su famoso discurso a la memoria de San Martín. Dígame Ud. lo que quiera y yo le juro que Avellaneda es un tonto de los muchos que nosotros tenemos en los cafés. ¿Qué dice Ud. de esta famosa frase, al conceder la palabra al Ministro del Perú: «va a hablar el peruano; la América está en expectación»? Rendón o Allú (2) no habrían dicho un disparate semejante.

Creo que Ud. ha hecho perfectamente en permanecer en Montevideo. Es de capital importancia para nosotros seguir el curso de los acontecimientos argentinos para poderlos apreciar con exactitud y calma. Es menester que nosotros seamos cuerdos, si ellos quieren ser insensatos.

No tema nada por la salud de la Jesús (3). El mismo día que caí yo a la cama me pasé con ella en su dormitorio. Estaba ya alentada y animada, siendo causa de su recaída su ida a Colina, donde salió a andar un poco por terrenos algo húmedos. El frío y la humedad la resfriaron de nuevo. El médico se equivocó en el consejo que le dió.

No se precipite en venir, ya que Ud. puede entenderse fácilmente con Valderrama (4), joven serio y modesto, y que no se ocupará como Miguel Luis (5) en *campear noticias para calmar*

(1) Don Nicolás de Avellaneda.

(2) Dos actores cómicos que representaban por esa época en Santiago.

(3) Doña Jesús Villarreal, esposa del señor Lástarria.

(4) Don Melquíades Valderrama, Ministro de Relaciones Exteriores del gabinete que presidía don Manuel Recabarren.

(5) Don Miguel Luis Amunátegui.

la fiera. Así llamaba Amunátegui a nuestro público de Santiago.

Como siempre todo suyo, su amigo afectísimo,

DOMINGO SANTA MARÍA.

Santiago, Agosto 18 de 1880.

Mi querido Lastarria:

Escribo a Ud. con el temor de que esta carta no llegue a sus manos, porque, según Ud. me dice en su última, debe Ud. emprender viaje para Chile en el presente mes, aun cuando, por otra parte, creo que no podrá Ud. realizarlo, si persiste en tomar la vía de la cordillera. Como pocos, este invierno ha sido de agua y nieve, habiendo tenido por remate un temblor que ha originado no pocas desgracias en diversos lugares. Quiere decir esto que la naturaleza airada nos conjura para que pongamos término a la guerra y lleguemos a la paz.

Y yo la deseo de corazón. Está ya afianzado el honor chileno, habiendo probado por medio de increíbles hazañas, que no se nos puede ajar o atropellar impunemente.

Las expediciones que hemos hecho y las batallas que hemos dado, por más errores en que hallamos incurrido, serán más tarde motivos de justa admiración. Debemos estar contentos y satisfechos.

Pero la guerra, por más propicia que nos halla sido, no ha podido menos de ser también una calamidad para nosotros. Hoy comenzamos ya a vivir en una carestía espantosa, consecuencia de la pródiga emisión de papel moneda. Los empleados están especialmente en una ruinosa situación, pues se les paga la mitad de su renta verdadera, con lo cual es imposible puedan hacer sus gastos ordinarios, desde que todos los artículos de consumo han triplicado de valor.

Es menester que pensemos seriamente en el porvenir del país,

al cual puede creársele una muy ruda situación, si no damos al comercio y a la industria, para su tranquilo desarrollo, la confianza que solo la paz puede inspirar. Nuestras próximas cosechas serán fatales, a juzgar por los estragos que en nuestros campos ha hecho la lluvia excesiva.

Tengo para mí, sin que esto sea una ilusión, que si empleáramos nuestra diplomacia con actividad en estos momentos, podríamos llegar a una inteligencia con el Perú y Bolivia, pues a esta última sólo le detienen algunas quisquillas, a las que nosotros, como victoriosos, no deberíamos dar importancia. En la paz con Bolivia debe también guiarnos un marcado espíritu de equidad, que ocioso sería demostrar a Ud.

El Perú mismo se encuentra hoy bajo la presión de los intereses neutrales, tan hondamente lastimados, pero teme, para prestarse a algún arreglo, que nuestras exigencias sean muy exageradas, de manera que no haya gobierno ni congreso que pueda prestarse a un tratado de paz.

Antes de dejar el Ministerio se habían tendido algunos hilos a este respecto; pero hoy ignoro qué resultado se halla obtenida. Fío mucho en la diligencia de Lillo (1) que ha partido hace días para el norte, que lleva instrucciones y que piensa exactamente lo mismo que yo.

Mientras tanto la famosa expedición a Lima, que nos costará un ojo de la cara y que bien puede costarnos los dos, cuenta con numerosos y arrebatados partidarios; y me parece que habrá de emprenderse si en un mes más no hemos llegado a algún concierto con nuestros adversarios.

La expedición a Lima saldrá a principios de Octubre e irá con ella, porque tal es el compromiso que tengo contraído. Hoy se organiza el ejército en ese sentido. Expedicionarán veinte mil hombres. Pero creo todavía que la buena estrella nuestra ha de detener esta expedición que, realizada, nos costará mucha sangre y mucha plata.

El Ministerio tiene hasta hoy una vida poco segura; pero de-

(1) Don Eusebio Lillo.

cididamente se afianzará una vez cerrado el Congreso y emprendida la expedición.

La política no toma creces todavía entre nosotros, a pesar de las cavilaciones de ciertos círculos y de las intrigas que ponen en juego. Prats (1) y otros como él, han procurado ponerse al habla con los conservadores para dar un golpe en la Cámara al Ministerio radical. Los conservadores, sin querer al Ministerio, han desdeñado la alianza y a los que la proponían.

En los diarios verá Ud. cuánto se ha peleado en el Senado la pequeñísima cuestión de las incompatibilidades judiciales con las parlamentarias, pelea que ha terminado con la aprobación de la ley que las proponía. Ha habido escenas curiosas, que han podido tomarse como el mejor argumento en favor de las incompatibilidades.

Yo no he podido concurrir a las sesiones del Senado, como no concurre todavía al tribunal, porque ando con la salud perdida y rodeado de quehaceres que poco me han permitido atenderla. Hoy, que me encuentro ya mejor y más desahogado, me hallo en el caso de volver a los trabajos judiciales, que habrán de postrarme al fin y al cabo.

Junto con esta carta recibirá Ud. probablemente la Memoria del Interior, que yo tengo en prensa y que me ha fastidiado no poco por la dificultad de reunir los datos necesarios, pues Ud. ha debido conocer, por experiencia propia, en cuanto desgreño mantiene Soffia (2) los papeles, a pesar de toda su inteligencia y voluntad.

Espero ver a Ud. pronto aquí, y confío en que, viendo Ud. las cosas y oyendo la explicación de ellas, Ud. no volverá a enojarse conmigo, sino que me hará tanta justicia como es el cariño sincero que le tiene su amigo,

(1) Don Belisario Prats.

(2) El Oficial Mayor del Ministerio del Interior don José Antonio Soffia.

D. SANTA MARÍA.

Santiago, Agosto 28 de 1880.

Mi querido Lastarria:

Es verdad, como me dice Ud. en la suya del 11 del presente mes, que cuando escribí a Ud. mi carta de 3 de Julio pasado, ignoraba que se había ofrecido a Ud. la Legación a Colombia y México. Ahora que sé que Ud. ha aceptado y que se pondrá en el próximo mes en marcha para Santiago, tendré el gusto de abrazarle aquí, de charlar con Ud. y de recibir de presente sus zurriagazos. No por eso tendrá Ud. razón y siempre creeré que Ud., como todo fiel cristiano, tiene sus ilusiones, de las cuales no se *apea* Ud., ni se *apeará* jamás.

Porque es ilusión aquello de creer que Ud. ha podido terminar la cuestión argentina, porque, además de que allá no están dispuestos a terminarla, sino a su paladar, aquí no se aceptaría arreglo alguno que no satisficiera la exigencia chilena, exigencia más crecida hoy, como que el país está orgulloso con sus triunfos y se cree capaz de marchar hasta Constantinopla.

Bien ha probado el argentino que ni se habría entendido con mi Señor Jesucristo, pues mira la cuestión de límites como cuestión de honra y como cuestión de política interna.

En un principio, cuando nos vió comprometidos en la guerra, nos quiso ahorcar, y hoy, sino lleva tan lejos sus pretensiones, no ceja tan poco de las antiguas, probando así que sólo nuestro poder, bien afianzado, y sus desastres, bien experimentados, podrán ponerlo cuerdo y arrastrarlo al arbitraje, término racional de la cuestión. Lo demás, por más que Ud. me acuse, es ilusión.

Buenos son los amigos de Ud. para pensar de otra manera, y bien han probado todos ellos, aun los amigos de la paz, que sólo la quieren considerando (únicamente) litigioso el estrecho. ¿Se imagina Ud. que a querer el argentino un arreglo racional, por convenirle así, no lo habría celebrado ya, aun cuando nuestro Ministro hubiese sido Chuchiborque? Repetiré siempre lo que he dicho a Ud. en otras ocasiones: los Gobiernos y los

pueblos no hacen nunca lo que no les conviene, aun cuando los intermediarios se llamen Lastarria o Cavour.

Si no hubiéramos guardado con la República Argentina la reserva y disimulo que hemos observado últimamente y hubiéramos discutido, hoy estaríamos rotos y en guerra. Le habríamos dado pretexto para asumir la actitud que ella quería.

No respondí de lo que ha hecho Amunátegui; y si lo hubiera sospechado no se habrían dado a Ud. las órdenes que recibió. Es una debilidad y una torpeza.

Aquí se prepara la expedición a Lima. Efectuada que sea, iré con ella, a pesar de que temo que no nos dé fruto alguno, sino es consumir plata y derramar sangre. Pero como el país no ve la paz en el acto y como se siente orgulloso, ha impuesto esta expedición que yo miro mal y que he condenado desde el principio. En fin, esta materia requeriría una larga carta.

En política interior, las miserias de siempre.

En su casa no hay novedad. La Jesús restablecida.

Lo abraza su amigo.

D. SANTA MARÍA.

Señor don José V. Lastarria.

Santiago, Diciembre 23 de 1852.

Mi querido maestro:

Mucho gusto nos ha causado ver su letra y su firma, y saber de su boca que ya es pelucón por el bolsillo, aunque ya la fama había pregonado esto último por Santiago, con gran regocijo de dos de sus discípulos que si bien flacos de cuerpo, tienen un corazón bastante grande para apreciar a Ud. como merece.

Me alegro como chileno que sea rico, porque eso le dará tiempo y holgura para ser literato y para engendrar otros robustos hijos parecidos a las *Investigaciones sobre el Coloniaje*,

el *Derecho Constitucional*, la *Carta sobre Lima*, el *Manuscrito del Diablo*. Ud. protesta no volver a escribir. Permítame que no se lo crea, como no creería que cumpliera su promesa el hombre lleno de vigor y de potencia que se condenara al celibato. El tintero que tiene sobre su mesa es para Ud. una mina tan rica como la *Constancia*. Si esta le da riqueza en abundancia, del otro saca Ud. gloria a manos llenas; y, diga lo que quiera, vale mucho ser, como cierta persona que yo me sé, conocido desde Chiloé hasta Copiapó, y por añadidura en el Perú, y en Bolivia, y en Buenos Aires, y en España, etc. Ud. volverá a escribir y cuando esta predicción se cumpla no me tendré por eso por muy hábil profeta. La esterilidad está buena para ciertos eunucos que Ud. y yo conocemos.

A Lillo (1) lo veo con mucha frecuencia. En la actualidad anda en una chacra, pero esta noche debe volver. Le leeré su carta. Enamora y escribe mucho. Ha compuesto poesías, viajes, historias y novela. Ha calculado, con el tino que le es peculiar, que la época es o debe ser literaria, y ha afilado sus armas para ocupar, como es de justicia, uno de los primeros puestos.

Don Salvador Sanfuentes está escribiendo leyendas.

El prospecto de los *literatos notables*, que forma tan perfecto juego con aquel artículo del Picaflor tan saladamente analizado por Ud. en la *Carta sobre Lima*, es obra de Hermógenes Iriarri.

Dispense que le hable ahora de nosotros. No pensamos sino en escribir. Vamos a publicar una Memoria que acaba de premiarnos la Universidad y que García Reyes (2) ha alabado excesivamente en el informe y pondera todavía más de palabra. Al mismo tiempo, o tal vez antes, daremos a luz un trabajo que llevará por título *Una Conspiración en 1780*, y que tendrá por asunto una curiosa tentativa de independencia acaecida en aquella época; que ha influído no poco sobre la revolución de 1810, aunque haya permanecido ignorada hasta el día; y que pone de manifiesto la política suspicaz de la España. Estamos

(1) Don Eusebio Lillo.

(2) Don Antonio García Reyes.

escribiendo una biografía minuciosa y un análisis detallado de las obras de don Andrés Bello, y esta será la primera de otros iguales que nos proponemos consagrar a los principales literatos americanos. Don Antonio Varas me ha encomendado la refutación del libro que Angelis (1) ha publicado este año en Buenos Aires sobre los derechos que la República Argentina pretende tener al estrecho de Magallanes y Tierra del Fuego; y como para hacerla me ha eximido de asistir a la oficina, está ya muy adelantada y me lisonjeo de que Chile no quedará mal parado. Don Andrés Bello me ha encargado el discurso histórico que debe pronunciarse en la sesión solemne que celebrará la Universidad en 1853; todavía no me he decidido por ningún tema; pero sin duda será del año veinte para acá. Recogemos datos para escribir la historia de los años trece y catorce, a fin concurrir al premio propuesto por la Facultad de Humanidades. Esta emuneración le probará que nos hemos echado a cuesta una tarea quizá superior a nuestras fuerzas; pero somos vizcaínos por origen y por voluntad. A pacienzudos nadie nos gana. De todos modos procuraremos, en cuanto podamos, que Ud. no se avergüence de llamarnos sus discípulos.

Tenemos muchos deseos de leer la *Historia Parlamentaria*.

Gregorio (2) le envía mil recuerdos. Ud. sabe que una carta que yo firmo es como si él la firmara.

Su amigo de corazón.

(1) Don Pedro de Angelis.

(2) Don Gregorio Víctor Amunátegui.

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI.

EN LOS BANCOS DE TERRANOVA

Meses y meses llevábamos en los bancos de Terranova para la pesca del bacalao. Veranos e inviernos pasaban y volvían, y nosotros siempre en el mismo sitio, en medio del mar, entre dos mundos, Europa y América. Cuatro o cinco veces por año íbamos a Miquelón para vender nuestra pesca y comprar víveres; luego volvíamos a alta mar y regresábamos al mismo sitio para pescar el bacalao y retornar a Miquelón. Yo nunca bajé a tierra, ¿para qué? Veíase poca gente en aquel agujero abandonado, donde sólo habitaban pescadores y comerciantes en pescado. Nuestro barco era ruso y se llamaba el *Kongo*: un verdadero ruso, una barraca vieja, que de sus años juveniles conservaba algunas inscripciones medio borrosas encima de las portas. Eramos a bordo ocho hombres: dos holandeses, un francés, dos rusos y yo; los otros dos eran negros.

El *Kongo* estaba provisto de cuatro canoas pequeñas (*dories*). Por la mañana íbamos en esos botes, para sacar las redes, a las tres en verano, al rayar el alba en invierno; y por la noche las echábamos, exactamente en el mismo sitio, a setecientas u ochocientas brazas al Oeste Suroeste del *Kongo*.

Pasaban días tras días, y nosotros siempre allí. Ninguna diversión en nuestra existencia; a menudo no distinguíamos el domingo del lunes. La única y muy extraordinaria cosa que diferenciaba nuestra suerte de la de los demás pescadores de Terranova, era que el patrón llevaba consigo a bordo su mujer,

joven repugnante, con las manos llenas de verrugas, con el cuerpo descarnado como un esqueleto. Todas las mañanas la veíamos al abandonar el *Kongo*. Salía de la litera medio dormida aún, despechugada... Pero a pesar de su suciedad y aunque nunca nos dirigía la palabra, los marineros la amábamos mucho, cada cual a su manera, y ninguno de nosotros hubiera podido pasarse sin su presencia. Nos habíamos vuelto fáciles de contentar, verdaderamente muy fáciles.

Nosotros no éramos marinos, sino simples pescadores. Un marino viaja, desembarca, y por larga que sea la travesía, siempre acaba por echar pie a tierra; al paso que nosotros no nos movíamos del mismo sitio, con las anclas clavadas en la arena. Y esto sucedía desde tan largo tiempo atrás, que habíamos perdido hasta el recuerdo de la tierra firme, habiendo cambiado mucho en nosotros mismos. Nos habíamos embrutecido muchísimo con aquella monotonía eterna, pero embrutecido muy de veras. No viendo más que la niebla y el mar, no oyendo más que los rugidos del viento y de la tempestad por encima y por debajo de nosotros, ya no nos preocupábamos de nada y no teníamos ni la sombra de un pensamiento. ¿Para qué pensar? Nuestra continua promiscuidad con los peces nos había convertido en moluscos, en extraños animales marinos rampando en su barca y conversando en un lenguaje propio de ellos.

No leíamos nada, no leíamos nunca. No hubieran podido llegarnos cartas allí, en alta mar, y además la incesante absorción de la niebla acre, el manejo sin fin del pescado crudo, y sobre todo, nuestra no interrumpida estancia en los bancos, habían muerto en nosotros todo deseo de leer. Comíamos, trabajábamos y dormíamos. El único de nosotros que no había perdido por completo la cabeza y que aun se interesaba por algo, era el francés. Mensualmente, con mucha regularidad, me llamaba aparte al puente para preguntarme con la voz más seria:

—¿Crees que habrá ahora guerra en mi país?

Nos habíamos vuelto indiferentes para todo, hasta tal punto que ni siquiera nos importaba ya gran cosa hablar juntos. Harto bien conocíamos la respuesta a cada una de nuestras preguntas, añadiéndose a esto lo difícil de hacernos comprender unos de

otros. ¿Qué importaba que el inglés fuese el idioma oficial a bordo? Los holandeses, lo mismo que los franceses, tenían la cabeza demasiado dura para aprenderlo, y hasta los rusos, cuando la frase se prolongaba por fuerza, se hacían un lío, y volvían cómicamente a su lengua materna, proporcionándonos inútiles impaciencias. Eramos infelices y estábamos abandonados de todas maneras. ¡Abandonadísimos en verdad!

De vez en cuando mientras sacábamos las redes, pasaba a lo lejos un barco de emigrantes, osado coloso espectral, que, después de dar un silbido, se perdía de nuevo entre la bruma. Era una visión casi terrorífica la de aquel monstruo gigantesco, apareciendo para desaparecer al punto. Si ocurría esto en la obscuridad de la noche, las luces de las lumbreras que agujereaban el casco del buque, parecían mirarnos con sus redondos ojos ardientes de vaca, y no podíamos contener gritos de sorpresa y de espanto. Con tiempo tranquilo sufríamos el contragolpe del aire, desalojado por ese espectro formidable, y nuestros botes se zangoloteaban durante largo tiempo en las olas levantadas por su paso.

Si el tiempo estaba un poco más claro, Tatzel, mi compañero de *dory*, que tenía buena vista, descubría a veces un velero a lo lejos; pero ninguno de los barcos se aproximaba lo suficiente para permitirnos distinguir la tripulación. Nunca veíamos nada que estuviese fuera de nosotros mismos: el cocinero, los ocho pescadores, el patrón gotoso y su mujer.

Extrañas sensaciones se apoderaban a menudo de nosotros, cuando, tendidos boca abajo, sacábamos las redes: era como si manos invisibles las hubiesen retenido en las profundidades del mar, queriendo derribar nuestros *dories*. Vociferábamos los gritos de mando con rechinamientos de dientes, medio locos de espanto, sin saber ya dónde estábamos ni qué hacíamos, sobreexcitados por aquella lucha contra los ocultos poderes del fondo del Océano, que se negaban a soltar su presa. Si uno solo de nosotros era acometido por uno de tales accesos, «cantaba para hacer buen tiempo» (como decíamos nosotros), porque acusábamos de ello a la niebla.

Muchas veces nos parecía también ver surgir de esa intensa niebla seres fantásticos que nos saludaban, inclinando sin descanso sus cabezotas espeluznantes y greñudas; aquellas formas fofas, altas como montañas, atravesaban el blanco vapor, siguiendo las ondulaciones del viento, flotando, pesadas, del Este al Oeste, hendiendo los aires sus vedijosos miembros, y desplegándose tras ellas sus largos mantos. Una noche tuvimos Tatzel y yo una visión simultánea: "un gigante bajaba y subía por el espacio, echando llamas por la cabeza y mugiendo como el huracán; ambos lo vimos. Muy poco después apareció un *steamer*, y prorrumpimos en un grito al oír resonar su silbido a lo lejos.

Pero si durante la mañana abordábamos al *Kongo* después de sacar las redes y de quedar bien llenos nuestros *dories*, nuestra presa y la satisfacción de haber conducido a buen término la faena más dura de la jornada, nos atontaban y enloquecían de otro modo. Acontecíanos entonces hallar un placer contranatural en dar tormento a la pesca, en atormentar a nuestros propios peces. Sobre todo, los dos rusos enfermaban de antojos de cometer semejante pecado. Cogían por la cabeza los grandes bacalao, clavaban los dedos en sus ojos blandos, y, levantándolos así en el aire, se desternillaban de risa al ver tal espectáculo. Cierta vez sorprendí a uno de ellos mordiendo un pez vivo, clavando los dientes en la carne cruda y dejándolos allí durante dos minutos, cerrados los ojos de voluptuosidad. Aquellos gordos cuerpos de pescados nos sobreexcitaban a todos. Con júbilo feroz les abríamos los estómagos lisos, vivos aún; les desgarrábamos el vientre, registrándoles las entrañas durante mucho mayor tiempo del debido, y ensuciándonos con su sangre. El francés pretendía estar exento de esos instintos de bruto; por el contrario, ardía en insensato amor por la mujer del patrón y nos lo decía a todos, no pudiendo ni siquiera callárselo ya.

—¡La amo, sólo Dios sabe cuánto la amo!—repetía cien veces diarias.

Uno de los negros, al cual llamábamos el doctor, porque en su primera juventud se había dedicado un poco a la Medicina,

también estaba apasionado por ella. De buena gana le hubiese tendido de un puñetazo cuando me hizo la confidencia de ello, pues lo mismo me pasaba también a mí.

Pero ella, flaca, perezosa y sucia, vivía entre nosotros sin sospechar nada. Ni siquiera nos concedía una mirada. Un día en que estaba yo ocupado en la popa del barco, allí donde, por lo común, solía estar ella sentada en una silla de tijera mirando al frente con fijeza, tropecé en unos montones de cuerdas embreadas y estuve a punto de caerme. Perdí de tal modo los estribos, que en vez de avanzar retrocedí, contemplando entontecido los cables. Ciertamente, hube de tener un aspecto muy ridículo. ¿Por qué no se reía? ¿Y por qué me miraba, si no era para reirse de mí? No le dió la gana, y ni siquiera pestañeó.

—¡Está enmohecida!—dijo Tatzel en su lenguaje figurado—. ¡Pardiez, se enmohece pasmosamente!

Sin embargo, ninguno de nosotros, y por nada del mundo, hubiera podido pasarse sin su presencia.

Preparada la pesca y vueltas a echar las redes, terminada nuestra faena del día pasábamos una o dos horas en comer y fumar; luego descendíamos al fondo de la cala.

Y entonces, cuando no estábamos demasiado rendidos de cansancio, si por acaso nos daba gana de charlar, solíamos hacerlo hasta referir de tarde en tarde algún pequeño episodio de nuestra existencia, todo esto en un lenguaje grosero e imperfecto, mezclado de juramentos y obscenidades.

El francés sabía el final de la historia de un hombre «que no podía ver una mujer sin desearla», y contaba ese final a menudo, siempre con el mismo buen éxito; los rusos, fuera de sí, se reían sin parar cuando lo comenzaba. Su cándida y brutal alegría les forzaba a hacer muecas con la boca.

—Bueno... ¿y después?—le interrumpían—. ¡El final... el final!

Sin embargo, lo conocían tan bien como nosotros.

Tatzel no tenía la misma suerte con su historia, pues rara vez le prestábamos atención. ¡Era tan difícil comprenderle, estaba tan flojo en el inglés, y lo poco que sabía lo destrozaba tan cruelmente! Al pretender hablar de cosas para las cuales no

daba con las palabras, mirábanos a todos, uno tras otro, con aire entristecido. ¡Verdaderamente era muy digno de lástima!

Tatzel era el mayor de los dos holandeses, de sórdida suciedad y un poco sordo; pero en lo demás, buen muchacho y servicial. En verano y en invierno llevaba en las orejas unos tapones de algodón, gruesos tapones amarillentos por el uso. La dejadez de su cuerpo era extraordinaria, y la vida a bordo le había hecho volverse en absoluto un niño. Tumbado en su hamaca, fumando acre tabaco, escupiendo a tuertas y derechas sin mirar dónde, comenzaba siempre su historia así:

—Era una noche, en Amsterdam... una noche en Amsterdam... Precisamente acababa yo de alistarme y era mi última noche en tierra... ya no recuerdo la hora exacta, pero era tarde, muy tarde. A salir de la cervecería para dirigirme a bordo, comencé por arremangarme el pantalón... aunque estaba yo más borracho que una cuba. A cada paso me fallaban las piernas. A pesar de todo, tomando por la calle de Leopold iba yo camino adelante, cuando se presentó una cosa... una cosa... (porque, a pesar de mi borrachera, la ví...) y muy cerca de mí, en medio de la calle. Pues me creáis o no me creáis, ¡era una señora!—Y el viejo infeliz se erguía en su hamaca y nos miraba, prosiguiendo así:

—¡Una gran señora!

Callábase luego; pues acabándosele allí su conocimiento del inglés, no podía continuar.

—¡Cómo! ¿Era verdaderamente una gran señora quien te seguía por las calles de Amsterdam?—preguntaba el doctor en son de zumba.

—Sí, ¡una gran señora, una gran señora!—respondía encantado y riéndose a mandíbula batiente.

Estaba excitado hasta el punto de darnos dos veces su palabra, mientras nosotros nos desternillábamos de risa. Esforzábese en acabar su relato, pero de nuevo se quedaba cortado. Encarnizábase su viejo cerebro, y hacía esfuerzos sobrehumanos para encontrar la palabra que nos explicase lo chistoso de la historia; pero no consiguiéndolo, se callaba desesperado. Y, sin embargo, tenía en ello tanto empeño, que a la postre, agobiado

por el recuerdo de la dama y el desconsuelo de no poder hacerse comprender, hacía explosión en su propio idioma, vomitando un turbión de palabras y de sonidos extraños que nos era imposible entender, excepto a su compatriota; pero éste dormía y roncaba en su litera. Esa era la historia de Tatzel, la única que sabía y que siempre terminaba así, comenzando invariablemente por aquella memorable noche en Amsterdam. En efecto, la aventura era muy verosímil; y ciertamente, ninguno de nosotros se hubiera atrevido a ponerla en duda.

Luego nos quedábamos reflexionando acerca de esta historia, mientras por fuera rugía el mar, vacilaba la lámpara dentro de su anillo de estaño, y sobre nosotros pateaba el vigía encima del puente, con sus pesados zuecos de madera. Y caía la noche.

Despertábame a veces hacia media noche, semiasfixiado por las emanaciones de todos aquellos hombres que se agitaban en sueños. La linterna iluminaba sus cuerpos abultados por las burdas camisetitas de lana; los rusos, con sus tres o cuatro pelos en la barba, parecían focas. De cada hamaca salían suspiros entrecortados por palabras indistintas. Los negros, enseñando la dentadura brillante de blanca, hinchando las negras mejillas, dejaban escapar un nombre familiar. De la hamaca del holandés más joven, salían revueltas, con ronquidos, carcajaditas análogas a hipos, interrumpidas por ese nombre, siempre el mismo: el de la mujer del patrón. Todos estaban locos por ella; y los brutos la llamaban entre sus ensueños, cada cual en su lengua. Sólo Tatzel dormía con el sueño apacible y sano de una marmota.

Las acres nieblas que penetraban por las portas, el humo del tabaco, el olor de todos aquellos hombres sudorosos y de aquellos peces a bordo, condensábanse en un vapor espeso y asfixiante, que me obligaba a cerrar los ojos tan pronto como quería volver a abrirlos. Dormíame de nuevo, oprimido en una pesadilla por una flor gigantesca que se ponía encima de mí, enlazándome con sus pétalos húmedos, chupándome el jugo, tragándome, tenaz y segura, plácida y sin ruido. Y el mundo desaparecía para mí.

Luego bajaba el vigilante y nos echaba fuera.

KNUT HAMSUM. (I)

(I) Knut Hamsun es uno de los más famosos novelistas escandinavos. Hamsun es un pseudónimo; su verdadero apellido es Pedersen. Nació el 4 de Agosto de 1860 en Lom, Gudbrandsdal, Noruega, de padres muy pobres y en su infancia fué aprendiz de zapatero. Él mismo se educó, entre penalidades y miserias, mientras desempeñaba para vivir los más penosos oficios. Siendo empleado municipal en una aldea, dedicóse a escribir, sin mostrar a nadie los frutos de su trabajo; en 1878 vió impreso su primer cuento, pero dos años después tuvo que emigrar a América, junto a un hermano suyo. Cinco años pasó en los Estados Unidos, vagabundo casi siempre, atormentado por la miseria, enfermo, por último, de gravedad; vuelto a su patria en 1885, y con algún sosiego en su vida, imprime en 1890 su primera y quizás más famosa novela: *Hambre*. Cuenta en ella las torturas físicas, la depresión terrible con que lucha un pobre escritor, con estremecedores acentos de verdad. Mucho de autobiográfico tiene este libro, cuyo héroe más que el propio personaje es el hambre que le acosa, produciéndole raros estados de alma, divagaciones, alucinaciones que describe y analiza implacablemente. Otra novela *Misterios*, de 1892, nos presenta al hombre atormentado por el amor; pero su héroe Nagel no es el centauro cosquilleado por el amorcillo de la escultura clásica, sino un verdadero poseído. Hamsun revela en estos relatos un espíritu afín del de Dostoievski, con sus febriles delirios y sus epilepsias. Un canto a la Naturaleza, un desvarío primaveral es su tercera novela, *Pan*, publicada en 1894. El teniente Tomás Glahn, su protagonista, también siente el amor, de una manera ya delicada, ya brutal, pero siempre como una cosa cruel. Este es el pensamiento, también, de *Rosa* (1908) y uno de los ejes de su obra entera. Compónenla, además de otras novelas, (*Victoria*, *El Periodista Lynge*) una trilogía dramática: *A las puertas del reino* (1895), *El juego de la vida* (1896) y *Anochecer* (1898), dramas como *El monje Bendt* y *La reina Tamara*, colecciones de novelas cortas *La reina de Saba*, *Voces de la vida*, *Esclavos del amor*, y poesías en que el sentimiento de la Naturaleza tiene una pura expresión inmediata. «El estilo de Knut Hamsun—dice un crítico danés—tiene a menudo limpidez de agua de roca, con pasajes oscuros y misteriosos. Su alma se ve tan pronto agitada por la pasión como tranquila, discreta, profunda. Mas la insistencia del escritor en sacar a escena su personalidad no deja de ser extraña. Diríase que le atormenta el temor de que una de sus cualidades, uno de los valores de su «yo» pase inadvertido. «Es un plebeyo que tiene el orgullo de un patricio». Escritor subjetivo, emparentado intelectualmente con los de la generación simbolista francesa, es Knut Hamsun. Pero este escritor sabe mirar la vida en torno suyo y describirla con descarnada realidad, y aun entonces la ve del color de su alma dolorosa.

Últimamente se le discernió el premio Nobel de literatura.

SAN FRANCISCO DÉ ASÍS

San Francisco de Asís, el buen hermano
del viejo invierno y del otoño gris,
y de la primavera y del verano,
del cardo hiriente y de la flor de lis,

del cordero pascual, del lobo anciano,
del extranjero y del natal país,
del todo, polimorfo y soberano,
Francisco, el Santo fraternal de Asís,

objeto fué de la sutil malicia
del diablo astuto: mieles de caricia
quiso brindarle en labios de mujer.

Y dijo el santo, de ternuras preso:
—Sé bendito en Amor, hermano beso,
¡déjame en paz, hermano Lucifer!

ALFREDO ARVELO.

CARTAS DE DON MANUEL BLANCO CUARTIN

A DON ZOROBABEL RODRÍGUEZ SOBRE CHILENISMOS

(Conclusión)

El *pasmo* es *corrimiento*, y según el diccionario de la academia, fuera de su significación recta, es una enfermedad que sufrimos los americanos y consiste en darnos de repente una constricción tal en todos los nervios, que quedamos primero sin voz, después sin movimiento, hasta concluir por *soltar el alma*, como dicen los toledanos, *doblar la esquina* los andaluces, y *estirar las patas* nosotros los chilenos.

Las cerrazones de garganta es una enfermedad muy común en Santiago durante el invierno. En Valparaíso son las tales enfermedad de la atmósfera, o mejor, de nuestras naves de guerra que, por lo común no escapan de la dolencia.

Pintonas son las niñas cuando comienzan a estar en sazón, y aunque de fruta sabrosísima se trata, fuera, por vida mía, preferible darles otro calificativo más apropiado y elegante.

Los viejos y viejas chilenas no *dan traspiés* como en España, *tastabillean* simplemente, y ojalá que no *tastabillearan* tanto para que el censo no mintiese con tanto descaro, haciendo decir a los extranjeros que en Chile no hay vejez. ¿Y cómo ha de haberla, pregunto yo, cuando todos se quitan la edad?

Filetes son ya los estofados, *carlotas* las tortas amerengadas, *cardenales* los ponches, *flanes las leches montadas*, y al mismo tiempo que bautizamos con tales nombres a los postres de la pastelería francesa, seguimos llamando *tortitas de masa real a las de moron o morones*, *ahogado en tomate* a lo que en Andalucía se llama *ropa vieja*, guiso de calabaza a la *alboronia*, callampas a las *setas*, *guatitas* al *mondongo* y qué sé yo qué más de esa jerigonza culinaria tan insoportable como los bodrios que ella designa.

Todos los vinos son para nosotros *licores*. Así, son frases corrientes:

«¿Cómo estuvo la mesa? ¿Habría, por supuesto, muy buenos licores?—¿Bebe usted vino?—Nó, señor, no puedo beber *licor* porque me *pinto* todo».

La voz *chatre* por *figurin*, *paquete*, *petimetre*, etc., hizo pensar a don José Joaquín de Mora, lo siguiente:

«*Chatre*, dice, oí llamar en esa Beocia a los currutacos, y se me figura que el origen de ese rarísimo vocablo no debe ser sino el haber torcido mis paisanos la frase *a la Chartres*, frase que he escuchado varias veces en Francia para ponderar la elegancia del traje o de las maneras de los que imitaban al duque de Chartres.»

Si don José Joaquín no se equivoca, tendremos entonces que el duque de Chartres era conocido en Chile y reputado como modelo de *chatres*.

También he oído en mis primeros años llamar *Chambery* a los que, al decir todavía de algunos, *andan muy parados en el hilo*, y habiendo preguntado una vez a un amigo, docto en etimologías, lo que aquello podía significar, me contestó que se le figuraba que el tal *chambery* venía de Lima, donde corrían infinidad de sustantivos tomados de los nombres propios. Y no tendría nada de extraño que hubiese existido en la ciudad de los Reyes un señor *Chambery*, y que de su compostura y petimetrería se hubiese formado ese extravagante nombre.

En Chillán un francés, que introdujo las crinolinas por el año de 1857, en el año 1859 en que visité esa ciudad había perdido

ya su nombre y apellido para tomar el de *M. Crinolina*, que lucía en letras doradas en la muestra de su tienda.

La mugre es entre el bajo pueblo *piñén*, el cual no sale sino *fregándose* con jabón hechizo.

La leche crema ya no se nombra, sin duda para no traer a la memoria la *crema de Persia*, preparación mercurial con que se blanquean el rostro las siete octavas partes de nuestras paisanas.

La idea fija que muchas veces ocasiona la locura, tiene aquí por equivalente la palabra *barreno*, palabra muy significativa por cierto, pero que no se necesita teniendo, como tenemos, tantos modos de expresar ese estado particular de la mente.

Dè risa, por supuesto, nos *destornillamos*, siendo que la risa lo único que pone en peligroso movimiento son las ternillas, que la academia no sabe definir, llamándola simplemente, parte interior del cuerpo más dura que la carne y más blanda que el hueso.

A los pies de la cama o en las puertas de las habitaciones acostumbramos tener *pellones*, *pisos* o *pellejos*, los cuales podrían cambiarse sin perjuicio de ninguna clase por *felpudos* o algún otro equivalente menos burdo.

En España los tiestos en que se hace el cocido se llaman olla, puchero, cazuela; y en Chile la olla no significa más que el tiesto, ni el puchero ni la cazuela otra cosa que los platos que llevan este nombre.

Nuestros duraznos son para los hijos de la madre patria *melocotones*, los damascos *abridores*.

Los que llamamos *tacos* de botín, bota o zapato, se llaman en español *tacones*; así como los *botines* de señora, *botinas* o *botitos*, voces que no están en el diccionario, pero que las emplean los novelistas madrileños a cada paso.

El *no perder pisada* que usamos para demostrar que seguimos a donde quiera que vaya al objeto amado, es en Castilla *beber los vientos*, el *montar de lado*, *montar a mujeriegas*; los *mordiscones* que damos, son allí *mordiscos que se tiran*; los cascos de las caballerías y de los animales de cuernos, *pezuñas*; las rasquetas, *almohazas*; y las *poyas* de la lotería, tresillo o malilla *puestas*.

¿Por qué llamamos *andar de prete* al que está de pretendiente de una dama? ¿Por qué decimos que *se ceba* al que, por haber venido a comer una o dos veces en una casa donde se le sirvió bien, vuelve todos los días a engullirse los mejores bocados? A este *cebado* se le llama bolsero o lame platos, y en España se le apellida con más propiedad *gorrista*, *panza al trote*.

Rico es para los chilenos el helado, el té, la ayuya, el hulpo, el pantalón, el reloj, etc., etc.; *rica* la muchacha que tiene buenos bigotes; *rica* la novela última de Fernández y González, y *rica* la perra ratonera que acaba de venir con un ratón en el hocico.

No hay para nosotros *panecillos* sino *pancitos*, *florejas* y no *florejicas*, *manitos* y no *manitas*, *pebres* y no *prebes*, *breques* y no *bretes*, etc., etc., etc.

Al *chapalear* o *chapaletear* las calles estamos tan acostumbrados, que si oímos *aplanar calles* nos choca tanto o más que cuando un médico español nos manda *abrir un fontículo* en vez de una fuente, o ponernos una *cantárida* en lugar de cáustico.

La niña picante, graciosa, mona, picotera, es aquí *pispireta*, *coqueta*, *diabla*. Por eso al decirle a una de ellas *guapa chica*, tal vez correríamos el riesgo de que la mamá o el papá (que pluralizamos *mamaes* y *papaes*) nos saltaran encima diciéndonos que la hija de sus entrañas era de la índole más tímida y suave del mundo.

El *picoso de viruelas* es llamado *picado de peste*; el bizco, tuerto; el que lleva antiparras, ciego; el ciego, guachalomo, apodo de un viejo que fué las delicias de Santiago por sus insolencias; el marrullero o mañero, *costalon et sic de ceteris*.

En un pueblo tan devoto como el nuestro parece que lo más natural fuese no nombrar al diablo sino muy de tarde en tarde, allá cuando no fuese posible silenciar por más tiempo al señor y dueño de la mansión del fuego y plomo derretido. Pero no es así, puesto que no contentos con apellidarlo demonio, Satanás, Lucifer, le damos todavía otros nombres más expresivos y, si posible es, hasta cariñosos.

«Niña, dice una vieja, *ponéle* a mi padre San Antonio las

dos velas que le prometí, para que el *chueco* no te dé en la tentación de casarte con pobre.»

«Anoche tuve un sueño muy triste: soñé que *cotón verde* me arrastraba de las trenzas y me azotaba con su cola para llevarme al *tacho*.»

«Mira, hijita, cuando *Peluzina* encaja su rabo en un asunto, todo lo vuelve una *juruminga*.»

Ahora, si hablamos del diablo en pandilla, decimos *una región de diablos*, y no legión, como debiera ser, si es que debe ser un despropósito.

De manera que el rey de los infiernos tiene tantos dictados como las criadillas del carnero, que en los conventos de nuestras monjas son *escritas*, *unas con otras* en las casas de menor cuantía, *adefesios* en otras más altas, *improperios* entre gentes remilgadas, y *vergüenzas* entre no poco número de beatas repulidas y alharaquientas.

El verbo *distraerse*, que español envuelve la idea de perder el tiempo en pecaminosos entretenimientos, en Chile tiene una significación latísima, como puede verse oyendo a la madre de familia llamar *distraída* a su hija, porque no da una puntada, y *distraído* al niño que no quiere estudiar la cartilla, o que no sabe repetir la décima que el papá ha querido meterle en la *mocha* para que haga una gracia a sus amigos en el día de sus días.

La librería de un abogado es *biblioteca*, biblioteca, sólo la de Egaña o la Nacional, sin acordarnos que Quintana, hablando de Menéndez Valdés dice que poseía una de las mejores *librerías* de España.

Los tartámudos y demás liciados *son de nación*, cuando vienen al mundo en ese estado; y si alguno dice de *nacimiento* se enfadan, como si el nacer enfermo el hijo o hija fuese culpa de la madre que los parió.

Arrastrar el poncho o *el chamanto* es andar provocando a riña, siendo que bien se puede arrastrar *poncho* con el ánimo más pacífico del mundo.

Jugamos al *palitroque* pudiendo jugar a los *bolos* o *quillas*, al *lucho* pudiendo jugar a la *cozcojita*.

Se nos asienta el valdiviano o el charquicán, cuando por la misericordia de Dios en el estómago no hay asiento de ninguna clase.

El *ahilarse el estómago* de hambre, es para nosotros algo mas serio, es *cortársenos*, operación que sólo verifican los cólicos de miserere o los rotos cuchilleros, aquellos muy rara vez, y éstos a cada paso y con el mayor descaro.

El *empacho* es exclusivamente chileno, tratándose de indigestiones, pero nadie *tiene empacho*, como lo tienen los españoles, para decir una grosería o una barbaridad de a folio.

Nos morimos (y es el pueblo que menos se muere) de ganas de comer melón; nos morimos de rabia, de risa, de dolor de muelas, y por la inversa jamás nos morimos de dolor ni aún por la muerte de nuestros padres, ni de la mujer a quien juramos morirnos si no nos daba el sí o ponía el visto bueno a nuestras solicitudes.

Los *julepes* no son jarabes, sino sustos; y *los motes* que se leen en las armas (hablo de las del blasón) nada más que disparates de lengua.

El brocado es *brocato*, la lama *lampas*, la chacarandá *palisandro*, la palangana *tasa*, el peine *peineta*, el mondadientes *escarbadientes*, los tirantes *suspensores*, las trabillas *peales*, los botones de camisa *colleras*, los sofás *confidentes*, *ramitas* o *teta-tetes* (*tête-tête*).

El mendigo es *méndigo*, la academia es *academia*, la disenteria *desinteria*, el gallillo *galillo*, la larinje *guargüero*, etc.

Los que son diestros en un oficio son en Chile *sobados* y *sobaditos*, según sea la mayor o menor pericia de sus manos.

«No hay ninguno más *sobado* que él para los chopazos». «Poco *sobado* que no soy para cazar *sirgueros*.»

Por afrancesarnos, hasta *al camino de circuito* que en Santiago ideó y llevó a efecto el intendente Vicuña, se le denomina *camino de cintura*.

En las puertas de las iglesias no hay cepos o cepillos sino alcancías.

Nos amanecemos y anohecemos leyendo, jugando y demás je-

rundios, pero nunca nos *pilla la luz del alba o la noche* en tales ocupaciones.

No digo nada de los participios de los verbos, porque es sabido que el mal tiene muy hondas raíces. Véase un ejemplo:

«¿Qué *ha respuesto* el diario ministerial a las acusaciones que le dirijimos?

«Se han *imprimido* de la cosmografía de Riso Patrón (histórico) más de seiscientos ejemplares.»

En las frases optativas o imperativas empleamos los presentes de indicativo.

«Vamos ligerito, porque de nó no alcanzamos a misa.»

«*Decile o díceselo* a tu hermana para que no se le olvide mi encargō.»

«*Aprétame* bien el corsé.»

«*Háceme los crespos* bien hechos.»

«*Cumplíme* la palabra.»

A un orador popular muy aplaudido en Valparaíso oí lo siguiente:

«Ciudadanos, si el pasado gobierno *nos condució* tan mal, éste, apuesto lo que quiera, *no tiene la que menor* intención de hacer otro tanto.»

«*Traducí* del inglés toda la novela de Dickens, y ¿lo crearás? no he estudiado ni la gramática de Urcullú.»

Común es todavía oír decir chanzándose:—«*No me vengas tú a meter pájaro gurgullo*, porque a mí ya sabes que no me la pegas».

¿Qué pájaro será éste? Desafío a los etimologistas Cuervo, Arona, Monlau, etc., a que no me lo encuentran ni en las lenguas sabias ni en ninguna de las americanas.

¿Será como el huemul? ¿Como la ave aquella que renace de sus propias cenizas? Sea de ello lo que fuere, preferiría yo, aun conociendo al *pájaro gurgullo*, de lo que Dios me libre, decir a uno que me quisiese tratar como a chino:—«No se empeñe usted en hacerme tragar esa rueda de molino».

El pájaro del consulado fué también otra expresión favorita de la plebe santiaguina, que necesita buscar sus símiles en los objetos que más hieren sus sentidos. No contento con este pá-

jaro, crió la *pelota de la cárcel*, vocablo aun más torpe que el anterior.

«Se me da tanto lo que me estáis diciendo como la *pelota de la cárcel*.»

«Me importa a mí eso tanto como el pájaro del consulado.»

El lenguaje de la chusma ha sido para filósofos y háblistas modernos motivo de inagotable estudio, y se comprende con sólo pensar que el lenguaje es el espejo infalible de la cultura de una nación. Desde la formación de la lengua castellana puede seguirse, sin más hilo que el idioma, las diversas transformaciones de la historia española. Vacilante, incorrecto, torpe, durante las dos centurias anteriores a la que se apellida siglo de oro, el lenguaje es el testigo irrecusable del estado social de aquella monarquía que, cansada de las turbulencias promovidas por los nobles, buscó y realizó gradualmente su unificación bajo la bandera de sus reyes...

Continuemos.

El verbo *raspar* es para nosotros una mina inagotable. *Raspamos el cacho* a nuestros inferiores, a nuestros hijos; *nos raspamos el pecho, raspamos el suelo, el papel* y cuanto, en una palabra, creemos digno de raspadera o raspadura. Esto indica tal vez a los que no nos conocen que somos hombres de lija y raspador, pero si así acontece se llevarán chasco, puesto que si hay algo que nos falte es pulimento en todo lo que se relaciona con la cultura. Maneras embarazadas, porte desairado, tono de voz fraileesco o campestre, y al mismo tiempo pretensiones de elegancia y refinamiento, son (digámoslo con franqueza) el patrimonio, no sólo de los escalones inferiores de nuestra sociedad, sino del que se ostenta en su cima.

¿Cuántos abogados saben hacer una cortesía? ¿Cuántos de esos que ocupan los primeros puestos de la magistratura saben comer como lo exige la etiqueta? ¿Cuántos de esos que pasan por dandys saben hacer los honores de su casa al extranjero que los visita? En el trato con las damas se nos conoce luego la hilaza.

Duele decirlo, pero es la verdad: la fina educación no está en

Chile todavía al alcance sino de muy pocos, y esos pocos, por desgracia, no hacen escuela...

Otro verbo socorridísimo es el *pegar*.

Pegamos coscachos al chiquillo travieso; los ladrones *pegan tiros y puñaladas*. Cuando se nos van los pies *pegamos costalazos* tremendos, y en medio de esta prodigalidad de *pegaduras*, no tenemos hombres de los que llama Villergas *de pega*, ni *pegotes*, ni *apuntes*, ni *tíos*, que en España son los que verdaderamente se pegan al prójimo pudiente.

El *tomar* es también mucha cosa para los habitantes de nuestra querida tierra. Tomamos té, helados, vino, lo cual no tiene nada que se oponga ni a la naturaleza ni al idioma, pero lo que sí tiene de raro y reprehensible es que *tomemos sudor* y *tomemos lavativas* y otras cosas que no se toman por la boca, aunque sea ésta de lo menos pulcro que se conoce.

Que un Ministro de Estado tome una medida restrictiva, se comprende muy bien y hasta se aplaude si tiene razón para tomarla; pero que uno *tome una lavativa* de manzanilla y después un baño de pies con mostaza, no se puede comprender ni perdonar a nadie.

El *agarrar* es verbo que, a fuerza de usarlo a cada paso, hemos llegado a figurarnos que constituye un sexto sentido.

Agarramos del brazo a la mujer que amamos, *agarramos la botella* de Laffite que se nos sirve en el club, *agarramos EL FERROCARRIL* o *EL MERCURIO* para saber noticias; *agarramos* en la calle al amigo que no veíamos mucho tiempo ha; *agarramos a puntapiés* o *puñetes* al criado que nos falta al respeto; *agarramos la vereda* al *píje* que nos la disputa; para concluir, todo y todo *lo agarramos* y tan bien *agarrado*, que ni las carteras ministeriales se escapan de las garras de los que por acaso las agarraron en un momento de *agarra*.

Y al ver esto cualquiera creería que somos duros, fieros, terribles, que tenemos garras en vez de manos; pero no, señor, es todo lo contrario, como lo acreditan los diminutivos que a cosas y personas aplicamos sin el menor escrúpulo.

Misiá Catita, *Misiá Petita*, *Misiá Panchita*, etc., etc., son indispensables para nombrar a las Catalinas, Petras y Francis-

cas; de otra suerte se enojarían, y el enojo de las *Petitas* y *Panchitas* es un enojo terrible.

Al mismo tiempo, empleamos los terminados en *on*, que no son siempre aumentativos, para dar mayor gerarquía a los objetos que nos disgustan. Así, hacemos de rata ratón, creyendo aumentar la radical, y cometemos una injusticia, pues los ratones están muy abajo en posición social de las ratas, que son las primeras dignidades en el mundo de las cuevas. ¡Ah! cuantos bochornos no pasamos por esta afición desordenada a los aumentativos acabados en *on*! Y adviertan que los hay, como verbigracia, *pelón*, *rabón* que, por un capricho de la lengua, lejos de aumentar la radical, la destruyen de cuajo. Pero estos son pelillos que no deben ser atendidos ante el gran placer que experimentamos cuando con toda la boca decimos o por cariño o por cólera, el acabado en *on* que entre españoles designa lo contrario de lo que queremos expresar nosotros.

Respecto del lenguaje político ya es sabido que tenemos *opositores*, *gobiernistas*, ministros *del interior* y *del exterior*, *emergencias*, cantidades *presupuestadas*, *clanes*, *contrapeso de poderes públicos*, *municipios* en bancarrota, *parlamentarismos*, *financistas*, *ojeadas a vuelo de pájaro*, *complots* de ultramontanos, sin perjuicio de añadir a toda esta jerigonza innecesaria *un festinar* que nadie emplea en España, una *hermenéutica* de que tampoco hay necesidad, y un *afuer*, un *empero* y un *azas* y una *a guisa* que deberíamos no mentar nunca, para que no hiciesen contraste con la innúmera caterva de palabrotas de que está atestado nuestro lenguaje.

¿No es cierto que causa risa, cuando no repugnancia, esta amalgama de zafias vulgaridades con remilgos y fililíes tan empalagosos como desconcertados?

Cuando oímos decir a uno:—«No me toques esa cuerda, porque me pongo *fuera de sí*?»

«¿Traes paraguas?—Pues no, siempre lo traigo *consigo* apenas comienza a *garugar*.»

«No me *forzes* a contestarte, porque te *doldrá* lo que te diga.»

«El partido gobiernista cada día *engrosa* más sus filas.»

Cuando oímos, digo, tales desconciertos, es imposible dejar de sentir disgusto y vergüenza. Y pregunte usted ¿por qué un pueblo tan adelantado como el nuestro se expresa tan mal y en términos que rechazaría la chusma de cualquiera parte?

No permitiéndome mis ocupaciones continuar en este estudio, si estudio puede llamarse el ir anotando los barbarismos que la memoria ofrece a la pluma en sus no siempre fieles imágenes, pararé aquí, haciendo, para concluir, algunas reflexiones o mejor recomendaciones sobre la manera cómo podríamos ir poco a poco limpiando el discurso escrito y hablado de esa maleza que lo empequeñece, desnaturaliza y corrompe.

Puesto que no podemos ser franceses por haber nacido de cuna española, no nos queda otro recurso que hablar y escribir en español; y como para escribir y hablar español medianamente bien, se necesita estudiarlo, quedamos en que debemos hacerlo lo mejor posible no sólo en la gramática, sino en los escritores que pasan por clásicos y son el embeleso y manantial de enseñanza para los doctos.

A mi modo de ver, los jóvenes que se dedican a la carrera de las letras, deberían leer, no una sino muchas veces, los prosistas y poetas de los siglos décimosexto y séptimo. En fray Luis de Granada, en el maestro León, en Rioja, Herrera, Hurtado de Mendoza hay de sobra con que alimentar el alma y acendrar el gusto. Ahora, si no pretenden ser escritores esmerados y se contentan sólo con escribir decentemente su idioma, pueden, en vez de hacer estudio detenido de aquellos clásicos, enderezar sus miras a la literatura del pasado y presente siglo.

No creo yo que leyendo con atención a Quintana, Reinoso, Marchena, Lista, Hermosilla sobre todo, pueda dejar de aprenderse a expresar los pensamientos y los afectos.

En Quintana, por ejemplo, el joven estudioso, aunque no esté dotado de mucho estro, siempre aprenderá a hacer versos rotundos, sonoros, robustos, los cuales, si bien no tengan ni originalidad ni alcance extraordinarios, serán no obstante apreciados y leídos con gusto.

Respecto a la prosa sucederá análogamente esto mismo y

algo más, puesto que todos, sin más excepción que los necios *a nativitate*, podemos con mayor o menor dificultad aspirar al conocimiento de los principios y reglas que sirven de base al buen manejo de la lengua.

Yo por mí lo conozco y puedo comprobarlo: la lectura frecuente de los buenos escritores me ha facilitado no sólo expresar medianamente bien mis ideas, sino acrecentar su acopio, cosa no tan fácil, por más que lo parezca. La lectura es como el alimento; se puede estar ahito y no por eso estar más fuerte; se puede leer mucho y no por eso quedar a la postre más instruído que lo que se estaba.

En este supuesto, lo que debe aconsejarse es: pocos libros, pero buenos y bien leídos. Las lecturas metódicas y concienzudas, no son generalmente vastas; y como debe suponerse que no todos han nacido para ser Voltaire, Villemain, etc., etc., lo natural es estudiar bien algo, antes que muchas cosas por mal y por mal cabo.

Los eruditos son en Chile escasos, y ojalá que lo fuesen más, para que tuviésemos *especialidades* en algunos ramos cuyo cultivo superficial poco o nada importa.

Por fin, mi amigo don Zorobabel, nadie más que usted es una prueba de lo que vale el estudio. Joven todavía es usted docto, y docto sin pretensiones.

No contento con el provecho de un estudio medianamente activo, ha dedicado sus mejores horas a la meditación, y meditando siempre ha llegado a hacer una necesidad imprescindible de su ser el esfuerzo cotidiano del espíritu.

Feliz mil veces usted! A los encantos de una ilustración vasta, reúne la fijeza y sinceridad de los principios en política, en filosofía, en religión, en literatura, en arte. Soldado bizarro de la causa conservadora, se bate por ella en todas horas, en la prensa, en la tribuna, en el club, en donde quiera que haya enemigos que la ataquen.

A un mismo tiempo alumno de las Musas, hace del hogar un templo para cantar y quemar mirra y aloes en los altares del sentimiento, de la fe y de la esperanza.

Si fuese susceptible de envidia, me pesarían sus servicios, su

talento, su gloria; mas como no tengo entre los infinitos pecados de que debo dar cuenta a Dios, semejante vicio, puedo decirle con franqueza y sin temer de que piense mal de mis sentimientos, que le envidio. Sí, envidio su saber, su recto juicio, y más que todo, el ardor nunca desmentido y la franqueza jamás embozada de su valiente pluma, pluma de oro por la lealtad, y de muy bien templado acero por su flexibilidad admirable.

No concluiré sin pedirle que continúe en sus elucubraciones etimológicas. Cuando se ha llegado al punto en que usted está, parar es retroceder, y esto no es posible ni para usted ni para el público.

En fin, amigo mío, querría vivir algunos años más para ver lo que será nuestra literatura! hoy pobre y desmedrada, y lo que será el público, ese señor caprichoso y despótico, cuando se encuentre en presencia de la ciencia y del arte elevados a la eminencia que les corresponde. Delirios de viejos! Así, exclamaré con Voltaire:

Laissons a la vive jeunesse
Ces fôlatres emportements,
Nous ne vivons que deux moments,
Qu'il en soit un pour la sagesse.

MANUEL BLANCO CUARTÍN.

MARIA BASHKIRTSHEFF

Desde el fondo de la sencilla tumba que guarda tus cenizas en el cementerio de Passy y adonde irán los intelectuales de mañana a cubrir de flores el mármol que conserva tu nombre; desde el fondo del tiempo adonde llegarás engrandecida por la leyenda, perdona ¡oh muerta dulcísima! al maniático pseudo-sabio que te inmortalizó juntándote con Wagner y con Ibsen, en la expresión de su desprecio brutal!

Quiere Mauricio Barrés, en las sutiles páginas que intitula *La Leyenda de una Cosmopolita*, y en que estudia a la Bashkirtsheff, darnos de ella, ya que no un retrato definitivo, tres impresiones instantáneas de tres actitudes suyas, y nos la presenta: adolescente, en las sábanas heladas de Rusia, dejando desarrollarse en sí el vigor espiritual y sensual que animara su vida; en plena juventud, dándole por fondo al retrato los ramares oscuros al través de los cuales vibra la música de una orquesta, al caer la tarde, en un lugar de aguas de Bohemia; y, tocada ya por la mano fría de la tisis que le abrillanta los ojos con un fulgor artificial y le colora las mejillas pálidas con la agitación de la sangre empobrecida, bajo el sol de Niza, sonriente y con el corpiño florecido por diminuto ramo de mimosas y de anémonas.

Ninguno de los negativos del ideólogo me satisface. Cierro los ojos y me la forjó así, de acuerdo con las páginas del *Diario*:

Es alta noche... La familia, cansada de las fatigas triviales del día, duerme tranquilamente... Ella, en el cuarto silencioso donde la rodean sus libros predilectos, Spinoza, Fichte, los más sutiles de los poetas, los más acres de los novelistas modernos, acodada sobre el escritorio, cayéndole sobre la masa de cabellos castaños la luz tibia de la lámpara, la cabeza apoyada en la mano pálida, vela y recapitula el día.

Se ha levantado a la madrugada, y al correr las persianas del balcón para procurarse una noche artificial y favorable al estudio, el paso de un grupo de obreros por la calle, llena de la bruma de la madrugada y azotada por la lluvia, la ha hecho estremecerse al pensar en la suerte de esos miserables. Tras de tres horas de lectura de Balzac, en que ha vivido en comunión con aquel genio enorme, el proyecto del cuadro con que sueña, del cuadro que ha de inmortalizarla, la ha hecho ir Sèvres, donde la espera el modelo; y allí, en el luminoso paisaje de Primavera, las manos temblándole de artística fiebre, los ojos bien abiertos para verlo todo, los nervios tendidos para realizar el milagro de trasladar al lienzo la frescura de los renuevos, la tibieza del sol que ilumina el campo, la carne sonrosada del modelo sobre la cual flotan las diáfanas sombras de las ramas de un durazno en flor, el verde húmedo de la hierba tierna, el morado de las violetas y el amarillo de los renúnculos que esmaltan el prado, el azul del cielo pálido en el horizonte, ha trabajado, olvidada de sí misma, en un frenesí, en una locura de arte, horas tras horas, el día entero.

Por la tarde, rendida, desencantada de la pintura hasta el fondo del alma, convencida de que serán vanos todos sus esfuerzos para alcanzar la meta soñada, hubo un instante en que tuvo que contenerse para no rasgar el lienzo en que trabajó con todas sus fuerzas. Un detalle de elegancia le hace olvidar la momentánea angustia. Doucet, el costurero, la espera para ensayarle un vestido de crespón de seda rosado que tiene por todo adorno una guirnalda de rosas de Bengala, y que han combinado ambos para que, al lucirlo ella en el próximo baile, la concurrencia, al verla atravesar el salón moderno, por entre la corrección de los fracs negros y de las blancas pecheras, tenga

la ilusión de contemplar, sonriente y animada por la vida, la más hermosa de las pinturas de Greuze.

Y el vestido la ha entusiasmado. Por una hora se olvida de la artista, del filósofo que funciona dentro de ella y que analiza la vida a cada minuto y a quien preocupan los problemas eternos! No, ella no es eso; siente que ha nacido para reconcentrar en sí todas las gracias y los refinamientos de una civilización, que su papel verdadero, el único a la medida de sus facultades, es el de una madame Récamier, que su teatro será un salón donde se junten las inteligencias de excepción y de donde irradie la doble luz de las supremas elegancias mundanas y de las más altas especulaciones intelectuales.

Los hombres más ilustres del momento serán los huéspedes de ese centro: allí sonreirá suavemente Renan, moviendo la gran cabeza bonachona con ademán episcopal; Taine vendrá a veces y se dejará oír, un poco absorto por instantes en su incesante pensar, animado otras, preguntando en frases cortas, netas, precisas como fórmulas; Zola, ventruado y pálido, contará el plan de su novela futura; Daudet pasará por las obras de arte que destacan sus cartones sobre las viejas tapicerías desteñidas, la mirada curiosa de sus ojos de miope, y apoyará en el brocatel de los sillones la enmarañada melena de piferaro; los pintores, Bastien-Lepage, el preferido chiquitín, enérgico, chato, con su rubia barba de adolescente; Carolus Duran, con sus aires de espadachín y de tenorio; el maestro Tony Robert Fleury, el de la dulce fisonomía árabe y los ojos dormidos; los poetas Coppée, Sully Prudhomme, Theuriet, todos ellos serán recibidos allí como en una casa del arte y se sentirán ajonjeados y mimados como por una hermana. Ella tendrá en las manos el cetro, será la Vittoria Colonna de mañana, rodeada por esa corte de pensadores y de artistas.

¡Oh, sueños vanos, deshechos como pompas de jabón que nacen, se coloran y revientan en el aire! Al salir de casa de Doucet, la idea de hablar con el médico que le diga la verdad respecto del mal que la está devorando, se le impone. Se ha sentido tan enferma en los últimos días, han sido tan agudos los dolores que la han atormentado, tan intensa la fiebre que le

ha quemado las venas, tan profundo el decaimiento que la ha postrado por horas enteras.

En el silencio grave del salón de consultas, el Esculapio la ausculta lentamente, golpea con blandos golpecitos de las yemas de los dedos las espaldas gráciles, aplica atento el oído sobre la piel, tersa como el raso, del busto delicado, y tras del minucioso examen prescribe cáusticos que quemen el seno, aplicaciones de yodo que manchan y desfiguran, drogas odiosas, un viaje al Mediodía, que equivale a abandonarlo todo, arte, sociedad, placeres, y para justificar las prescripciones rígidas y con su frialdad de hombre de ciencia acostumbrado al dolor ajeno; suelta las frases brutales: está tísica... el pulmón derecho destrozado por los tubérculos; el izquierdo invadido ya; esa sordera que la atormenta desde hace meses, irá aumentando; la tos que la sacude y la lastima, los insomnios atroces que la agotan, todo eso va a crecer, a tomar fuerza, a dilatarse como las llamaradas de un incendio, a acabar con ella...

¿Que está tísica? Si, lo sabe, lo siente. Hubo un momento en que, al salir de la casa del sabio, se abandonó al desaliento y se sintió cerca de la muerte; pero hace dos horas ha olvidado su mal. Por la gran ventana del taller, cercano al cuartito donde está ahora, se veía el cielo nocturno, de un azul tranquilo y transparente; la luz de la luna se filtraba por allí e inundaba la penumbra de su sortilegio pacificador. Sentada ella en el piano, al vibrar bajo sus dedos nerviosos el teclado de marfil, se extendía en el aire dormido la música de Beethoven, y en la semi-oscuridad, evocada por las notas dolientes del nocturno y por una lectura del *Hamlet*; flotaba, pálido y rubio, arrastrada por la melodía como por el agua pérfida del río homicida, el cadáver de Ofelia coronado de flores.

Verdad que hace dos horas la magia de la música la hizo olvidarse de todo, de sí misma y de la tisis; pero ahora, desvanecido el encanto, sola, sentada frente al escritorio, de codos sobre éste, la luz tibia de la lámpara cayéndole sobre la masa de cabellos castaños, la cabeza apoyada en la mano delicada, ahora, al recapitular el día, la lectura de Balzac, la furia de trabajo artístico en Sèvres, el ensayo del vestido, el sueño de

grandeza mundana, los momentos pasados en el piano, todo se borra ante la realidad cruel de la enfermedad que avanza, y en el gran silencio religioso de la media noche la siniestra profecía del hombre de ciencia, llena, sola y oscura como un horizonte nublado, el campo de su visión interior.

¡Morir!, Dios mío, morir así a los veintitrés años, al comenzar a vivir, sin haber conocido el amor, única cosa que hace digna a la vida de vivirla; morir sin haber realizado la obra soñada que salvará el nombre del olvido; morir dejando el mundo sin haber satisfecho los millones de curiosidades, de deseos, de ambiciones que siente dentro de sí, cuando los viajes por toda Europa y la asimilación del alma de seis pueblos sólo han servido para hacerla desear la vida con ardor infinito y concebir planes cuya realización requeriría diez vidas de hombre. Morir, así, sintiéndose el embrión de sí mismo; morir cuando se adora la vida, deshacerse, perderse en la sombra. ¡Imposible!...

La idea de la lucha contra el mal la domina ahora... hay que luchar... Un año destinado a vencerlo será suficiente. En plena salud, más tarde, ganará el tiempo perdido; tules diáfanos y blancuras de mimosas y camelias velarán sobre lo túrgido del seno las manchas del yodo, de los cáusticos, y el cuerpo entero ostentará la coloración suave de la sangre, vivificada por el aire tibio y salino del Mediterráneo. ¡Hay que luchar! ¡Hay que vivir! Hay que pintar las santas mujeres que guardan el sepulcro, la Magdalena de perfil, el codo apoyado en la rodilla derecha y la barba en la mano, con el ojo átono como si no viera nada, pegada a la piedra que cierra el sepulcro y con el brazo izquierdo caído en una postura de infinito cansancio. En la actitud de María, de pie, tapándose la cara con las manos, y con los hombros levantados por un sollozo, destacando la silueta oscura sobre el cielo plomizo del crepúsculo, debe adivinarse una explosión de lágrimas, de desesperación, de deajo, de agotamiento definitivo. A lo lejos, entre la semiobscuridad de la hora trágica que esfuma los contornos de las cosas, se adivinarán las formas de los que acaban de enterrar a Cristo, y sobre el lienzo flotará la atmósfera sombría de un dolor infinito.

Hay que pintar. Hay que pintar a Margarita después del en-

cuentro con Fausto, con el seno agitado y los ojos brillantes y las mejillas encendidas por el fuego de amor que le hacen correr por las venas las palabras del gallardo caballero. El cuadro de Sèvres no la satisface: hay que pintar otro en pleno aire, como los de Bastien, y encerrar en él un paisaje de primavera donde por sobre una orgía de tonos luminosos, de pálidos rosados, de verdes tiernos, se oigan cantos de pájaros y murmullos cristalinos de agua, y se respiren campesinos olores de savia y de nidos; la calle, ese canal de piedra por donde pasa el río humano, hay que estudiarla, verla bien vista, sentirla, para trasladar al lienzo sus aspectos risueños o sombríos, los efectos de niebla y de sol entre las líneas geométricas de las fachadas, el piso húmedo por la lluvia reciente, los follajes pobres de los árboles que crecen en la atmósfera pesada de la ciudad; y sobre el banco del *boulevard* exterior, quietas y en posturas de descanso, para sorprender en ellas, no el gesto momentáneo de la acción, sino el ritmo misterioso y la expresión de la vida, hay que pintar dos chicuelas flacuchas, ajadas por la pobreza y el vicio ancestral, y un bohemio grasiento y lamentable con la cara encendida y los ojos encarnados por el uso de venenosos alcoholes, que sigue, melancólicamente, con la mirada turbia y vaga, el humo de la pipa que se está fumando. Pero no, ese cuadro, por perfecto que sea, no será el desiderátum, porque está viciado de *canallería moderna*, como dice Saint-Marcoux; hay que hacer algo grande y noble...

JOSÉ A. SILVA.

(Concluirá)

NOTAS Y DOCUMENTOS

La pequeña propiedad y la educación agrícola.— Muy bien inspirado ha sido el proyecto del ejecutivo para crear la pequeña propiedad agrícola y fomentar el cultivo intensivo en Chile. Este es un ideal económico y cultural que asegura la prosperidad de muchos elementos sociales y que promete en una época más o menos próxima un gran abaratamiento de los artículos alimenticios que produce la agricultura. Está comprobado por la experiencia y también por las investigaciones de carácter científico que a una mayor división de la propiedad agrícola corresponde un nivel moral más elevado en las poblaciones de los campos y un aprovechamiento más intenso del terreno en los cultivos agrícolas.

Pero, hay una objeción que hacer al respecto en lo que se refiere al proyecto presentado por nuestro gobierno a la aprobación del Congreso. ¿Es la pequeña propiedad la que convierte al campesino inculto, imprevisor, vicioso y flojo, en hombre culto, económico y trabajador? O bien, ¿es el hombre, llegado a cierta altura de civilización y de aspiraciones en la vida, el que poco a poco hace surgir la propiedad pequeña y bien cultivada?

Es enteramente falsa la aseveración relativa a que en Chile se desconozca la pequeña propiedad agrícola. Hay muchos pequeños pueblos y modestos villorrios en todas las regiones agrícolas del país cuyos pobladores viven dedicados al cultivo pequeño en terrenos que son de propiedad privada. Pero, resulta que no siempre son estas agrupaciones de campesinos independientes modelo de trabajo, ni ejemplo edificante de lo que debe ser, y de lo que se espera que sea, la pequeña propiedad.

El campesino chileno no tiene la educación general, ni posee

los conocimientos profesionales necesarios para que pueda cultivar con éxito una propiedad reducida. Es muy raro el hombre de campo que pueda vivir del producto de tres o diez hectáreas. No conoce el cultivo intensivo, ni posee los capitales suficientes, no está dotado del mismo espíritu de trabajo, y tampoco cooperan en sus labores las mujeres y los niños, como es común en los pueblos más adelantados y ricos de Europa. Generalmente no tiene aspiraciones morales de ninguna especie, y toda su energía la gasta en adquirir el dinero suficiente para entregarse unos cuantos días a los placeres que le proporciona la embriaguez, su vicio favorito. Muchas veces hemos oído amargas quejas contra los pequeños propietarios, pues en la vida que llevan, dedicando un mínimum de esfuerzo al trabajo y en la necesidad de satisfacer sus necesidades de vida, se convierten en merodeadores de los campos y en ladrones de los fundos vecinos. Muchas veces, estos pequeños propietarios son una verdadera calamidad pública.

Sin que seamos contrarios al fin que persigue el ejecutivo con el proyecto para crear la pequeña propiedad y levantar la clase social que en Europa se conoce como «el labriego», juzgamos más urgente, o por lo menos tan urgente como ese proyecto, el dar al campesino la más rudimentaria educación agrícola. Juzgamos a esta educación aun más importante que esa instrucción primaria que tan revuelto trae los campos de nuestra política. Esta dará al país ciudadanos, electores inconscientes, aumentará indudablemente la fuerza de ciertos partidos, mientras la otra dará a la nación hombres de trabajo; buenos padres de familias e individuos capaces de avanzar económicamente en la vida.

Tampoco se opone la una a la otra; bien pueden darse juntas; pero, en ningún caso, esto va a dar resultados rápidos e inmediatos. Es cuestión de tiempo y de varias generaciones. En esta materia, como en muchas otras, no basta mirar a Europa y tratar de imitar aquí la parte material de la constitución económica o social de allá. Antes que todo hay que conocer el medio en que se van a aplicar las nuevas corrientes, y ver si el pueblo se encuentra en un grado cultural capaz de aceptar o asimilar las reformas tendientes a imprimir otro rumbo a sus actividades.

Es inconcebible el estado de atraso en que se encuentra nuestro campesino en cuanto se refiere a los conocimientos agrícolas y a su capacidad para aprovechar las condiciones productivas del suelo o dedicarse a la crianza racional de animal o aves. Este conocimiento es casi nulo y a veces no pasa más allá de algunas supersticiones absurdas o de ciertas prácticas legenda-

rias que están reñidas con las ciencias más elementales que constituyen la agricultura práctica. Además, le falta al campesino, con sus excepciones naturalmente, toda iniciativa y toda ambición para mejorar sus condiciones de vida o para asegurar a sus descendientes un porvenir más digno y más próspero.

Es aquí donde debe empezarse. En la propiedad grande o en la chica, como trabajador independiente o como simple inquilino, el hombre del campo será el mismo y no rendirá más trabajo si no se le inculca un nuevo espíritu y si no se le dota de más eficientes cualidades morales. Pretender transformar al actual trabajador del campo en un labriego europeo, cambiando sólo el tamaño de la propiedad, pueda acarrear nos nuevas dificultades, pues no obtendremos lo bueno que se persigue, y en cambio perderemos lo regular que hoy tenemos.

La acción debe ser de conjunto, integral como dicen algunos, pero empezando por la educación. Los resultados en todo caso no pueden ser inmediatos.

R. V.

El Diccionario de Chilenismos por don Manuel A. Román.—A fines del año pasado se publicaba el tomo V y último de una obra que, comenzada en 1901, parecía no deber llegar a su término, juzgando las cosas por lo que corrientemente ocurre en Chile con los trabajos de aliento. Me refiero al *Diccionario de Chilenismos*, por el Pbdo. don Manuel A. Román; obra monumental por sus proporciones materiales—consta de más de tres mil páginas en 4.º—y por la suma de erudición y de paciencia que revela. Pasarán años y años antes que pueda hacerse sobre la materia algo superior o siquiera igual. Es de esas obras que ocupan toda una vida, como me parece que, en efecto, le ha ocurrido al estudioso señor Román. Porque aunque él ha publicado otros estudios, al parecer de índole diversa de la del Diccionario, por ejemplo sus traducciones de Ovidio, ellos, si bien se mira, no eran sino preparativos para ese Diccionario: no se puede hablar de chilenismos sin conocer el español, y no se puede conocer el español sin conocer previamente latín.

No trata el Diccionario sólo de chilenismos. Trata también, como lo dice el subtítulo, de «otras voces y locuciones viciosas». Entre estas voces, las que irritan particularmente al señor Román son los galicismos. El galicismo: he ahí el enemigo. El galiparlista es un ser feo, impuro y despreciable. El señor Román, a este respecto, lo único que varía son los procedimientos para agobiarlo y confundirlo: ya es la burla, ya la ironía, ya el simple y directo hachazo. (Entre paréntesis, lo que me apena

es que la gracia del señor Román suele ser salada, pero no es alada). Al menos dirán ustedes, se usará cierta benevolencia para con el galicismo, por decirlo así, decente, atenuado, o inevitable o tan preciso o tan elegante o, a veces tan conforme con la índole del castellano, y tan inofensivo, que no parece mayor delito el usarlo. No; la ley es pareja. Porque parece que el empleo, aun discreto, del galicismo, desacredita de tal modo a un autor, lo convierte hasta tal punto en objeto de vituperio, que cuando a un literato de valer se le escapa, por casualidad, un galicismo, es necesario hacer notar que ese individuo es digno, a pesar de todo, en vista de su falta de malicia, de alguna consideración. Así, el señor Román nos advierte que ciertos escritores que usan la palabra abordar en el sentido de tratar una cuestión, pueden ser, sin embargo, distinguidos y estimables. Es una prueba de indulgencia y de imparcialidad que no podrá menos de ser recibida con agradecimiento en el mundo galiparlista.

El desgraciado tono en que me estoy expresando pudiera inducir a alguien a creer que el galiparlismo goza de mis simpatías. Me apresuro a declarar que no. Pero lo que hay es que no se puede menos de sonreír cuando se ve a una persona observar una actitud de más papista que el papa. En general, los americanos—ahí está Cuervo, por ejemplo,—despliegan, para defender el purismo y el casticismo, un ardor, un celo, una pasión de que los mismos españoles están distantes. A don Juan Valera, verbigracia, los galicismos, según lo declaraba, lo tenían sin cuidado, y los usaba y hasta los defendía contra los intransigentes.

No, yo no me pongo del lado de los galiparlistas, por lo menos de algunos de ellos. Velar por la pureza del idioma me parece una tarea muy respetable, que tal vez yo mismo emprendería si tuviera ciencia y tiempo para ello. Pero si tuviera más tiempo y más ciencia aun, haría otra cosa: me iría a la raíz del mal. Me propondría averiguar por qué los españoles y americanos estamos inficionados de francesismo, al paso que los franceses no están inficionados de españolismo. Es raro que los puristas se contenten con tronar contra la galiparla y no fijen su atención a este hecho bien sugestivo, que, sin duda, debe obedecer a alguna causa. ¿No consistirá, por casualidad, la causa, en que el idioma francés tiene algo que el español no tiene? ¿en que posee condiciones que el español no posee? ¿No se tratará tal vez de la influencia inevitable, irresistible, del fuerte sobre el débil? Cuando se observa que de las obras de un autor, como doña Emilia Pardo Bazán, que no ignora su idioma, que, además, es una buena española, siempre atenta a

poner de relieve todo lo bueno de su patria, puede extraerse una cosecha de galicismos colosal, ¿no dan deseos de creer que el castellano peca por deficiente? ¿que ciertas ideas nacidas en Francia u otros países no tienen expresión en castellano?

Es esta última, si bien se mira, toda la cuestión que se debate entre puristas y no puristas. Unos y otros están, teóricamente de acuerdo en que deben aceptarse los vocablos extranjeros que corresponden a ideas que no tienen expresión en castellano. La dificultad comienza por el hecho de que los casticistas creen que apenas puede haber una idea que no tenga expresión en español. Con mayor o menor dificultad, descubren el vocablo que ellos imaginan corresponder a la idea en cuestión. Los no puristas, al contrario, sostienen que ese vocablo no traduce la idea importada. Y lo prueban con buenos ejemplos.

Pongamos por caso la palabra «negligé», sobre la cual dice don Juan Valera: «cuando Baralt condena el término de *elegante negligé* o *deshabillé* y sostiene que debemos decir elegante trapillo, yo no puedo menos de reirme. La palabra trapillo implica pobreza, suciedad u ordinariez y brama de verse junta con el epíteto elegante».

El señor Román nos enseña que, en vez de decir *chic*, debemos decir *filifi*: fulano tiene mucho *filifi*. Emplearemos la palabra cuando el señor Román nos dé el ejemplo, atreviéndose a usarlo él primero.

Un purista nos dice que no debemos decir *garçonerie*, sino departamento; no *chauffeur*, sino piloto; no *chroniqueur*, sino cronista; no *parquet*, sino entablado;—sin reparar en que *garçonière* no es un departamento cualquiera, sino uno de soltero; en que *chauffeur* no es ni literalmente ni en la intención, un piloto; en que *chroniqueur* indica otra cosa que la palabra castellana cronista, sea que ésta se tome en el sentido de anotador de sucesos pasados o de redactor de las noticias de un diario; yo soy tal vez un *chroniqueur*, pero no soy un cronista; y en que un *parquet* no es un entablado como otro.

Estos y otros infinitos casos de imposibilidad clarísima de encontrar el equivalente castellano de un vocablo extranjero no harán, sin embargo, mucha fuerza en quienes, como el señor Román, están persuadidos de que «la lengua castellana es la más rica y armoniosa, la más hermosa y variada de cuantas se conocen». Yo no sé lo que se entiende a punto fijo por riqueza de un idioma. Pero, miradas las cosas a ojo de buen varón, imagino que es rico aquel idioma que es capaz de expresar con precisión y concisión el mayor número posible de matices del pensamiento. La riqueza de una lengua no puede consistir en que un mismo objeto pueda expresarse de muchas maneras,

sino en que cada objeto tenga su expresión. Partiendo de esta base, cuya exactitud no pondré en duda, mientras un entendido no me pruebe lo contrario, me parece que la llamada riqueza del español es un mito. No digo nada de aquellos órdenes de ideas, como las ciencias aplicadas, los sports, la indumentaria, la cocina, en los cuales el español es como una lengua muerta. Pero aun en ideas corrientes, de manejo diario, es de una deficiencia deplorable. Tomemos un ejemplo en la manera de designar a los autores de ficciones. El que escribe novelas se llama en francés *romancier*, el que escribe novelas cortas o cuentos largos *nouvelliste*, y el que hace cuentos *conteur*. En castellano no tenemos sino la palabra novelista. Los que hacen novelas cortas—género que tampoco tiene expresión en castellano, o cuentos, deben ser llamados, para hablar correctamente, narradores de novelas cortas o de cuentos,—lo que es casi tan largo como el cuento mismo.

No existen en castellano vocablos para traducir las ideas siguientes, que recuerdo en este instante y que en francés se expresan con una sola palabra: el que se dedica a la estética (esthète),—el que construye teorías políticas, literarias, etc., (théoricien),—el que se dedica a la lógica (logicien),—el que se aficiona a las ideas, sin adherirse a ninguna de ellas (dilettante),—lo que está pasado de moda (démodé),—el que vive en una clase que no es la suya (declassé),—el continuo cambiar de las cosas (le devenir),—la condición propuesta en la enunciación de un problema (donnée),—la sabiduría práctica (sagesse), etc.

No me parecería extraño que al leer estas líneas, algún nieto del Cid exclamara: «¡cómo! ¿la divina lengua en que escribieron Cervantes y el nunca bien ponderado ni jamás como se debe suficientemente alabado Calderón de la Barca, no es la primera del mundo? Se necesita estar loco u odiar mucho a España para pensarlo así». Hay personas que en todo mezclan el espíritu patriótico,—hasta en la filología. Amar a España y reconocer las deficiencias de su idioma son cosas tan compatibles como ser buen chileno y reconocer que la agricultura argentina es más rica y vasta que la nuestra. No nos tapemos los ojos; porque esa sí sería tal vez la peor manera de contribuir al progreso del castellano. Si se parte de la base de que una cosa es perfecta, ¿quién va a tratar de mejorarla? Si el francés posee esa flexibilidad, esa aptitud para expresar las variedades más sutiles de una idea ¿no será, precisamente, porque no se deja influir demasiado por gramáticos y puristas, porque nunca se ha encerrado en sí mismo, porque se ha apresurado a acoger cuanto elemento aprovechable ha encontrado en las lenguas ex-

tranjeras? en suma, por no haberse creído nunca demasiado rico?

ELIODORO ASTORQUIZA.

El Presidente Errázuriz Zañartu juzgado por el diplomático boliviano don Rafael Bustillo.—«El Presidente Errázuriz es un caballero distinguido y amable; su mujer es una bella señora, algo entrada en años, y calificada por todos de santa, tal es la pureza de su vida y su ardiente caridad. Es hombre de fortuna y vive en su casa, que es un palacio sobre la Alameda; no va al Palacio Nacional, que está en la antigua Casa de Moneda, sino a las horas de despacho, de doce a cuatro de la tarde; lo mismo hacía Pérez (1). El señor Errázuriz ha despedido desde luego a sus edecanes, diciendo que no los necesita en su casa y que basta que uno solo acuda a las horas de despacho a la Moneda. Su elección es debida al Partido Conservador que, por contar en sus filas con el clero, se llama aquí partido clerical, siendo tío del Presidente el Arzobispo de Santiago, señor Valdivieso. La minoría ultra liberal, llamada roja, con el señor Urmeneta (2) a su cabeza (hombre inmensamente rico), combatió vigorosamente la elección de Errázuriz, pero la victoria fué de éste, merced a los esfuerzos del clero, de los empleados y a las influencias del señor Pérez, que se decidió por Errázuriz, su antiguo Ministro de la Guerra. Es de advertir que aquí los paisanos y abogados son Ministros de la Guerra. El señor Lira (3), Ministro de la Guerra de Pérez, ha pasado a la Corte Suprema.

«Nada puedo todavía decir de fijo en orden a la política del nuevo Gobierno. En el interior parece decidido a gobernar lealmente con el partido a que debe su elevación, y en prueba de ello ha hecho Ministro de Instrucción, Justicia y Culto al señor Abdón Cifuentes, uno de los ultramontanos más ilustrados que yo conozco. El señor Altamirano (4), Ministro de Relaciones Exteriores, es joven, de pocos antecedentes y dicen que debe su elevación sólo a la amistad y consideraciones del Presidente; ha acreditado, sin embargo, en las discusiones del Congreso, una palabra fácil y brillante; pero no tiene significación política. El Ministro de Hacienda, Cobo (5), es un escritor subalterno y mediocre, y el de la Guerra, Pinto (6), es un antiguo Intendente de Concepción de buenos antecedentes.

- (1) Don José Joaquín Pérez.
- (2) Don José Tomás Urmeneta.
- (3) Don José Ramón Lira.
- (4) Don Eulogio Altamirano.
- (5) Don Camilo Cobo.
- (6) Don Aníbal Pinto.

«Se dice que la parte principal del programa del señor Presidente es entregarse a grandes trabajos u obras públicas, prolongando principalmente las vías férreas y haciendo puentes sobre los ríos del sur. Dicen que es hombre de carácter y energía y que los rojos no han de retozar tanto con él como con el viejo Pérez. Yo lo visito a menudo y sólo espero que se instale mejor para iniciar las negociaciones, dirigiéndome desde luego a él en persona, porque me dicen que es franco y enemigo del disimulo» (1).

Una manifestación de la inteligencia de las abejas.
—Refiere Mr. Gastón Bonnier, en una de sus admirables crónicas de divulgación científica, un hecho que permite comprender que no hay exageración en todo lo que se ha dicho acerca de la inteligencia realmente maravillosa de que están dotadas las abejas.

Una mañana del mes de Julio del año 1918, llegó Mr. Bonnier, como de costumbre, al Laboratorio de biología vegetal de Fontainebleau y observó, con asombro, que nubes de abejas se precipitaban sobre toneles llenos de agua y sobre las pequeñas lagunas en que se criaban plantas acuáticas y luego se encaminaban todas en una misma dirección. Siguiólas el sabio y pronto pudo ver que se dirigían a una gran mancha blanca que se divisaba en la línea férrea que pasa frente al Laboratorio. «Si no estuvierámos en pleno verano, dice Mr. Bonnier, habría creído que en ese sitio había caído en la noche anterior una gran nevada».

Pronto supo que en ese lugar, pocas horas antes, había ocurrido un accidente ferroviario en que se habían destruído varios wagoes. De uno de ellos, cargado de azúcar, procedía la gran mancha blanca que en tanta agitación tenía a las abejas.

Pero ¿qué significaban los repetidos viajes que éstas hacían de los depósitos de agua a la azúcar esparcida en el suelo y de ésta a la colmena? Sencillamente que las abejas que no podían apoderarse de los granos de azúcar, por su excesivo peso, ni desmenuzarlos, a causa de la debilidad de sus mandíbulas, habían recurrido al espedjente de depositar agua sobre ella para así convertirla en una especie de jarabe que transportaban fácilmente a su colmena.

(1) Fragmentos de una carta de don Rafael Bustillo, Ministro Plenipotenciario y Enviado Extraordinario de Bolivia en Chile, al Presidente de aquella República don Agustín Morales, publicados por don Ignacio Prudencio Bustillo, en su libro intitulado *La Misión Bustillo*, Sucre, 1919, pág. 58.

Durante cuatro días, hasta que la mancha blanca desapareció, las abejas aumentando sus horas ordinarias de trabajo, se dedicaron afanosa e incansablemente, en convertir los granos de azúcar en jarabe y en trasladar en seguida éste a las colmenas.

«Tan sólo una pequeñísima parte de la azúcar, dice Mr. Bonnier, fué aprovechada por animales de dos patas: algunos gorriones y algunos seres humanos. Pero estos últimos, viendo que las abejas ennegrecían con sus cuerpos la mancha blanca, se apresuraron prudentemente a retirarse, temerosos de las picaduras de sus concurrentes. Ignoraban—por felicidad para el colmenar— que las abejas no pican cuando están trabajando.»

P. N. P.

Balance de la labor de la Cámara de Diputados durante su último período de sesiones ordinarias.—

De un estudio que sobre esta importante materia ha publicado el señor don Hermán Echeverría Cazotte, entresacamos los siguientes párrafos, que estimamos de trascendental interés:

«Durante el último período ordinario de la Cámara debió celebrarse 101 sesiones. Sólo 28 fueron completas, es decir, se levantaron al término de la hora fijada para sesionar; 33 no se celebraron por falta de número, y por la misma causa se suspendieron 27. Las restantes terminaron antes de la hora, por asentimiento unánime, explicable por el natural cansancio que las funciones legislativas producen.

La Cámara tenía un material de trabajo considerable. Sin contar los pendientes, el Ejecutivo inició 39, el Senado le remitió 14, y los diputados presentaron 54 proyectos nuevos, lo que nos da un total de 127.

La tabla fué formada con los que más interesan al crítico momento en que la República se encuentra.

En la primera sesión quedó aprobada la siguiente tabla:

- 1.º Proyecto sobre saneamiento de Habitaciones Obreras;
- 2.º Forma de determinar las condiciones del pago del salario;
- 3.º Protección al trabajo de mujeres y niños;
- 4.º Resolución de dificultades y conflictos entre patrones y obreros;
- 5.º Banco Privilegiado;
- 6.º Modificación del impuesto al tabaco;
- 7.º Modificación de la ley de contribución de haberes;
- 8.º Modificación de la ley de impuesto sobre herencias;
- 9.º Impuesto a la exportación de carnes congeladas y de las lanas;

10. Creación de la Asociación de Productores de Salitre;
11. Construcción y reparación de caminos;
12. Proyecto que establece como obligatorias las guías de tránsito para el transporte de animales;
13. Proyectos de la comisión especial de colonización.

Ninguno de estos trece proyectos fué resuelto, y en su gran mayoría, ni siquiera discutido.

En la segunda sesión ordinaria, a petición de don Luis Claro, Ministro de Hacienda, se acordaron sesiones especiales para tratar de los proyectos sobre Banco Privilegiado, modificaciones y creaciones de impuestos y organización de la Asociación de Productores de Salitre.

Ya hemos dicho que éstos quedaron sin discutirse en su gran mayoría.

El interés por realizar una labor parlamentaria efectiva, se manifiesta, en cambio, en el empeño de obtener preferencias para tratar los asuntos. Se formularon 98 indicaciones de esta naturaleza, las que fueron discutidas y votadas. Con esto se perdió un poco el tiempo, pero se reveló un celo digno del mayor encomio.

Después de un mes y ocho días la Cámara había despachado 10 proyectos que pueden calificarse de mediocres, si se tiene en consideración que no intentaban «solucionar los graves problemas de la hora presente», como se dice en lenguaje parlamentario.

Los comités de todos los partidos, se dieron cuenta de esta situación y con verdadero celo patriótico, aprobaron un nuevo plan de trabajo que tenía por objeto intensificar la labor de la Cámara.

Desgraciadamente, los resultados de esta intensificación no se hicieron sentir.

De los proyectos aprobados durante todo el período no hay uno solo de los que figuran en la tabla y sólo 5 tienen cierto interés público; el llamado de las subsistencias, el que organiza el Cuerpo de Carabineros, el que autoriza la aceptación por parte de Chile de la Liga de las Naciones, el que rebaja el interés prendario y el que autoriza la creación de cooperativas.

En cambio, las actas de sesiones anotan 1.457 discursos pronunciados en este período. Llamo la atención a que no se trata de discursos que figuren en el *Boletín*, sino de los que aparecen anotados en las actas. Frecuentemente un diputado habla sobre un mismo asunto dos o más veces, pero en las actas sólo se anota una. En estos documentos tampoco se indican las interrupciones ni el «pido la palabra», ni la observación

corta y rápida. Sólo, pues, hemos contado los discursos: 1,457.»

Alza de salarios y carestía de la vida.—Si fuera dable echar un velo sobre el pasado, y atentos sólo al presente, mirar al porvenir, para aprovechar las lecciones recibidas y utilizar en beneficio propio los frutos de amargas experiencias, nuestras clases trabajadoras debieran meditar seriamente sobre sus intereses, hoy comprometidos, y buscar nuevos derroteros para el logro de sus aspiraciones y deseos de mejoramiento. Y si el próximo advenimiento definitivo de la paz permite que la calma en los espíritus se restablezca, que las inteligencias ofuscadas recapaciten y que los corazones inertes vuelvan a latir a impulsos de un sano patriotismo, nuestros obreros, al igual que los de otros muchos países, se convencerán de sus pasados errores y procurarán subsanarlos por su propia conveniencia.

Entre esos errores el primero y más saliente consiste en la extemporaneidad de las demandas hechas por el proletariado para conseguir el aumento de todos los jornales, cuando la terminación de la gran lucha sostenida durante más de cuatro años prometía la cesación de las principales causas determinantes del encarecimiento de la vida. Hubiérase explicado tal propósito en los comienzos de la guerra o en su período crítico—al año de iniciada,—cuando las exigencias de la misma y lo incierto de sus resultados parecían sumir a todos los pueblos de la Tierra, y especialmente a los países beligerantes, en un mar de dudas y desesperaciones, con escasez manifiesta de todos los artículos y encarecimiento notable de las provisiones. Sin embargo, no hicieron entonces sus solicitudes los obreros, compartiendo resignadamente con las demás clases sociales privaciones y miserias infinitas, para venir a formularlas al final de la gran lucha, como si existiera el avieso propósito de convertir en permanentes y definitivas las causas productoras de la general carestía, que en otro caso hubieran sido pasajeras o transitorias.

Pero el más grande de esos errores—aunque acaso el menos visible—descansa en la creencia, arraigada y absurda, de que el aumento de los jornales o salarios es el medio único eficiente y rápido de poder subvenir a los crecidos gastos que la actual carestía de las viviendas, de los alimentos, del vestuario, del calzado, y, en general, de todos los artículos, exige a los elementos trabajadores, lo mismo que a las demás clases sociales. ¡Error craso y profundo, que tan caras consecuencias produce a los que en él caen, por ignorancia o sugestiones extrañas!

Siendo, en efecto, una verdad demostrada que todo aumento de jornales, al encarecer la mano de obra de un artículo o de un producto cualquiera, implica y da como resultado una mayor carestía, no sólo en los objetos de la industria afectada, sino también respecto de otros muchos que con ella se relacionan, no es necesario un gran esfuerzo para probar lo contraproducente del sistema.

El obrero, por lo general, cuando logra una mayor retribución de su trabajo—cual sucede con frecuencia después de esos prolongados movimientos huelguísticos que tantos quebrantos causan a quienes los sostienen—, cree haber obtenido un positivo beneficio, sin detenerse a pensar en que los dos, tres o cuatro pesos que como aumento en sus jornales recibe al final de cada semana, suelen determinar un acrecimiento de sus gastos fijos ineludibles, que acaso exceda de cuatro o cinco pesos semanales. Es una resta negativa por variaciones inconscientes en los valores del minuendo y sustraendo.

Con efecto: a todo aumento de salarios corresponden invariablemente un aumento en el precio de los artículos o servicios encarecidos en su mano de obra o desempeño. Por esta razón, cuando los estibadores de los muelles obtienen una subida en sus jornales, lo mismo que cuando logran ese aparente beneficio los empleados de ferrocarriles, vapores o tranvías, o los operarios de las industrias relacionadas con el vestuario, el calzado, la construcción de edificios, etc., el industrial, el comerciante y el patrono suben a su vez los precios o tarifas para no resultar perdidosos; y como todo individuo necesita un techo donde cobijarse, trajes para vestirse y vestir a sus familiares, zapatos para calzarse, alimentos para nutrirse y medios de locomoción para transportarse de un sitio a otro, el trabajador va desprendiéndose centavo a centavo, cada vez que adquiere algo o que recibe algún servicio, de los pesos que como aumento de jornales le fueron satisfechos al final de cada semana.

En la imposibilidad de referirnos a todas las industrias, no podemos dejar de decir algo sobre las relaciones con la construcción de edificios, por que ellas afectan a un grave problema—el de la carestía de las viviendas—, y también para señalar las consecuencias que las últimas huelgas de albañiles, carpinteros, mecánicos, pintores y demás operarios del ramo de construcción han producido en el costo general de la vida.

Es obvio, desde luego, que el encarecimiento de las construcciones, por el aumento de la mano de obra—determinante a su vez de la de ciertos materiales de fabricación nacional—, tiene como resultado inmediato el mayor valor, en venta y en renta, de la propiedad, desde el instante en que el capital in-

vertido debe producir un interés determinado; y como al subir el valor de las nuevas construcciones crece también el de las antiguas, puesto que edificios análogos y situados en sitios equivalentes han de producir forzosamente rentas iguales, es axiomático que todos los alquileres suben en proporción al aumento del valor de dichos inmuebles. Si a las causas apuntadas se añade la escasez del número de locales destinados a viviendas, por circunstancias que sería prolijo enumerar, tiénese explicada y justificada la subida de los alquileres, lo cual no constituye un problema local, sino mundial en los actuales momentos.

Mas no es sólo el aumento progresivo de las rentas urbanas el único resultado del mayor costo de los edificios, producto a su vez del aumento de jornales: el problema es mucho más hondo y complejo, si se atiende a que los comerciantes de todos los artículos de consumo, cuyos establecimientos se ven obligados a satisfacer alquileres enormes y regalías crecidísimas por sus respectivos locales, cargan por tal motivo un tanto por ciento apreciable al valor de cada objeto vendido, lo cual es una nueva causa de general carestía, ya que no hay artículo alguno exento de esta tributación indirecta. Es, pues, innegable—aunque no hayan pensado en ello los operarios del ramo de construcción—que buena parte de los salarios que hoy perciben la pierden en cada transacción comercial que realizan, por ínfima que ésta sea.

¿Significa lo expuesto anteriormente que deban permanecer inalterables los jornales, o que sea conveniente renunciar a los aumentos alcanzados al precio de dilatadas huelgas y luchas incruentas? En modo alguno podría llegarse a tales conclusiones como consecuencia de las premisas sentadas: demuestra sólo, cuanto queda dicho, que las colectividades obreras deben estudiar más detenida y concienzudamente sus problemas, buscando el mejoramiento de sus condiciones en la disminución de sus gastos, lo cual es una ventaja positiva, en vez de perseguir únicamente el aumento de sus entradas, lo cual suele ser en muchas ocasiones un beneficio imaginario.

Prueba irrecusable de lo ineficaz del sistema hasta ahora practicado es el malestar reinante entre las clases obreras, por causa de la carestía existente, a pesar de los elevadísimos jornales o retribuciones que perciben y que les proporcionan entradas superiores a las que tienen casi todos los individuos de la clase media; a las de la mayoría de los empleados que trabajan a sueldo fijo en las oficinas públicas o particulares, y en muchos casos a las de los mismos profesionales, a quienes, por

ser hombres de carrera, se les considera invariablemente como «rentistas» o «burgueses».

Existe una tercera solución, distinta de la hasta ahora ensayada y de la anteriormente sugerida, para mejorar la situación económica de las clases obreras, y a ella hemos de referirnos, no obstante sospechar el desagrado o prevención con que será, acaso, recibida: ella descansa en el acrecimiento de las entradas por el aumento de las horas de trabajo. La medida resulta impopular dentro del proletariado, porque su deseo progresivo de ganar más está en relación directa con su aspiración de trabajar menos. Sin embargo, un mayor esfuerzo por parte del obrero para aumentar sus jornales, cuando éstos se pagan por horas de labor, realizando una mayor tarea diaria, implicaría el aumento cierto y positivo de sus entradas en cantidad no despreciable, que contribuiría a aliviar sus necesidades y a hacer menores sus escaseces. Después de todo, es el medio puesto en práctica por los que disfrutan en la actualidad de un pequeño sueldo—no aumentado en los últimos ocho años, a pesar de haberse encarecido en un sesenta por ciento el costo de la vida—para cubrir sus gastos perentorios, sin apelar al deshonor ni resignarse con indolencia a la miseria; y es, por último, este sistema enaltecedor de trabajar más para ganar más, el que practican los profesionales, un número crecidísimo de los cuales suele realizar corporalmente mayor trabajo que el de muchos obreros laboriosos, en una jornada que no pocas veces principia con el alba y termina ya avanzada la noche, con la extenuación de sus fuerzas y los requerimientos del sueño.

Búsqese, pues, la solución del problema obrero, que a todos afecta y perjudica, por medio de una legislación adecuada que satisfaga las aspiraciones justas del proletariado; garantíense sus condiciones de trabajo en todas las industrias y talleres, desde el punto de vista higiénico, que tanta importancia tiene para la salud del obrero; evítese la explotación de los asalariados, especialmente de la mujer y del niño; establézcanse tribunales de arbitraje para la solución pacífica de las diferencias que surjan entre patronos y obreros, cuyos intereses son comunes aunque en apariencia resulten opuestos; régúlense las relaciones entre el capital y el trabajo, en evitación de graves conflictos; y hágase, por último, obligatoria la enseñanza en todos los talleres y fábricas, sin excepción alguna, de un cierto número de aprendices, para impedir que continúe la irritante exclusión de los mismos en provecho de un número fijo de artesanos en cada oficio, temerosos de la competencia que pudieran hacerle nuevos y más aptos trabajadores.

Aprovéchense, en suma, los momentos de tranquilidad material—y quizás también moral—que parece haber producido la enérgica represión de las últimas agitaciones debidas al obrerismo revolucionario, y se habrá alcanzado la mayor de las victorias que hoy puede lograrse en todos los órdenes de la vida: garantizar el derecho por la fuerza para obtener el triunfo de la justicia.

MARIO GUÍRAL MORENO.

(*Cuba Contemporánea*).

El problema del regadío, desde el punto de vista social y nacional—Los progresos de la técnica en la industria manufacturera destinada a producir artículos para el vestir o muebles y útiles domésticos, han sido tan grandes, especialmente en los países industrializados de Europa, de América y de Asia, que en cualquiera de ellos las clases obreras han llegado a satisfacer las necesidades del vestir en condiciones que jamás habrían podido imaginar las generaciones del pasado, condenadas a tejer sus trajes con sus solas manos, como lo hacían nuestros indígenas. Un obrero norteamericano, inglés, francés o alemán, en los días festivos, viste hoy casi tan bien como los ciudadanos de las demás clases sociales. Nuestros vecinos de la República Argentina han progresado también bastante en esta materia: en ninguna parte de Buenos Aires se ven los desocupados cubiertos de harapos, como sucede por desgracia entre nosotros y como seguirá sucediendo mientras no desterremos la fuenesta plaga del alcoholismo.

Si el problema económico-social que agita al mundo contemporáneo se redujera únicamente a satisfacer las necesidades del vestido y de la habitación del pueblo, su solución no sería difícil, ante los progresos de la industria moderna. Pero no está aquí el punto grave de la cuestión: el gran problema económico-social es, sin duda, el relativo a la producción de los medios alimenticios.

Mientras no se descubra algún procedimiento químico para fabricar artificialmente ciertos alimentos por medio del carbono, del hidrógeno y demás cuerpos simples que los componen, lo que hoy sólo puede imaginarse a manera de fantasía, la agricultura, como fuente productora de artículos alimenticios, ha sido, es y será la más importante de las industrias de un país.

Por desgracia, nuestro territorio nacional, a causa de la carencia absoluta de lluvias en la región del Norte y de la mala distribución de ellas en la región del Centro, se encuentra en condiciones de inferioridad para el desarrollo de la agricultura. Las prolongadas sequías de primavera y de verano impi-

den todo cultivo en la mayor parte de los campos de estas regiones, y, en consecuencia, los productos alimenticios son escasos y caros.

Los campos de cultivo que rodean nuestra gran ciudad son pequeños; y con la plaga de poblaciones rurales que los han infestado, una buena parte de sus mejores tierras se encuentra al presente sustraída de toda producción. La subdivisión de la propiedad rural habría sido, sin duda, un bien, si cada uno de los lotes que se hubiera formado hubiera tenido una superficie suficiente para alimentar, por lo menos, una familia de agricultores o de hortelanos; pero hecha en la forma de pequeñas propiedades que sólo sirven para jardines de recreo, vendidas a precios fabulosos, ha resultado más bien una destrucción de la base agrícola de los campos que rodean a Santiago.

Necesitamos agua para regar nuestras tierras de secano y ya que la ciencia no ha llegado a descubrir la manera de modificar el régimen de las lluvias o de provocarlas artificialmente, no queda otro camino, para remediar esta gravísima deficiencia de nuestro territorio, que el de aprovechar las aguas de que podemos disponer, en el regadío artificial de nuestros campos. He aquí para nosotros, así como para todas las regiones de la tierra que se encuentran en análogas condiciones a las nuestras, uno de los más interesantes problemas del orden económico.

Si existió un gran imperio en Babilonia, centro de la cultura de aquellos tiempos, donde al presente no hay más que un árido desierto, fué porque se construyó un magnífico sistema de canales de regadío derivados del Eufrates y del Tigris, los cuales han desaparecido después, volviendo el país a convertirse en lo que era. Si el Egipto fué también una de las cunas de la civilización y es al presente un gran país, es porque ha aprovechado las aguas del Nilo en el regadío de sus campos. En las demás regiones del mundo que se encuentran en condiciones más o menos semejantes a éstas, como muchas de las de España, algunas de Italia, gran parte de la región occidental de los Estados Unidos de Norte América, las de la costa del Perú y otras de la República Argentina, así como también las del centro y norte de Chile, en todas estas regiones las obras de regadío artificial han tenido la virtud de convertir en magníficos vergeles de eterna verdura lo que sin ellas sólo serían áridos y despoblados desiertos.

Pues bien, si la terapéutica hidráulica no nos proporciona otro medio contra la sequía de los campos, y si ésta constituye para nosotros uno de los más trascendentales problemas del

orden económico, es indispensable que adoptemos una política conveniente al respecto.

Hasta hace muy poco tiempo el estado chileno, después de las obras del Canal de Maipo que fueron iniciadas por el Cabildo de Santiago en la época colonial, siguió la política de la abstención absoluta en esta materia. Se limitó a permitir que los particulares hicieran los canales y demás obras de regadío que quisieran y pudieran hacer, de acuerdo con la política del «Laissez passer, laissez faire, le monde va de lui même».

¿Por qué nuestros poderes públicos adoptaron esta política de prescindencia? En parte, tal vez, por una lamentable indolencia y falta de iniciativa; y además, porque, demasiado aficionados a copiar el derecho público y administrativo europeo, como ni en Inglaterra, ni en Francia, ni en Alemania, el Estado se ha preocupado mayormente del regadío artificial de los campos, parecía natural que nosotros hiciéramos otro tanto, sin recordar que en aquellos países se encarga el cielo de regar las tierras con abundante lluvia durante todo el año.

Al presente se reconoce que la abstención del Estado en este interesantísimo problema ha sido un error. Esto de limitarse a dar a los particulares la libertad de hacer canales cómo y dónde quieran o puedan no es una buena política. ¿Qué efectos produce este sistema en la práctica? ciertos propietarios ribeños aprovechan su derecho construyendo algunos canales, de aquellos que ofrecen menores dificultades técnicas y que resultan más baratos. Las grandes obras, aquellas que si bien son más difíciles y costosas, pueden, sin embargo, determinar un aprovechamiento más completo de las aguas de un río, esas no es fácil, casi puede decirse no es posible, prácticamente hablando, que las construyan los particulares por su sola y libre iniciativa. Por lo regular, para realizar estas grandes obras se necesita el acuerdo o sea la asociación de todos los propietarios de una dilatada región, lo que es muy difícil obtener. No basta que uno o más hombres de empresa, de iniciativa y tenacidad se propongan producir este acuerdo, porque, por lo regular, fracasarán ante la oposición de algún agricultor retrógrado, de otro que no divisa con gran claridad las ventajas que para él pueda traer la obra, de algunos desconfiados que preferían ver primero correr las aguas del canal antes de comprometerse en gastos y, por último, de otros trapalones que esperan gozar gratuitamente de las aguas que han pagado los demás. Con este sistema de libertad no es posible obtener un aprovechamiento de las aguas de un río en el regadío de los valles circunvecinos. Si con obras de conjunto bien concebidas fuera posible que un río diera agua para regar

una vasta extensión de terreno, con el régimen de libertad se regaría sólo una parte, y a veces reducida, de esta extensión.

Pero podrá decirse que esta política ha permitido que las fuerzas de iniciativa particular realicen una buena parte del programa del regadío, dejando lo demás para ser completado después, cuando se quiera o pueda emprender estas grandes obras de conjunto. Desgraciadamente no es esta la verdad. Sucede a menudo que la realización de una obra de regadío que riega sólo una parte de la superficie que queda bajo las aguas de un río, impide después la construcción de otras obras de mayor importancia que pudieran abarcar una superficie más extensa. Un gran canal que, tomado aguas arriba, pudiera servir, digamos, para regar 20,000 hectáreas con un costo medio de unos \$ 500 por hectárea, podría resultar irrealizable por lo costoso si de antemano estuvieran ya hechos otros pequeños canales que regaran 10,000 de estas hectáreas. El costo por hectárea vendría a resultar casi doblado. Esto es lo que ha sucedido ya en algunos de nuestros valles con el régimen de libertad que ha imperado entre nosotros. Por lo tanto, en tales casos, que no son pocos, las grandes obras de regadío que hubieran podido hacerse para ser costeadas por todos los agricultores beneficiados, no podrán construirse si sólo han de gravitar sobre una parte de ellas.

Las obras de regadío deben ser dispuestas con la norma de los intereses económico-sociales, norma que no siempre se encuentra en armonía con el régimen de absoluta libertad de los propietarios agricultores para realizar las obras según sus propios intereses privados. El interés social exige que la superficie regada sea la mayor posible, al paso que los propietarios sólo buscan el riego de sus tierras cuando lo obtienen en condiciones de constituir un negocio más o menos fácil y claro. Por este motivo las obras de regadío deben ser estudiadas o sea proyectadas por el Estado, de manera de procurar el mejor aprovechamiento de las aguas disponibles: i, como las obras así concebidas son, por lo regular, de cierta magnitud, el Estado debe también impulsarlas i facilitar los medios para su construcción.

En Chile, desde hace pocos años, se ha modificado la política en esta materia. Cuando una de estas obras cuenta con la aceptación de los propietarios del 70% de la superficie que se proyecta regar, el Estado, previo un estudio definitivo de las obras realizado por sus propios ingenieros, procede a su construcción, obteniendo el dinero necesario por medio de una emisión de bonos garantizados con la hipoteca de los terrenos que se van a regar y con la fianza del Estado. Los propietarios beneficiados quedan obligados a hacer el servicio de estos bonos.

Merced a este sistema se han podido realizar obras de importancia en las provincias de Aconcagua, de Talca, de Linares y de Biobío. Esto ha constituido, sin duda, un gran progreso, pero está muy lejos todavía de ser completamente satisfactorio bajo el punto de vista económico-social.

El interés económico-privado de los propietarios beneficiados con esta clase de obras sólo se satisface cuando los costos de la obra son mucho más reducidos que el valor que pueden adquirir los terrenos después de regados. Si la hectárea de terreno regado puede llegar a valer unos \$ 1,000, siendo, digamos, \$ 100 el valor del terreno de secano, el propietario no dará su aceptación a una obra que importe más, de unos \$ 600 por hectárea. En cambio, bajo el punto de vista económico-social y nacional o sea tomando en cuenta los intereses económicos de la Nación, comprendiendo en ésta a todos los ciudadanos, al Estado y al Municipio, convendría la construcción de la obra aunque ella costara \$ 1,000 por hectárea. Si el propietario que riega sus tierras por un canal se arruina a consecuencia de los gastos que haya tenido que realizar para construirlo, tendríamos que lamentar, sin duda, la ruina económica de un individuo, pero, a pesar de ella, la obra constituiría un gran progreso en el sentido económico-social y nacional; el terreno regado cambiaría de propietario, la producción y riqueza nacional se encontraría incrementadas, la adquisición de artículos alimenticios se facilitaría y la población nacional mejoraría la base de su subsistencia.

Muy difícil será encontrar un propietario dispuesto a gastar \$ 1,000 para el regadío de una hectárea, cuyo valor, después de regada, no pasará de \$ 1,000; y la ley no podrá, sin duda, condenar a los agricultores a su ruina obligándolos a construir tales obras. Mientras tanto, a la nación como entidad, y a todos los chilenos como habitantes de la nación les conviene la realización de estas obras, porque, con el criterio de los intereses nacionales y sociales, una hectárea que para su propietario sólo vale \$ 1,000, para la nación vale mucho más de \$ 1,000. En efecto, \$ 1,000 son el valor de una hectárea de terreno para su dueño, porque ella le produce una renta que más o menos corresponde a un capital de \$ 1,000 o porque, puesta en venta, se puede obtener este precio por ella; por lo tanto, para este propietario puede decirse que \$ 1,000 equivalen a una hectárea de terreno regado. Y aun puede haber casos en que sea preferible para el propietario tener los \$ 1,000 en dinero en vez de la hectárea de tierra, como sucedería en el caso de no poder atender convenientemente a su explotación.

Pero si una hectárea de terreno vale \$ 1,000 para un particu-

lar, para la nación vale sin duda mucho más; porque además de esos mil pesos que representa el valor de la tierra para su dueño, tenemos la renta que ella produce a los labradores que la cultivan con su mano, a los obreros que trabajan y a los empleados que los dirigen, las contribuciones directas que pagan estas tierras al Municipio y al Fisco y las indirectas que pagan sus propietarios y los que en ellas viven, como ser las de aduana, las de tabaco, etc. Estas y otras consideraciones que aun podrían agregarse hacen ver claro que una hectárea que sólo vale \$ 1,000 para su propietario, para la nación vale mucho más.

Supongamos que un empresario particular o una sociedad anónima adquiere 10,000 hectáreas de terreno en un millón de pesos, que construya obras de regadío por valor de nueve millones de pesos y que las venda después en diversos lotes en sólo diez millones de pesos. El resultado sería, sin duda muy poco halagador: el negocio resultaría un fracaso. Pero reemplácese al empresario particular por el Estado y en tal caso este mismo resultado sería muy ventajoso, porque con sólo la pérdida de los intereses del dinero durante algún tiempo habría dotado a la nación de una fuente de producción, habría incrementado el patrimonio nacional y contribuido a aumentar el bienestar social.

Supongamos aun que con un costo de \$ 1,200 por hectárea, el Estado pudiera regar tierras que después de regadas sólo fueran vendidas a \$ 1,000; el resultado sería siempre favorable a la nación. Con un sacrificio o pérdida de \$ 20.000,000 se formaría otro llano de Maipo de 100,000 hectáreas regadas, que avaluadas a \$ 1,000 para el impuesto territorial, produciría al Fisco, a razón de 2 por mil, una renta de dos millones de pesos por año y otro tanto a las Municipalidades que en ellas se formarían; y que daría además alimento y medios de vida a miles de familias nacionales.

Es, pues, necesario dejar claramente establecido que una tierra que para su propietario vale, digamos, \$ 1,000 por hectárea, para el Estado, es decir para todos los chilenos agrupados en sociedad, vale mucho más. He aquí la diferencia entre el criterio económico-privado y el económico-social y nacional para juzgar la importancia de las obras de regadío artificial.

La escuela de absolutismo individualista y libre-cambista había proclamado como axioma que el supremo desiderátum económico social consistía en dejar obrar libremente a los particulares. «Les interets sont harmoniques, donc la solution est tout entière dans ce mot liberté». El caso del regadío artificial a que me refiero es un elocuente desmentido a esta teoría: la libre iniciativa de los agricultores no podrá jamás, por sí sola,

resolver este problema de acuerdo con los intereses económico-sociales y nacionales.

De lo antedicho se desprende que muchas obras de regadío que pudiera ser conveniente realizar, bajo el punto de vista social y nacional, no siendo, en cambio, convenientes bajo el punto de vista económico privado de los propietarios ribeños, no podrán ser realizadas jamás por el sistema vigente, según el cual dichas obras deben ser solicitadas, por lo menos, por los dueños del 70% de los terrenos beneficiados. Por lo tanto, el sistema adoptado en nuestra legislación es y será siempre deficiente en todos aquellos casos en que los costos de construcción de las obras, por ser un tanto elevados, no dejan un margen considerable de ganancia a los propietarios interesados. ¿Cómo subsanar este inconveniente? ¿Qué política adoptar para la construcción de tales obras?

Para llevar a efecto esta clase de obras será indispensable que el Estado adquiera todas aquellas tierras cuyos propietarios se nieguen a tomar sobre sí la responsabilidad del pago que les corresponda, expropiándolas si fuera necesario. Después de construídas las obras, se rematarían los terrenos en lotes, dando facilidades de pago a los compradores. He aquí la solución que puede, sin perjuicio de nadie, conducirnos a resolver esta cuestión en su forma más conveniente a los intereses económico-nacionales.

Esta fué la solución que se adoptó en la República Argentina por ley de 1909, cuyo artículo 7.º declara obligatorio el pago del agua para todas las propiedades comprendidas dentro de la zona de riego; y declara además «optativo para los propietarios afectados por esta ley, el derecho de remisión al Estado de las fincas sujetas al canon de agua, mediante el pago al contado de su valor anterior a la ejecución de las obras, fijado por peritos evaluadores». En otras palabras, los propietarios que no acepten la obligación de pagar la parte que les corresponda por las obras, deberán vender su propiedad al Estado al precio que tienen las tierras de secano. Es la expropiación por causa de utilidad pública de que habla nuestra Constitución.

En seguida el artículo 8.º de esta ley dice: «los propietarios serán llamados a optar antes de la aprobación del proyecto de definitivo, y los terrenos adquiridos por el Gobierno deberán conservarse para ser loteados en subasta pública cuando puedan recibir el agua, aplicándose el mayor valor obtenido a la amortización del capital empleado».

En conclusión, podemos decir que el papel del Estado en la cuestión del regadío artificial debe ser el siguiente:

1.º Realizar los estudios y proyectos de las obras de regadío que puedan aún construirse. Para esto será necesario dar mayor importancia y desarrollo a la sección correspondiente de la Dirección de Obras Públicas, o crear una oficina especial encargada de estos estudios.

2.º Comprobada la viabilidad técnica de las obras, se estudiarían sus resultados económicos, es decir, la comparación entre los costos de las obras y el valor de los terrenos regados y demás resultados favorables del regadío, así como también el aspecto financiero de los recursos necesarios para construirlas.

3.º Si los resultados de estos estudios técnicos y económicos son favorables para la realización de las obras, el Estado, por medio de una ley, decretaría su construcción, declarándose a la vez la obligación de pagar la cuota correspondiente a cada propietario favorecido, en la forma en que se hace al presente.

4.º El Estado adquiriría las tierras de aquellos propietarios que no estimasen conveniente tomar bajo su responsabilidad los costos de dichas obras; y esto se haría por tasación de peritos, tomando por base el valor de las tierras antes de la realización de las obras.

5.º Después de realizadas las obras de regadío, los terrenos adquiridos por el Estado serían subastados en lotes.

GUILLERMO SUBERCASEAUX.

¡Guerra al Gobierno!—Durante el dilatado período de los gobiernos pelucones, persiguió obstinadamente el viejo liberalismo chileno la disminución de las facultades del Presidente de la República. La debilidad del Gobierno fué su aspiración suprema.

Le sobraba razón para proceder así: «¿Qué vida democrática es posible, se preguntaba un eminente estadista liberal, observador sagacísimo, bajo la influencia de un poder absorbente y tirante que arrebató al individuo su libertad, a la localidad su iniciativa y su desarrollo al congreso su genuina expresión, a la justicia la independencia de sus servidores, a la iglesia su majestad y su poder sobre la conciencia, y al pueblo, en general, la convicción de poder luchar por las vías pacíficas para lograr el remedio de sus necesidades y la cumplida satisfacción de sus legítimos deseos?

«Así se explica porque en Chile los partidos no tengan todavía fuerza bastante para medirse con los gobiernos, y porque formándose tantas riquezas, no se haya formado todavía ese poder moral, rico y soberano, que se llama opinión pública, que

brotó en los países libres y que ha menester para desarrollarse y crecer, no del peso abrumador del poder, sino del ambiente apacible de la libertad,

«Aunque sea afrentoso decirlo, es una verdad innegable que en Chile no tiene regulador alguno el poder del Presidente de la República. Todavía no puede decirse que el pueblo haya elegido un Presidente. Contra el poder de que éste está armado no hay batalla posible. En todas partes domina: en el más lejano y apartado rincón del país está el Inspector, última estampa fotográfica del Presidente». (*Domingo Santa María, Idea del gobierno político en Chile*, pág. 316).

Sin limitar ese poder inmenso, sin contrapeso posible ¿cómo y dónde podían los liberales luchar y vencer? ¿En las urnas electorales? Imposible. Era dueño de ellas el Presidente de la República. ¿En el Congreso? Tampoco. Lo había elegido el Presidente entre sus deudos, sus hechuras y sus empleados.

Debía ocurrirles a aquellos liberales lo propio que a los ciudadanos de ciertas repúblicas centro y suramericanas de hoy, en presencia de la declaración del Presidente Wilson acerca de la resolución de los Estados Unidos de no reconocer los gobiernos nacidos de revoluciones.

«Somos contrarios a las revoluciones, dijeron, deseáramos que fuesen desterradas una vez del mundo; pero a menos de no querer ser microcéfalos de la peor especie— que es la especie burocrática—tenemos que reconocer que el derecho a las revoluciones es el derecho histórico más alto y más noble que tienen los pueblos oprimidos cuando esta opresión no puede ser vencida por las vías legales.

«Ahora, a menos de no ser funcionario inepto o corrompido, todos saben que en los países latinoamericanos, en donde se perpetúa un gobierno personal en contra de la voluntad de los electores, no hay posibilidad de vencer por las vías legales; allí los hombres honrados de la magistratura son separados de sus cargos con un pretexto u otro, los que son entregados por los Jefes del ejecutivo a abogados de ayer; allí el Congreso es nombrado por el usurpador; allí los altos funcionarios electos por el pueblo no pueden tomar posesión, dándose los cargos populares a gente vulgar que el pueblo desdeña; allí la injuria puede ser esgrimida impunemente por los sicarios de los gobernantes, y, en cambio, la crítica de los adversarios constituye un delito de lesa majestad; allí el asesinato, la corrupción, el fraude, el abuso, son las armas que se esgrimen en la vida privada, como en la política.

«Todos los males tienen este origen: la usurpación del poder desde el poder.

«Si los hombres de Washington pudiesen comprender lo que significa vivir en un país donde un hombre se impone a un pueblo y se impone afirmando que tiene en su defensa las fuerzas de los Estados Unidos, bajo el especioso pretexto de mantener el axioma de que «en la América Latina no debe haber más revoluciones», comprenderán que su teoría constituye solamente una autorización al usurpador para cometer toda clase de fechorías, y que, en cambio, si dijeran, ni usurpaciones, ni revoluciones, constituirían a sus puertas verdaderas democracias libres y tranquilas». (*Reforma Social*, vol. XIII, pág. 210).

Nunca descendimos en Chile hasta tales extremos, ni los partidos de oposición, salvo en muy contadas oportunidades, intentaron movimientos revolucionarios para adueñarse del poder. Pero, en el fondo, la situación de los centro y sudamericanos a que me he referido y la de los liberales chilenos de antaño tenían más de un punto de semejanza, principalmente su común impotencia para llegar al gobierno por los medios legales.

Cuando la división del peluconismo y combinaciones políticas enteramente extrañas a la voluntad popular permitieron al liberalismo compartir primeramente con una fracción conservadora y luego usufructuar solo del gobierno, pudo observarse un cambio radical en las tendencias del partido conservador. De tenaces defensores del poder y de la integridad de sus prerrogativas, bruscamente, sin transición casi, convirtiéronse en avanzadísimos liberales. Toda reforma, por radical que fuera, parecíales mezquina. Tuvieron audacias que habrían espantado a sus más fervorosos adversarios de la víspera. Llegaron hasta pedir, por boca del más ilustres de sus caudillos, la abolición del Presidente de la República y su reemplazo por siete personas—un Presidente y seis Ministros,—que el Congreso elegiría todos los años.

Este cambio de frente, no fué, como algunos lo han supuesto, un transfugio. Fué una necesaria adaptación a circunstancias nuevas.

Como los liberales antes, comprendieron los conservadores que para vivir y vencer necesitaban indispensablemente debilitar al gobierno omnipotente, ahora en manos de sus enemigos.

Los liberales, por su parte, dueños ya del poder, no olvidaron sus antiguas ideas. Sea por consecuencia, sea porque no acertaron a comprender que las circunstancias habían variado para ellos, sea porque no se atrevieran a negar a sus adversarios lo que tantas veces—si bien sin ningún buen éxito—habían reclamado de ellos, por todas estas razones reunidas más probable-

mente, perseveraron en su antigua línea de conducta de limitar la autoridad gubernativa.

Así, vigorosamente atacado desde fuera y con resueltos enemigos en su propio seno, fué el gobierno gradual y seguramente perdiendo,—porque se las arrebataban o cercenaban o porque dejaba de ejercitarlas,—una a una sus facultades, hasta convertirse en el remedo de poder, en la entidad ridícula e impotente que es en el día.

Y, no obstante, la campaña en su contra subsiste tenaz y vigorosa. Con la misma energía con que otrora se combatió al gigante, se combate hoy a su cadáver.

Y los que la dirigen no paran mientes en que las circunstancias han cambiado por completo y en que han desaparecido totalmente las razones que en épocas pasadas legitimaron su conducta.

Después del triunfo de la revolución de 1891, la intervención gubernativa; la elección del Congreso por el Presidente de la República, murió para siempre y no existe la más remota posibilidad de que pueda resucitar. Hoy los partidos pueden libremente luchar por el triunfo de sus ideas, sin que el Gobierno pueda, pretenda siquiera, arrebatárselo.

Se comprendía la lucha en contra de un gobierno omnipotente y avasallador; pero es ella absurda si, como ahora acontece, va dirigida en contra de uno que es impotente aun para cumplir sus más primordiales obligaciones. La primera era una campaña liberal: tendía a evitar el despotismo y la arbitrariedad. La segunda es una campaña libertaria: tiende a establecer el desorden y la anarquía.

«Si hay un principio enteramente cierto, ha dicho el Presidente Wilson, es el de que en todo negocio—sea gubernativo o comercial—es indispensable confiar en alguien, a fin de saber—si las cosas llevan mal camino—quién es el responsable y debe ser castigado. Para que un negocio comercial marche con la rapidez y el buen éxito deseables, es indispensable entregarse incondicionalmente a la persona que lo dirige, darle los medios de arruinarlo o de levantarlo. Debe esperarse más del cuidado que esa persona tiene de su honor, de su reputación, de su porvenir que de las precauciones más exquisitas. Y la naturaleza humana es la misma en el gobierno y en una fábrica. La conciencia de la responsabilidad, los sentimientos nobles y levantados que conquistan la confianza de los demás, el estímulo de alcanzar elevadas posiciones oficiales en que el fiel cumplimiento del deber es siempre reconocido y recompensado y todo abuso de confianza descubierto y castigado, son las influencias, las únicas influencias que forman hombres de Estado prácticos,

enérgicos y honrados. Los mejores gobernantes son aquellos a quienes se da mucho poder y se les hace, al propio tiempo, comprender que si hacen de él buen uso serán ampliamente honrados y recompensados y que si, por el contrario, de él abusan, nada los pondrá a salvo de los castigos más severos».

O. H. E.

Necesidad de una ley municipal de excepción para la ciudad de Santiago.—(Conferencia dada por don Alberto Mackenna Subercaseaux en el Instituto de Arquitectos).

«Señor presidente, señores:

Tres elementos son necesarios para que Santiago progrese y se modernice.

Dinero para mejorar los servicios urbanos, competencia especial y técnica en la dirección de esos servicios y honradez en la administración de los dineros de los contribuyentes.

Sin la combinación armónica de estos tres elementos, la ciudad no puede salir del caos y del desorden permanente en que vive.

El dinero, sin competencia y sin horizontes de progreso edilicio, sólo serviría para aumentar el derroche y la corrupción.

La competencia sin dinero nos condenaría a la impotencia y a la inacción. Y el dinero y la competencia sin honradez en la administración, serían factores puramente negativos.

De la unión perfecta de estos tres elementos puede surgir la capital moderna con amplios ideales de progreso, de belleza y de salud.

El dinero no es difícil obtenerlo en la proporción que es necesario para sufragar las necesidades y las aspiraciones de una ciudad civilizada, explotando muchas fuentes, aun vírgenes, las cuales deben contribuir a la vida de la ciudad. Mas, para tentar estos recursos, para echar manos de las reservas, es menester darle garantías, sea al nacional o al extranjero, de que sus dineros van a ser correctamente administrados y ellos han de disfrutar de mejores servicios mediante la creación de nuevas contribuciones que, a nuestro entender, no deben pesar sobre los propietarios, sino sobre las diversas empresas y las instituciones de todo género que viven y se desarrollan en nuestra capital.

En la hora actual, tanto los nacionales como los extranjeros, las sociedades como los individuos, resisten, y con perfecta razón, todo aumento de contribuciones, porque la administración

municipal no les inspira confianza y no tienen ningún prestigio por la corporación edilicia, sean cuales sean las personas que la compongan. Por una serie de circunstancias y de incidentes, que son de todos conocidos, esta institución ha ido perdiendo gradualmente los favores de la opinión pública, hasta el punto de que hoy en Santiago no existe nadie que de buena fe crea en ella.

Nos encontramos encerrados dentro de un círculo vicioso y es necesario romperlo por algún lado: los contribuyentes se niegan a pagar más contribuciones porque no tienen fe en los municipios y éstos se cruzan de brazos y nos dicen que no pueden mejorar los servicios porque carecen de dinero. Tal es la situación actual.

¿Cuál es el medio de salir de este atolladero?

¿Cuál es la fuerza impulsiva que ha de mover el progreso de Santiago, detenido, desde hace años, en este fango pantanoso?

Necesario es encontrar algún medio que permita a la capital salir al camino amplio y luminoso del progreso en donde van marchando delante de ella las capitales sudamericanas del Atlántico, algunas de Centro-América, sobre las cuales ejerce una acción bienhechora la irradiación de la Gran República del Norte.

A nuestro juicio, el *único* medio de libertar a la capital de las trabas que la esclavizan es la creación de una ley especial que rijá sus destinos, como la hay en todas las capitales cultas del orbe.

La capital de un país, por consideraciones de orden político, de orden social, económico, cultural y por muchas otras consideraciones, que no se escapan al juicio de todo espíritu cultivado, debe tener una legislación propia que le permita desenvolverse y progresar.

Las leyes que son adecuadas para una pequeña población, no pueden adaptarse a un centro populoso en el cual existen problemas de diversa índole, que no se conocen siquiera en una reducida agrupación.

El simple buen sentido nos indica que no es lo mismo dirigir una ciudad de mil habitantes que una de quinientos mil.

Santiago requiere una ley especial, distinta a la de las demás ciudades del país, que dé garantías de vida y de salud a todos los habitantes e inspire plena confianza a los contribuyentes.

Esta ley especial no puede ser otra que una junta de alcaldes escogida por el Senado entre las personas mejor preparadas para ocupar el cargo y nombrada por el Presidente de la República.

El Senado presentaría una lista de seis personas, de las cuales el Presidente escogería tres.

El primer alcalde tendría en su mano toda la suma del poder ejecutivo y gozaría de una remuneración que le permitiese dedicar todo su tiempo a los servicios de la capital.

Este deberá ser el gerente de la ciudad, tal como existe en las ciudades de Estados Unidos, en las cuales se pagan individuos especialistas en servicios urbanos para que desempeñen la gerencia de una ciudad.

Si se busca un director técnico para una empresa de ferrocarriles o de una industria ¿por qué no buscar un director especialista para manejar el mecanismo muchas veces más complicado y complejo de una ciudad?

Si otras ciudades lo han hecho con éxito ¿porqué no lo haríamos nosotros?

La duración del alcalde, según el proyecto del comité, que tengo el honor de representar en esta ocasión, sería de seis años, a fin de darle tiempo para orientarse en los múltiples servicios de su cargo y hacer, por tanto, una labor eficiente. El segundo y el tercer alcalde secundarían al primero en muchas de sus labores y se repartirían el servicio activo en la forma más adecuada a las aptitudes de cada cual.

La Municipalidad subsistiría siempre, pues así lo determina nuestra Constitución Política y no sería éste el caso de tentar una reforma constitucional, que es tarea imposible en nuestro país.

Guardándole todos los fueros a la Constitución y sin lesionar en lo más mínimo sus prescripciones, se puede designar la Junta de alcaldes con carácter ejecutivo, asesorada por una Municipalidad de carácter consultivo. Aun los peores enemigos de esta reforma no podrían hacer objeciones a su constitucionalidad.

Formada la Municipalidad de esta suerte, careciendo ella de toda acción ejecutiva, cesaría de pronto la ambición por los puestos edilicios.

Los que van a ella a traficar con los servicios de la ciudad y a valorizar sus propiedades, en desmedro de las de los otros, no tendrían ningún interés en formar parte de una corporación de carácter legislativo, así puede decirse, en la cual ellos no podrían ejercer ningún mando efectivo.

Si los especuladores de la ciudad se alejaran del Municipio, en cambio es evidente que se acercarían a él los hombres de buena voluntad y de buen gusto que pueden dar luces a los alcaldes mediante sus conocimientos especiales en las diversas materias de que se componen los servicios de una ciudad.

Higienistas, arquitectos, ingenieros, paisajistas, agrónomos, y artistas podrían formar parte de un Municipio de tal naturaleza y todos ellos concurrirían al éxito de los alcaldes y al progreso efectivo de la ciudad.

Sólo mediante una organización legal cual ésta se podrían emprender y realizar los vastos trabajos de modernización que están pendientes desde hace largos años.

La transformación de Santiago será una quimera irrealizable mientras no exista una autoridad local prestigiosa y prestigiada que la lleve a la práctica.

La base primordial para toda obra de modernización es una organización municipal. Sin ello no lograremos realizar nada nuevo, y continuaremos destruyendo todos los recuerdos o monumentos que nos legó una generación edilicia más culta que la actual.

La capital necesita estar dirigida por manos expertas y por espíritus cultos que hayan observado personalmente la organización de otras ciudades más avanzadas que la nuestra y sepan implantar en ella los progresos extranjeros.

Un alcalde, en el concepto actual de la vida edilicia, debe ser un espíritu cultivado, conocedor de todos los ramos de urbanismo moderno.

Alcaldes mediterráneos, que no han salido jamás de su terruño, no se comprenden en la época actual. La edilidad se aprende en el libro abierto de los viajes y el que no ha llenado este requisito no tiene derecho a aspirar a ese puesto.

Santiago, no pude continuar viviendo en un estancamiento peligroso y molesto para todos los que lo habitan. Todo progresa y marcha ligero en la época actual y nuestra capital permanece estacionaria. Sus servicios de aseo y de higiene, su ornato, su salubridad, sus subsistencias, su mortalidad, su natalidad: todos los problemas sociales, materiales y morales de una población civilizada se encuentran atendidos en forma apenas primitiva.

Los políticos de nuestro país se han habituado a no contemplar en la vida municipal de Santiago nada más que un problema electoral. No han querido ver en la vida de esta ciudad un intenso y doloroso problema social en el cual se juega la vitalidad de una generación.

Si este abandono continúa, si no se reacciona, quizá, llegará un día en que esta población pacífica, sumisa y mansa como un rebaño, despertará de su apatía, fatigada por una lucha sin tregua con las dificultades materiales de la vida y hará sentir su indignación contra los que sólo han visto en Santiago los

intereses políticos de un partido o el negocio de un grupo de individuos.

El Instituto de Arquitectos puede apreciar, mejor que ninguna otra institución, la necesidad de fijar rumbos, de introducir el orden y la armonía en este gran desorden.

Son ellos los artesanos del progreso de Santiago, y los obreros infatigables de su futuro embellecimiento,

El sistema actual ha hecho crisis; el desastre continuo en que vive el Municipio nos lo comprueba. En teoría el sistema puede aún encontrar débiles defensores; pero en la práctica todos son testigos de su lamentable fracaso.

Fuerza es hoy abrir los ojos a la realidad y unir todas las voluntades en un ideal común que ha de traer días más prósperos para nuestra capital!»

Una poesía inédita de don Ricardo Palma.—En 1860 don Ricardo Palma, joven a la sazón de poco más de veinticinco años, fundó en Lima el periódico de guerrilla *El Diario*, con el objeto de combatir el gobierno del General Castilla. Sea que sus mordaces ataques le concitaran la enemistad de sus adversarios, sea, como éstos lo aseguraban, que se hubiera comprometido en un movimiento revolucionario, el hecho es que Palma fué perseguido y se vió forzado a buscar un asilo en la Legación de Chile. Por influencias del Ministro de Chile en el Perú don Francisco Solano Astaburuaga obtuvo Palma autorización del Gobierno para expatriarse. Antes de abandonar la Legación para tomar el vapor que debía conducirlo a Valparaíso, escribió en el álbum de la esposa del señor Astaburuaga, la distinguida señora doña María del Rosario Vergara Rencoret, la siguiente composición:

AL PARTIR PARA EL DESTIERRO

(Improvisación en el álbum de la señora doña María del Rosario Vergara de Astaburuaga).

Al arpa del proscrito
pedís una armonía;
al ave que se aleja
pedís una canción;
queréis que exhale en versos
la desventura mía
y que hasta vos levante
mi humilde inspiración.

La aurora de la vida
refleja en vuestros ojos;
su brillo no ha nublado
jamás el padecer.
¡Que nunca en vuestra senda
se crucen los abrojos!
¡Que nunca tengáis llanto,
señora, que verter!

En medio la amargura
que me brindó el destino,
cuando busqué el asilo
que a vuestro lado hallé;
cuando al dejar la patria,
doliente peregrino,
pensé que a perder iba
mi espíritu su fe;

cuando tal vez ya seca
la fuente de mi llanto,
la duda emponzoñaba
mi pobre juventud;
vuestro recuerdo llevo
como un perfume santo
que inspirará en mi vida
creencia y gratitud.

RICARDO PALMA.

Asilado en la Legación de Chile en Lima. Diciembre 20 de 1860.

BIBLIOGRAFÍA

Alberto Cruchaga.—*Los primeros años del Ministerio de Relaciones Exteriores*.—Santiago. 1919.—1 vol. de 142 págs.

Entre las publicaciones que han aparecido últimamente, un libro de alta novedad e interés se ha impuesto silenciosamente a la atención de las personas que se preocupan de nuestra producción intelectual. Con un estilo ameno, templado y confidente, atento a la exactitud de la relación histórica y al colorido de la época, el señor don Alberto Cruchaga O., da a conocer en su libro *Los Primeros Años del Ministerio de Relaciones Exteriores*, en estos momentos en que se ha propuesto la ampliación de sus funciones, todas aquellas noticias y datos que «permiten reconstruir, con caracteres más o menos definidos, la vida y organización que tuvo el Ministerio de Relaciones Exteriores en una época que, mientras más remota, se va haciendo más atrayente», sin olvidar de referir citas y anécdotas que permiten reconstituir cosas y escenas ya muy veladas por la bruma de los años, según el decir del autor, y que reflejan la fuerza de la tradición, el espíritu que imprimieron a su obra y la importancia que los organizadores de nuestra República atribuyeron al Ministerio de Relaciones Exteriores.

La vida del Ministerio desde los tiempos de don Gaspar Marín, primer Secretario de Relaciones, durante el período de la Patria Vieja, y desde la dictadura de O'Higgins hasta los tiempos de don Diego Portales, de don Andrés Bello, de don Joaquín Tocornal y de don Salvador Sanfuentes, aparece presidida por aquel espíritu sobrio y sereno, templado en la práctica de las virtudes republicanas de nuestra primera época, fortalecida en la preparación y respeto a las funciones públicas, con el atractivo que la justa apreciación y la comprensión del ambiente dan a toda obra de interés histórico.

Las figuras de los primeros Ministros diplomáticos y elevados funcionarios, aparecen en la obra de improvisación de los primeros años con un sello de personalidad, de abnegación y de sobriedad que trae al espíritu el recuerdo de aquel renuevo del carácter romano que cruzó por el alma castellana de los fundadores de nuestro país. En todos ellos culmina aquella voluntad empeñosa comunicativa a sus afanes y encendida en la brasa viva del patriotismo que los hacía superarse y colaborar en aquella obra de organización formidable de los primeros años que pronto se fijó sobre base estable y tradición definida. Y este desvelo nos lo muestra el autor en el empuño

de los primeros Ministros, de atraer al servicio del Ministerio de Relaciones Exteriores, a los hombres más meritorios, sean estos chilenos como Marín, Infante, Pinto y tantos otros, sean éstos extranjeros como Mora, Blanco, Zegers, Bello, Rivas y otros, que servían sus funciones «con aquella fidelidad, integridad, desinterés y prudencia que exige el bien de la Nación y el honor del Gobierno», según una expresión de aquella época.

La preocupación de formar el carácter, las aptitudes técnicas y aun el espíritu de solidaridad y respeto a la tradición de la oficina pública que servían, era el estímulo moral que animaba a jefes y subalternos a realizar el trabajo cotidiano en aquellas salas estrechas y desmanteladas del Palacio de las Cajas, como vulgarmente se le llamaba. Todas esas reminiscencias, todo ese espíritu que presidía el trabajo diario y vinculaba a todos, dentro del respeto y disciplina, en aquel entusiasmo de trabajo dedicado a la patria a través de la labor cotidiana, nos lo recuerda con amable sencillez el autor.

Y esta es nuestra opinión, la mayor importancia de las obras de esta índole que constituyen verdaderas monografías históricas de alguna importante repartición administrativa, género poco conocido entre nosotros. Ellas permiten conocer los antecedentes necesarios tanto para fortalecer el criterio en la tradición y en el estudio, como para conocer y servir el espíritu que debe presidir la labor de esos grandes organismos de la administración pública. La tradición ennoblece las labores sedentarias del cargo, orienta el criterio de los jóvenes, y, mantiene, a través de las eventualidades muchas veces caprichosas del presente, la defensa, el consejo y el prestigio que comunica un pasado de labor abnegada y fecunda, a todos los funcionarios que están bajo la dependencia de esos grandes organismos, por modesta que sea su responsabilidad.

JORGE SCHNEIDER.

Pedro Dávalos Lisson. — *La Primera Centuria*.—Causas geográficas, políticas y económicas que han detenido el progreso moral y material del Perú en el primer siglo de su vida independiente.—Lima. 1919.

El libro cuyo título encabeza estas líneas aparece en horas de angustiosa incertidumbre para la vida nacional; en horas que serían de «conciencia y de pensar profundo» si algo existiera que tuviese la virtud de estimular en nosotros el ejercicio de estas facultades del espíritu para otra cosa que no fuera nuestro inmediato y personal provecho. Porque el libro del señor Dávalos, al presentarnos el cuadro de la realidad nacional cuando estamos próximos a completar la primera centuria de nuestra vida independiente, constituye un serio y documentado examen de conciencia, y pocas cosas hay más fecundas en provecho, así para los individuos como para los pueblos, que el practicar de vez en cuando, con toda sinceridad, esta utilísima disciplina espiritual.

¿Qué somos? ¿Qué hemos realizado en el dilatado período de nuestra vida de nación independiente? ¿De qué modo nos hemos mostrado dignos de ser un pueblo libre? ¿Qué suma de bienestar hemos logrado proporcionarnos? ¿Cuál es nuestra contribución a la cultura y a la civilización? ¿Qué ideal nos inspira; hacia dónde vamos? A todas éstas y a muchas otras inquietantes y torturadoras preguntas responde el libro del señor Dávalos. Le basta para ello retratar fielmente el estado actual de nuestra vida colectiva en sus diversas manifestaciones.

¿Será necesario decir que las respuestas no son de las que pueden halagar nuestra vanidad, sino que, muy por el contrario, son de aquellas que se dan con la cabeza baja y sin atreverse a mirar frente a frente al interrogador?

Porque éste no es un libro escrito por encargo, con el objeto de demostrar, para seducción de inmigrantes y capitalistas extranjeros, que el Perú es el mejor y más adelantado país

del mundo. Tampoco es el libro de un desilusionado, de un hipocondríaco, dispuesto a encontrar que todo está mal, que todo está irremediablemente perdido. El autor no ha partido para su noble empresa con el propósito determinado de *probar* ni una ni otra cosa. Sin prejuicios, con espíritu equilibrado y abierto a todas las ideas, ha salido en busca de la verdad, y es, como lo demuestra en todas sus páginas, el primero en sentir mortificado y dolido su patriotismo cuando esa verdad resulta amarga e ingrata. Pero no por eso procura ocultarla ni desfigurarla. La encara valientemente, analiza sus causas, se documenta en opiniones ajenas para llegar al convencimiento, y llevarlo a los demás, de que no está equivocado, y ofrece indicar en un libro próximo a publicarse sus convicciones y opiniones sobre las reformas que son necesarias para encaminar la vida nacional por rumbos más sanos y progresistas.

Este libro no es, pues, ni optimista, ni pesimista. Es un libro de crítica, y al calificarlo así, creo decir también que es un libro de consciente y reflexiva esperanza, porque la actitud crítica es siempre reveladora de esperanza: se critica lo que se encuentra susceptible de mejora y perfeccionamiento, y el creer en la posibilidad del perfeccionamiento, en la capacidad humana para alcanzar la perfección por acto de la voluntad, es lo esencial, lo fundamental de la esperanza cuando a esta palabra se le despoja de su significado religioso. Cree el señor Dávalos Lissón que la exhibición descarnada de nuestra realidad, que la constatación de nuestras deficiencias, el contraste entre el progreso que hemos alcanzado y el que pueden mostrar otros países del mismo origen que el nuestro, la crítica, en fin, de los métodos, prácticas y costumbres que nos han impedido ser más de lo que somos, deben constituir un estímulo para la acción eficaz y bien dirigida, un acicate que acelere el ritmo de nuestro proceso evolutivo.

Hay muchos, especialmente entre nosotros, que encuentran antipatriótica la crítica de los vicios y deficiencias nacionales. No opina así Dávalos Lissón, él desprecia, como Ortega y Gasset, ese patriotismo inactivo, espectacular, extático, en que el alma se dedica a la fruición de lo existente, de lo que un hado venturoso le puso delante; esa noción de la patria como la condensación del pasado y como el conjunto de las cosas gratas que el presente de la tierra en que nacemos nos ofrece; noción frente a la cual no queda al patriotismo más que hacer sino asentarse cómodamente y ponerse a gozar de tan deleitable panorama. Y con el mismo eminente autor, que es uno de los más grandes pensadores de la España contemporánea, opone a esa noción egoísta, sibarita y estéril de la patria, el concepto de que ésta no es nada que una mano providencial nos alargue para que gocemos de ello, sino algo que no podrá existir como no pugnemos enérgicamente por realizarlo; lo que no hemos sido y tenemos que ser, so pena de sentirnos borrados del mapa. Hace Ortega y Gasset en el pasaje que vengo glosando una definición del patriotismo que quisiera ver llegar al fondo de la conciencia de todos los peruanos, y arraigarse fuerte y definitivamente en ella. «Entendida así la patria,—dice—es el patriotismo pura acción sin descanso, duro y penoso afán por realizar la idea de mejora que nos propongan los maestros de la conciencia nacional. La patria es una tarea a cumplir, un problema a resolver, un deber». Y termina con una frase que Dávalos Lissón pudo poner como epígrafe de su libro, pues en ella se condensa, mejor que en todo lo que pudiera yo decir, el espíritu que lo informa: «El patriotismo verdadero es crítica de la tierra de los padres y construcción de la tierra de los hijos».

Sintetizado así el propósito de la obra, échase de ver inmediatamente que ella constituye formidable arremetida contra el más grave y persis-

tente mal que nos affige, el *providencialismo*, y contra sus naturales consecuencias: la falta de fe en la virtualidad del esfuerzo; el escepticismo respecto a los métodos científicos; el abandono de los más graves problemas al azar de las circunstancias y del tiempo. Nuestro pueblo vive esperando eternamente el milagro en todo orden de cosas. Siempre debe detenerse el sol para este privilegiado y elegido pueblo nuestro. No el brazo musculoso y la dura herramienta, sino la vara milagrosa de Moisés, ha de hacer brotar de la roca el agua que esperan sedientas nuestras pampas. No el empuje de nuestros soldados y la calidad y abundancia de sus armamentos, sino trompetas sonoras y gritos estridentes han de rendir los Jericós de nuestros enemigos. Ni hemos tampoco de quemarnos las pestañas estudiando los mejores métodos que puedan aplicarse a la solución de nuestros problemas, que ya vendrá la sabiduría a posarse en forma de lenguas de fuego sobre nuestras cabezas para iluminarnos sin que ello nos cueste esfuerzos ni fatigas. Y mucho menos será necesario que suden nuestras frentes, porque tratemos con trabajos rudos y desagradables de arrancar a la madre tierra sus escondidos tesoros, si en cualquier momento nos los darán incontables *una lámpara maravillosa o un anillo del genio* que hemos de encontrar cuando menos lo pensemos. Políticamente, parece que, por misterioso atavismo, perdurara tenazmente en nuestra patria el mito de Manco-Capac, con ciertas modificaciones bíblicas. Siempre esperamos que venga a nosotros un hombre dotado de tan maravillosa intuición y extraordinarias facultades que él solo pueda convertir al Perú en un paraíso. Como un precepto de la Constitución hace indispensable que ese ser excepcional haya nacido en el Perú, no nos es posible cumplir con todos los requisitos que la periódica repetición de la incásica leyenda exigiría, entre ellos el de que el nuevo Manco-Capac

descendiera del cielo o viniera de ignotos y fantásticos países: pero suplimos esto como podemos hace algunos lustros, alejando al personaje por espacio de tiempo más o menos dilatado, para atraerlo luego nimbado de los más peregrinos atributos. La imaginación popular se complace en suponer que, durante el obligado ostracismo, el futuro regenerador se pasa discutiendo con los doctores en el templo o entregado en recóndita Tebaida a austeros renunciamientos y severas disciplinas. Excusado es decir que la influencia bíblica que ha venido a modificar la pureza del mito autóctono consiste en la pasión —¡gracias a Dios, no la muerte!— que hacemos sufrir a nuestros regeneradores en cuanto principian e ejercer sus elevadas funciones.

Dávalos Lissón carece absolutamente de simpatía por estas sencillas y poéticas creencias. Ha vivido en los países más adelantados de Sud América; ha recorrido el Canadá y los Estados Unidos y ha visto surgir las ciudades en lo que poco antes eran selvas bravías; ha visto cómo se levantan en pocos meses edificios que cuentan sus pisos por decenas; cómo el rebaño humano trafica apresuradamente por debajo de la tierra, sobre la superficie y en vías que corren a grande altura; cómo los hombres y las colectividades transforman en ingentes y fabulosas riquezas cuanto tocan sus manos y difunden luego esos tesoros en forma de bienestar y de cultura para todos. Y ha visto que esto no ha sido realizado por agentes milagrosos y sobrenaturales, sino por el trabajo, el estudio y el esfuerzo incansables de los hombres. No cree, por eso, en que reaparezcan en nuestros tiempos ni la vara de Moisés, ni las trompetas de Josué, ni la lámpara de Aladín. No cree tampoco en la mesiánica redención de nuestros pecados nacionales. Y, aunque no lo dice, casi estoy por suponer que no cree en que Wilson descuelgue la caja de los truenos internacionales para fulminar a nuestros enemigos. Es,

en su concepto, nuestro propio esfuerzo en el trabajo material e intelectual el que ha de realizar el milagro de nuestra transformación, el que ha de hacer del Perú el país rico, culto, fuerte y respetado que todos anhelamos, pero en cuyo anhelo no ponemos la suficiente energía, la suficiente voluntad para convertirlo en acción eficaz y fecunda. No es persistiendo en el ausentismo espiritual que aqueja a nuestras clases dirigentes; no es con estériles ideologías, ni cambiando sólo la forma externa de las cosas que haremos surgir el Perú ideal del futuro. Es ahondando en las raíces de nuestra realidad nacional; es devolviendo su legítima preeminencia a los valores espirituales y morales que el arribismo y el sensualismo usurpadores pretenden desterrar; es entregándonos por entero al trabajo y al estudio, indispensables en estos tiempos de tecnicismo y organización científica; es amando y respetando a la justicia, sin flaquezas ni reservas, y con sacrificio de nuestros personales intereses; es, en una palabra, con «sinceridad y esfuerzo», como dice Azorín, y por el concurso personal de todos y cada uno de los peruanos que lograremos hacer verdaderamente una nación de este caótico e informe conglomerado en que vivimos. Si el pasado no ha podido crear lazos suficientes para unirnos estrechamente, para darnos la cohesión que es indispensable para la realización de nuestros destinos, busquemos esos lazos en la obra del futuro, que hay quizás más fuertes vínculos entre los que proyectan o laboran en común que entre los que simplemente recuerdan.

Mucho contiene el libro de Dávalos Lissón y mucho más sugiere, y ya se sabe que la capacidad de sugerir es lo que constituye el mayor mérito y la mayor eficacia de la obra intelectual y artística. No puede dejarse de obtener provecho de la lectura de este libro. Por lo menos, ya lo he dicho, obliga a pensar y a hacer examen de conciencia. ¡Ojalá

contribuya también a que hagamos propósito de enmienda!—(*Mercurio Peruano*).

CARLOS LEDGARD.

Charles Seymour and Donald Paige Frary.—*How the world votes. The story of democratic development in elections.*—Springfield. 1918. Two volumes. P. 392; 344.

Los autores han prestado un gran servicio al reunir en su obra todos los antecedentes relativos a los progresos democráticos del mundo y al desarrollo de los procedimientos electorales. Lo han hecho en forma clara y amplia, que interesará al especialista y al simple aficionado.

Su título puede inducir en error. No trata solamente del sufragio en la forma en que actualmente está establecido, sino también de su evolución histórica. Así dedica capítulos a las elecciones en la edad media, y a la reforma electoral en Inglaterra hasta llegar a la ley de 1918, de la cual hace un análisis muy comprensivo. Presta bastante atención al régimen electoral de las repúblicas sudamericanas, del Japón, de Turquía y de otros países hasta ahora insuficientemente conocidos desde este punto de vista. Su bibliografía es muy completa y excelentes sus índices analíticos.

X. X.

Le Chili germanophile.—*Cahors*.—Imp. Couesland.—1919.

En su número del mes de Julio *El Mercurio de Francia* anuncia en los siguientes términos la aparición de este libro:

«Un folleto anónimo, *Le Chili germanophile* nos da a conocer los sentimientos y las manifestaciones de los chilenos partidarios de los boches durante la guerra. Bastante influyentes, gracias a las funciones que desempeñaban, recordaban incesantemente los servicios que los inmigrantes alemanes habían prestado a Chile y el «noble gesto de protección del Canciller Bismarck en 1880, durante la guerra con el Perú y Bolivia, cuan-

do surgió en los Estados Unidos una iniciativa de acción común con varios países europeos con el objeto de negar a Chile su derecho para ocupar algunos territorios en la región del norte». El autor reconoce que esas maniobras germanófilas, que duraron tanto como las victorias alemanas, han cesado ya. «Con un fervor sospechoso, dice, Chile hace gala de su simpatía por la causa aliada».

«No es difícil calcular, concluye el artículo, que este folleto es obra de un peruano o de un boliviano».

S.

Francisco Contreras.—*Le Chili et la France.*—Paris.—1919.

En el mismo número de *El Mercurio de Francia* se anuncia la aparición de este libro de un distinguido compatriota nuestro.

«Para los europeos, dice, Chile es el más distante y uno de los más pequeños estados americanos. Pero, gracias a la inteligencia y a la energía de sus habitantes, ocupa el tercer lugar entre las repúblicas de la América del Sur y goza en ese continente de una merecida influencia. En un volumen intitulado *Le Chili et la France*, nuestro simpático colaborador, don Francisco Contreras, trata de dar a conocer el desarrollo político, económico e intelectual de su patria. Indica cual era su situación internacional antes de la guerra y refiere las repercusiones que esta tuvo en aquel lejano país. A pesar de su distancia, no dejó de sufrir a causa de ella, sobre todo en sus comienzos, cuando se le clausuraron los mercados extranjeros y se extinguió su crédito. Las dificultades de la situación aumentaron a fines de 1914 con motivo de la presencia de la escuadra de cruceros alemanes que dominó los mares chilenos durante algunas semanas. El gobierno chileno tuvo que gastar gran suma de firmeza y de vigilancia para impedir la violación de su neutralidad. Su deseo de quedar imparcial respecto de todos los beligerantes hizo

que algunos lo acusaran de querer servir a nuestros adversarios. Por último, imponentes manifestaciones francófilas probaron que la mayoría de los chilenos tenían plena conciencia de los deberes de solidaridad que las afinidades de su civilización impone a los pueblos latinos. El señor Contreras que ha dedicado todos sus esfuerzos al triunfo de la buena causa en su patria, ha sabido referir sus peripecias en una forma muy agradable. Su libro, destinado a extender la influencia francesa en la América del Sur, merece alcanzar un buen éxito completo y tener su sitio señalado en todas nuestras bibliotecas públicas».

S.

José Toribio Medina.—*Las monedas coloniales hispanoamericanas.*—Santiago.—1919.—1 vol. en folio de VIII×406 págs.

Con sobrada razón don Julio Vicuña Cifuentes hablaba hace poco refiriéndose al señor Medina, «de la fecunda actividad de este trabajador incomparable». Así es, en efecto. Durante largo tiempo, casi medio siglo, ha venido, año a año, enriqueciendo la literatura nacional con obras valiosísimas, todas de primera mano, sobre los temas más variados. Pocas son las materias de que no ha tratado; historia, geografía, numismática, bibliografía, prehistoria, crítica literaria, lexicografía, monumentales colecciones de documentos, ediciones lujosas y sapientísimas de libros famosos, todo, todo lo ha abordado y dominado con la misma pasmosa erudición. Ni la edad, ni la falta de estímulos, ni la labor excesiva, ni viajes de estudio repetidos, molestos y dispendiosos han sido parte a que decaiga su actividad; antes, por el contrario, parecen haberle dado nuevos y más altos bríos. Nunca ha trabajado tanto como hoy, ni nunca su producción ha sido tan rica, abundante y variada. Bástenos decir que en lo que va corrido del presente año lleva publicados, sino llevamos mal la

cuenta, que hacemos de memoria, *ocho* libros, algunos de ellos voluminosos infolios. ¡Y solo Dios sabe cuántas agradables sorpresas nos reserva aún!

Comienza el libro del señor Medina con un erudito estudio «acerca de los signos de cambio—monedas si quiere llamárselas—que usaron los indígenas de América, con más precisión diré, los que poblaron los dos grandes imperios que en ella hallaron los españoles al tiempo de su llegada, y de que en México, uno de ellos—parecerá cosa curiosa de saber—siguieron usando hasta mucho tiempo después».

A ese capítulo sigue otro en que se estudian «las disposiciones generales dictadas por los monarcas españoles con referencia especialmen-

te a las Casas de Monedas que mandaron fundar en el Nuevo Mundo y a las monedas que dispusieron se batiesen en ellas».

Entra, en seguida, el señor Medina al estudio de las Casas de Moneda de México, Santo Domingo, Lima, La Plata, Potosí, Santa Fe, Cuzco, Guatemala, Santiago de Chile y Popayán. Refiere la historia de la fundación y del funcionamiento de cada una de ellas, reproduce los documentos más interesantes que les conciernen, hace la biografía de los grabadores que tuvieron y describe prolijamente todas las monedas de oro, plata y vellón que en ellas se acuñaron. El número de las piezas descritas alcanza a 484.

X. Y. Z.

INDICE DEL TOMO IX

	PÁGS.
Romualdo Silva Cortés. —Política Internacional Sudamericana. Chile-Argentina. Bolivia	5
Ricardo Dávila Silva. —Los orígenes de la familia en la Sociología de don Valentín Letelier	12
Julio Vicuña Cifuentes. —Recuerdos santiaguinos.	26
Juan Frumusan. —El deber y la posibilidad de rejuvenecer nuestro organismo.	27
Epistolario. —(Cartas de don Domingo Santa María y de don Miguel Luis Amunátegui)	38
Knut Hamsum. —En los témpanos de Terranova	47
Alfredo Arvelo. —San Francisco de Asís	55
Manuel Blanco Cuartín. —Cartas a don Zorobabel Rodríguez sobre chilenismos (Conclusión).	56
José A. Silva. —María Bashkirtsheff.	69
Notas y Documentos. —(R. V., La pequeña propiedad y la producción agrícola.— Eliodoro Astorquiza , El Diccionario de Chilenismos de don Manuel A. Román.—El Presidente Errázuriz Zañartu juzgado por el diplomático boliviano don Rafael Bustillo.—P. N. P., Una manifestación de la inteligencia de las abejas.— Hermán Echeverría , Balance de la labor de la Cámara de Diputados en su último período de sesiones ordinarias.— Mario Guiral , Alza de salarios y carestía de vida.— Guillermo Subercaseaux , El problema del regadío desde el punto de vista social y nacional.—O. H. E., ¡Guerra al gobierno!— Alberto Mackenna Subercaseaux , Necesidad de una ley municipal de excepción para la ciudad de Santiago.—Una poesía inédita de don Ricardo Palma).	75
Bibliografía. — Alberto Cruchaga , Los primeros años del Ministerio de Relaciones Exteriores.— Pedro Dávalos Lissón , La Primera Centuria.— Seymour and Frary , How the world	

	PÁGS.
votes.—Le Chili germanophile.— F. Contreras , Le Chili et la France.— José Toribio Medina , Las Medallas Coloniales Hispanoamericanas	106
Domingo Santa María .—La campaña presidencial de 1881.	113
A. Mauret Caamaño .—El rezo de los pobres	132
Juan Luis Espejo .—Discordias coloniales. Las familias de Larraínes.	134
Dr. Juan Frumusan .—El deber y la posibilidad de rejuvenecer nuestro organismo (Conclusión).	149
Epistolario .—Cartas de don Antonio Varas y don Rafael Sotomayor.	161
José A. Silva .—María Bashkirtsheff (Conclusión).	165
Amado Nervo .—Siempre.—Todavía no.	171
Miguel Luis Amunátegui Reyes .—La última edición de la «Gramática de la Lengua Castellana» por la Real Academia Española	173
A. Maurois .—La conversión del soldado Brommit.	178
Paul S. Reinsch .—El gobierno parlamentario en Chile.	184
Notas y Documentos .—(Augusto Orrego Luco , El combate de Iquique.—X., El fracaso del Estado como industrial en los Estados Unidos.— Alejandro Silva de la Fuente , Los partidos políticos. Organismos de Gobierno.—El juego de Bolsa y los demás.— Francisco A. Encina , Nuestra situación agraria.— L. S. Rowe , El segundo Congreso Financiero Panamericano.— G. M. G. , Cómo se administraba justicia hace un siglo.— X. Y. Z. Una reforma interesante y digna de imitarse de los reglamentos parlamentarios españoles)	198
Bibliografía .— Raphael Georges Lévy , La vie chère. Causes et remédies.— Ismael Valdés Valdés , Cartas sobre el problema de la infancia.— Lysis , Demain, profession de foi de la démocratie nouvelle.— N. Alonso Cortés , Zorrilla, su vida y sus obras).	220
Emilio Rodríguez Mendoza .—La guerra y la América.	225
José Enrique Rodó .—Soneto.	250
Ricardo Dávila Silva .—La familia y la propiedad en la Sociología de don Valentín Letelier (Continuación).	251
Enrique Molina .—De Valparaíso a Colón	268
Manuel Gutiérrez N. —La Mañana de San Juan.	292
Epistolario .—(Cartas de don Pedro Godoy, don Manuel Montt y don Federico Errázuriz Zañartu)	297
Paul S. Reinsch .—El gobierno parlamentario en Chile (Continuación)	311
Notas y Documentos .— Alejandro Fuenzalida G. , El Doctor Francisco P. Moreno.— Alejandro Silva de la Fuente , El desgobierno y la crisis de los partidos.—Esterilidad legislativa. Malos métodos y elocuencia excesiva.—La opinión de don An-	

	PÁGS.
tonio de Valbuena sobre la literatura hispanoamericana.—X., Simón González.....	314
Bibliografía. —Daniel Martner y Pascual Venturino, Tarapacá.—Daniel F. O'Leary, Cartas de Sucre al Libertador —Adolfo Ortúzar, Cuestiones americanas. Chile-Perú. 1819-1919.—Roberto Levillier, El licenciado Matienzo.—José Toribio Medina, Las monedas obsidionales hispanoamericanas.—B. Oliva Lara, De la posesión de los bienes raíces y de los derechos reales constituídos en ellos.—N. Fosin, La revolución rusa.—Rafael Barrett, Moralidades actuales.—Joaquín Costa, Recopilación de José García Mercadal.—Miguel Antonio Caro, Páginas de crítica.—Williams Spencer Robertson, Francisco Miranda y la revolución de la América Española.—José Manuel Pérez Sarmiento, El proceso de Nariño.	328
Ricardo Salas Edwards. —La futura acción política de la mujer...	337
Benito Pérez Galdós. —Cuadros de la guerra con Chile (Suicidio de Pareja).—Captura de la Covadonga.—Combate de Calderilla.—Bloqueo de Valparaíso.—Combate de Abtao.—Bombardeo de Valparaíso).....	352
Alcibíades Roldán. —Un manuscrito inédito de don Valentín Letelier.	367
Valentín Letelier. —Ciencia política.	369
Gabriel E. Muñoz. —En el cementerio	378
Ricardo Dávila Silva. —El origen de la propiedad en la Sociología de don Valentín Letelier	379
Paul S. Reinsch. —El gobierno parlamentario en Chile (Conclusión).	401
Notas y Documentos. —Z., Las inclusiones en la convocatoria.—H. C., Estudios en torno al Buscón de Quevedo.—V. A., La más poderosa máquina de vapor del mundo.—H. K., La sociedad literaria de 1842.—X., Tres sistemas financieros: billetes, impuestos y empréstitos	418
Bibliografía. —Enrique Ponce, Flores de Espino.—Arthur Thompson, The conspiracy against Mexico.—Max Uhle, Los aborígenes de Tacna y Arica.—Jorge Schneider, Potencia económica y potencia militar.—José Toribio Medina, Bartolomé Ruiz de Andrade.—Aliro Carrasco, Letras hispanoamericanas.—Carlos Octavio Bunge, Estudios filosóficos.—Daniel Florencio O'Leary, Junín y Ayacucho.—Aura, Mi patria.—Paul Deschanel, La France victorieuse.—Joseph Reinach, Les cinq sources de la victoire.—Francisco Contreras, La varillita de virtud.—Gustave Simon, Histoire d'une collaboration.—Angel Custodio Espejo, Cuentos y fantasías.—Marcelle Auclair, Transparence.....	434
Enrique Mac-Iver. —La oratoria forense en Chile	449

	PÁGS.
Beltrán Mathieu. —La neutralidad de Chile durante la guerra europea	486
Guillermo Muñoz Medina. —La zarzuela española	514
Manuel J. Othon. —Envío	519
José Montero. —Pereda y Galdós	519
Alfonso Preciado. —La generación espontánea	527
Notas y Documentos. — Osgood Hardy , Alianzas Sudamericanas.— J. Boonen Rivera , El general don Emilio Körner	526
Bibliografía. — Santiago Marín Vicuña , La industria del cobre en Chile.— Armando Donoso , La senda clara.— Georges Palante , Du nouveau en politique. Des problèmes nouveaux, des partis nouveaux, des hommes nouveaux.— Darío Cavada C. , Ultima jornada.— Fredéric Masson , Napoléon et sa famille.— Grand Admiral von Tirpitz , Mis memorias.— José Ignacio Vives Solar , Rapa Nui.— José Toribio Medina , Ensayo de una bibliografía extranjera de santos y venerables americanos.— Julio Vicuña Cifuentes , Discurso de incorporación a la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile.— Ernesto de la Cruz , Epistolario de O'Higgins	538

